



ESTUDIOS

Julio

No. 155-1936

lea en este número
**"CULTO
FALICO
en la antigua
RUMA"**

50cts.

remar

Lector: Esta Revista se debe a un noble propósito cultural y no a interés particular alguno. Sus páginas no están supeditadas a conveniencias inconfesables de bandería o de secta. Su única misión, misión honrada y digna, es la de aportar al conocimiento de sus lectores cuantas enseñanzas se consideren útiles y necesarias para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

Dicho está con ello que esta publicación no tiene, ni los admite, otros ingresos que los estrictos de la venta de sus ejemplares.

Como estos ingresos no llegan a compensar, ni en mucho, el coste y demás gastos de su confección, rogamos a los lectores compren y recomienden los libros de su Biblioteca-Editorial aquí anunciados, y difundan por todas partes esta Revista.

La Biblioteca-Editorial de ESTUDIOS editará siempre obras de indiscutible valor literario, cultural y científico, sin más interés que ayudar al sostenimiento de esta Revista.

LA REDACCION

Biblioteca de ESTUDIOS

CONDICIONES DE VENTA

ESTUDIOS (SERVICIO MENSUAL).—Desde cinco ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío (excepto en los envíos para Francia, cuyo descuento se aplica a gastos de envío). Los paquetes para el extranjero deberán abonarse por anticipado. Los paquetes para España se abonarán sin falta todos los meses, por giro postal.

Libros (SERVICIO SOBRE PEDIDO).—Las ventas se hacen en firme y no en comisión.—No se envían libros en depósito.—Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado o a reembolso.—Los gastos de envío van siempre a cargo del comprador.—Los corresponsales, libreros y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los siguientes descuentos: 30 por 100 en las obras en rústica, y 20 por 100 en las encuadernadas.—Los pedidos de particulares cuyo importe sea de diez pesetas en adelante se servirán libres de gastos, pero sin descuento alguno.

Toda correspondencia, giros, etc., deberán ser dirigidos al administrador: J. Juan Pastor, Apartado 158, Valencia (España).

EDUCACION E HIGIENE

Todos los libros de esta sección son escogidos especialmente de entre los de más alto valor cultural y científico, y son, por tanto, de gran utilidad para la superación mental y física del hombre. Su esmerada presentación, unida a lo selecto y provechoso de su texto, la hacen indispensable en la biblioteca de toda persona culta.

	PESETAS	
	Rústica	Tela
La Belleza de la mujer, Carlos Brandt (ilustrada)...	5'—	7'—
Tratamiento de la Impotencia sexual, doctor Isaac Puente (ilustrada)	6'—	8'—
El exceso de población y el problema sexual, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)	10'—	12'—
Medios para evitar el embarazo, doctor Gabriel Hardy (ilustrada)	3'50	5'—
Enfermedades sexuales, doctor Lázaro Sirlin	1'—	2'50
Educación sexual de los jóvenes, doctor Mayoux	2'—	3'50
La mujer nueva y la moral sexual, Alejandra Kollontay	1'50	3'—
Amor sin peligros, doctor W. Wasroché	2'—	3'50
Generación Consciente, Franck Šutor	1'—	
El veneno maldito, doctor F. Elosu	1'—	
Libertad sexual de las mujeres, Julio R. Barcos	3'—	4'50
El A B C de la Puericultura moderna, doctor Prunier	1'—	
El alcohol y el tabaco, León Tolstoi	1'—	
La maternidad consciente, Manuel Devaldés	2'—	3'50
La educación sexual, Jean Marestán	3'50	5'—
La mujer, el amor y el sexo, Jean Marestán	1'—	
Sexualismo libertario, Eugenio Pagán	1'—	
Lo que debe saber toda joven, doctora Mary Wood	1'—	2'50
Albores, Albano Rosell	3'—	4'50
Educación y crianza de los niños, Luis Kunhe	3'75	

ANTOLOGIA

DE LA FELICIDAD CONYUGAL

(CONOCIMIENTOS ÚTILES PARA LA VIDA PRIVADA)

Esta nueva publicación tiene una finalidad elevada y digna: aportar al conocimiento de las parejas humanas las más útiles enseñanzas para su penetración afectiva e íntima y para su felicidad sexual.

En pequeños volúmenes exquisitamente presentados, a tono con lo selecto de su texto, ofrecerá las más bellas páginas, las mejor logradas y más provechosas de cuantas han producido los hombres que dedicaron su ciencia y su saber a convertir en manantial de dulces placeres y de sanos deleites lo que es hoy motivo de amargos

sinsabores debido a la ignorancia y a los prejuicios subsistentes en la vida sexual.

Ni autores mediocres ni obras groseras o cínicas ocuparán estas páginas. Por el contrario, queremos contrarrestar, con la divulgación metódica y selecta de estos conocimientos de alta eficacia cultural y de utilidad práctica indiscutible, la labor nefasta de esa literatura morbosa, halagadora de bajas pasiones, que viene explotando el sexualismo sin escrúpulo alguno.

Estamos seguros de que esta serie de libritos constituirá la dicha de muchos hogares, que la tendrán en gran estima.

Van publicados:

Breviario del Amor Experimental, doctor Jules Guyot ...	1 Pta.
La Cópula, doctor Van de Velde	1 »
En preparación:	
La Anafrodisia (Sus causas y sus remedios), doctor Garnier ...	1 »
El placer recíproco, doctor Smolenski	1 »

CONOCIMIENTOS UTILES DE MEDICINA NATURAL

Cómo se previenen y cómo se curan toda clase de enfermedades por la Medicina Natural. Cualquiera de estos pequeños volúmenes equivale a un tratado extenso sobre la enfermedad de que trata, poniendo al lector en condiciones de poder curarse a sí mismo. Cada tema está tratado por un médico naturista especializado en la afección o dolencia tratada, escrito expresamente para esta Sección en lenguaje sencillo para el profano y con honradez científica irrepachable.

Van publicados los siguientes:

La Tuberculosis, doctor Roberto Remartínez	1 Pta.
Enfermedades del Estómago, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
El Reumatismo, doctor Eduardo Alfonso	1 »
La Fiebre, doctor Isaac Puente	1 »
La Impotencia genital, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
El Estreñimiento, doctor Roberto Remartínez	1 »
Higiene sexual, doctor Félix Martí Ibáñez	1 »
La Alimentación humana, doctor Lucio Alvarez Fernández	1 »
La Delgadez, doctor Eduardo Arias Vallejo	1 »
La Obesidad, doctor Enrique Jaramillo	1 »
La Sífilis, doctor L. Bastos Corbeira	1 »
La Higiene, la Salud y los Microbios, doctor Isaac Puente	1 »
Los Vegetales, doctor A. de Vasconcellos	1 »
Las enfermedades del Corazón, doctor J. M. Fontanals	1 »
La Apendicitis, doctor José Pedrero Vallés	1 »
Las enfermedades del Hígado, Dr. Eduardo Arias Vallejo	1 »
Puericultura, Prof. Samuel Velasco y Llamas	1 »
Enfermedades de la Mujer, doctor J. M. Fontanals	1 »
La Calipedia (Arte de engendrar hijos sanos y bellos), doctor Roberto Remartínez	1 »
Enfermedades Nerviosas y Mentales, Dr. J. M. Fontanals	1 »

— Julio
1 9 3 6

Año XIV - Núm. 155

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158. — VALENCIA

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual



DESDE que escribí las notas anteriores han aumentado enormemente las posibilidades del fascismo en España. El lector comprenderá que al hablar de fascismo no me refiero al de Primo de Rivera, ni al de Goicoechea, ni al de Gil Robles, ni al de Calvo Sotelo u otras figurillas o figurones semejantes, por más que para erigirse en dictador no sea preciso de ningún modo ser una figura. El caso de Mussolini e Hitler, para no citar más que los dictadores de que todo el mundo habla, es buena prueba de ello.

No me refiero, en efecto, al fascismo de esos insignificantes personajes: me refiero al del burgués, al del hombre con cuartos, de procedencia indecorosa, claro está, que, amontonado con sus iguales, y arrastrando a la defensa de sus intereses mezquinos a todas las gentes que difícilmente podrían vivir en un régimen de responsabilidad, puede permitir que un Gil Robles o un Calvo Sotelo cualquiera se erija en dictador, es decir, en salvador, por el tiempo que sea, de los cuartos del burgués.

Este fascismo es el que, desde que escribí mis anteriores notas, ha tomado un incremento extraordinario. No cabe pequeña culpa de ello a las organizaciones obreras, que han olvidado con harta frecuencia, en estos días, su interés del mañana inmediato, interés permanente, por su interés de hoy, transitorio, y que en la defensa de este interés transitorio han llegado a extremos lamentables. No llevaré más adelante la censura, para no reavivar la herida, que debe cicatrizar, por el contrario, y borrarse. A es-

cape. Mientras esa herida siga abierta, el fascismo irá aumentando. A su costa y en perjuicio de todo el proletariado. De nada recibe aquél mayor aliento que de la división de éste. Nada tendría de extraño, por tanto, que la fomentara. Rechazo la idea de que haya proletarios auténticos al servicio de los designios del fascismo. En ningún bando. Pero lo cierto es que, luchando entre sí, los favorecen. Esta lucha puede y debe evitarse. Dan lugar a ella cosas del momento, importantes, a veces, no hay que dudarlo, pero que pierden toda su importancia si se considera lo que la lucha a que arrastran pone en peligro. Socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas tienen puntos de vista muy distintos sobre multitud de cosas. Yo no he olvidado, en lo que vengo sosteniendo en estas columnas hace tiempo, ninguna de esas diferencias. Era cosa de enfrentarse, en defensa de esos puntos de vista distintos, ayer cuando la revolución estaba todavía lejos. Será cosa de enfrentarse, para defenderlos de nuevo, mañana cuando la revolución haya acabado con la burguesía. Pero no hay tiempo que perder. Hacer hincapié en la defensa de una teoría, de una táctica, de un procedimiento cualquiera para las luchas episódicas que surgen, es poner obstáculos a la revolución que se avecina y tal vez retrasarla por mucho tiempo. Observen los proletarios todos este fenómeno: Hace un mes, cuando se creía inminente el acuerdo del proletariado español para impedir cualquier intento fascista, el fascismo se mostró acoquinado, temeroso; hoy, que el proletariado lucha dividido allá y acá, o entre sí, hasta extremos dolorosos, el fas-

cismo aparece con una pujanza casi casi arrolladora. Tanto, que no sería extraño intentara, en término breve, si las cosas siguen así, el golpe decisivo de alzarse con el Poder.

De todas partes recibe alientos para ello. El Gobierno nada puede contra él, a pesar de haberse declarado frente a él beligerante. La fuerza pública del Gobierno pondrá fin a la vida de todos los hambrientos que sea menester, como en ese pueblecito de Albacete; pero si mañana el fascismo se lanza a la calle, no a cortar unos pinos del Estado, sino para acabar con el Estado tal como ahora está constituido, la fuerza pública del Gobierno no le saldrá al paso. Antes bien se pondrá a su lado. Si no toda, la mayor parte, una mayor parte abrumadora.

La Prensa, salvo unos pocos periódicos, muy pocos, es fascista. Tanto la que lo dice, sin decirlo, como si se avergonzara de lo que desea —tan vergonzoso es—, como la que lo oculta, malamente, con demagogias retiradas de la circulación hace tiempo.

Los intelectuales —¿hay que decirlo?— raros son los que no se sienten atraídos por el fascismo. Lo ansían, y así lo confiesan, con más o menos impudor, para poder seguir escribiendo por escribir. ¡Qué horror tener que realizar un trabajo responsable! ¡Para qué el esfuerzo de vivir como hombres siendo tan fácil la vida de criados de la burguesía! Como la mujerzuela no comprende que se pueda vivir como mujer, así el intelectual (las excepciones, por su rareza, no se cuentan) no concibe una vida de hombre. Y así como la mujerzuela admira al hombre fuerte, aparentemente fuerte: al Don Juan, así ellos admiran al dictador, una especie de Don Juan de la política, es decir, un aquejado del complejo de inferioridad, como el Don Juan mujeriego es un aquejado del complejo de afeminamiento. El dictador puede permitirles seguir viviendo como hasta aquí, de escribir por escribir, del fruto de sus halagos a quien les paga, robado a los trabajadores; esto es, si no enteramente como holgazanes, sí, en toda la extensión de la palabra, como parásitos. Hasta sus, al parecer, desinteresadas defensas de la cultura y la civilización, son, bien analizadas, halagos a quien les paga. Cultura, civilización y burguesía

son para ellos la misma cosa, y conviene, alguna que otra vez, disfrazar el halago.

Las demás instituciones, corporaciones y colectividades de carácter más o menos público o docente, son, asimismo, fascistas. Sirva de ejemplo la Academia de Jurisprudencia, cuyos componentes tienen una idea tan fina de la justicia, que acaban de elegir para presidirles a un partidario franco del régimen dictatorial: Calvo Sotelo.

Unáanse a todo lo citado los innumerables golfos, no desaharrapados, sino elegantemente vestidos, que pueblan las ciudades, prontos a jugar-selo todo con tal de que no se implante un régimen que les haga trabajar, y se tendrá un cuadro completo de las fuerzas que alientan el fascismo.

Son muchas, realmente, y fáciles de aglomerar. Ya se están aglomerando con una rapidez asombrosa. Pero, ¿qué significarían, aun completamente aglomeradas, frente al proletariado? Nada. Nada absolutamente. La masa de los trabajadores, enfrentada con la masa de los que viven del trabajo ajeno, no permitiría a éstos subsistir como tales ni unas horas. Pero si la masa de los trabajadores sigue un poco tiempo como está en estos instantes, la amenaza del fascismo no será amenaza dentro de muy poco tiempo, sino realidad, terrible realidad que nos hundirá en una existencia vergonzosa quién sabe por cuántos años.

Hay que reaccionar, pues, contra lo que se está haciendo. Resueltamente. Recurriendo a todos los medios posibles. Es preciso que la posibilidad del fascismo no aumente. Unos días más de división y de lucha entre el proletariado pueden ser fatales. Póngase fin, como quiera que sea, a esa situación. No es hora de ventilar diferencias proletarias, ni teóricas ni de acción. Es hora de aprestarse a dar la batalla a la burguesía, que se apresta al establecimiento de un régimen indigno. Y que va a establecer ese régimen indigno, sin tardanza, si el proletariado no está acorde para impedirlo, si el proletariado continúa dirimiendo sus diferencias, importantes en otras circunstancias, pero insignificantes en momentos de tanto peligro como los que estamos viviendo.

IMPORTANTE

A pesar de la nota aparecida en otro lugar de este mismo número, los cuadernos de la obra **MEDICINA NATURISTA**, del doctor Remartínez, se venderán

a 0'80 pesetas el ejemplar, y no a una peseta, como habíamos anunciado en principio.

Hemos procurado, en beneficio de nuestros lectores, alambicar lo más posible el precio de estos cuadernos para lograr la máxima difusión, ya que se trata de una obra de enorme interés, y que todos puedan adquirirla, a pesar de los cuantiosos gastos que reportan la multitud de dibujos y láminas en color de que constará la obra, y a pesar también de que irá impresa en excelente papel couché.

Debido a que no tenemos adquirido el franqueo concertado, no podemos servir suscripciones de un ejemplar suelto, por lo que rogamos a los lectores la adquieran de los corresponsales de ESTUDIOS. Los lectores que deseen adquirirla en localidades en donde no haya corresponsal de ESTUDIOS pueden unirse unos cuantos y pedir los ejemplares en conjunto. En ese caso, siempre que pasen de cinco, les resultarán a 0'60 pesetas cada ejemplar.

2. — Estudios



Dr. Serrano Pons

La prostitución como fenómeno social

I

EL problema de la prostitución acostumbra a tratarse, como ocurre con tantos otros, desde un punto de vista no solamente unilateral —en cuyo caso podría en parte justificarse—, sino de una manera limitada, parcial, en el sentido de que no se abarca el tema en toda su magnitud. Sus proporciones redúcelas cada tratadista al área de su especialización: en el terreno de la investigación histórica hay trabajos interesantísimos sobre la prostitución; Dugdale y Lombroso han estudiado la prostitución desde el punto de vista antropológico; las escuelas criminalistas se han planteado más de una vez el problema de la prostitución como delito; la psicología de la prostituta ha sido magistralmente estudiada por Havelock Ellis, etc. Y son también numerosos los autores y ensayistas que han intentado dar a sus trabajos un pretendido carácter «sociológico» con la más sana intención unas veces, y otras, las más, para justificar la persistencia de un estado de cosas favorable a los particulares intereses de su clase.

Aun cuando la historia de la prostitución presente un carácter pintoresco en la sociedad antigua y moderna (recordemos, entre otras, la práctica de la prostitución religiosa), para nosotros la historia de la prostitución no es más que la historia de un tráfico de cuerpos cuyo producto se destina a cubrir determinadas necesidades.

Entiéndase bien que las palabras «producto» y «necesidades» las empleamos en la particular acepción que, dialécticamente, tienen en cada época histórica. El doctor Georges Paul-Boncour, director del Instituto Médico-pedagógico de Vitry, describe así la formación y desarrollo de la prostitución:

«La hija pertenece, ante todo, al padre, que en la aurora de las civilizaciones tenía interés en que permaneciera virgen hasta que llegase un marido y la comprara. Esta noción del valor mercantil de las mujeres es la que ha formado y desarrollado la concepción del valor mercantil de la virginidad. Una vez transferida la mujer del padre al marido, era celosamente guardada con el mismo cuidado. Había, pues, de una parte, una clase de muchachos que no eran lo suficientemente ricos para comprar mujeres legítimas, y, de otra, una clase de muchachas a quienes nadie compraba y que debían resignarse al

celibato. Tal estado de cosas entrañaba automáticamente la prostitución, pues muchas de estas mujeres encontraron lógico servirse de sus encantos para atraer a los hombres y venderles temporalmente sus favores.»

Vemos, pues, cómo en estas primitivas civilizaciones hay unas «necesidades» de tipo económico que determinan la existencia de la prostitución, y estas mismas «necesidades» las hallamos incluso en formas de prostitución que, aparentemente, parecen obedecer a otras causas; un ejemplo de ello es la llamada prostitución religiosa de la que se ocupa el doctor Sanger, en los siguientes términos:

«También en Caldea, la religión disimulaba al principio, y después ensalzaba la prostitución. Toda mujer babilonia estaba obligada por la ley a prostituirse una vez en la vida en el templo de la Venus caldea, cuyo nombre era Militta. Parece que Herodoto vió el parque y los terrenos en que se realizaba este singular sacrificio. Estaban llenos constantemente de mujeres con cintas ceñidas alrededor de sus cabellos. Una vez dentro del lugar, ninguna mujer podía salir de él hasta haber pagado su deuda y haber depositado en el altar de la diosa el pago recibido de su amante.»

Y el doctor Edmundo Dupouy nos revela, en su obra *La prostitución en la antigüedad*, lo siguiente:

«Dice Herodoto que todos los años 700.000 peregrinos eran iniciados en Bubastis, durante las fiestas de Isis. Esta prostitución sagrada era una fuente de considerables ingresos para los altares de las diosas, ingresos que se repartían entre los sacerdotes de Isis, que detentaban exclusivamente los poderes necesarios para la iniciación en estos sagrados misterios.»

Y este hecho de la prostitución determinado en cada época, en sus variados aspectos, por peculiares condiciones de desarrollo de la sociedad, alcanza después de la revolución industrial proporciones tales, que, de una práctica respondiendo a ritos más o menos pintorescos, se convierte en una verdadera plaga, en un fenómeno social de magnitud jamás conocida. Durante el siglo XIX, la prostitución, la alcahuetería, el tráfico de carne humana, se convirtieron en ramas especiales de especulación comercial, con ramificaciones en todas partes.

El capitalismo ha hecho de la prostitución una fuente de ingresos no sólo para la prostituta que

vende su cuerpo, sino, aun más, para toda una serie de explotadores, traficantes, dueños de casas de tolerancia, propietarios de hoteles y establecimientos de toda índole, policías, políticos, y, en último término, para el Estado, que percibe, en concepto de diversos impuestos, su parte en tan escandaloso negocio.

La prostitución en la actualidad.—Las causas de la prostitución en la actualidad hay que buscarlas en el sistema de propiedad privada y en la organización de la sociedad capitalista que mantiene a la mujer proletaria en condiciones de inferioridad con relación a los demás miembros de la sociedad; que limita y restringe el uso de sus derechos políticos y civiles (o se les niega abiertamente, como ocurre en algunos países); que acentúa su desigualdad económica con respecto al hombre, pagando por su trabajo salarios irrisorios; que prohíbe su acceso a determinadas profesiones, etc. A todo esto debe añadirse la actitud adoptada por la «moral» burguesa frente a todo intento de emancipación y dignificación de la mujer, actitud respaldada y sostenida por toda clase de leyes y preceptos jurídicos.

Pero no con lo citado basta para que nos formemos una clara idea de cómo la prostitución es inseparable de la civilización burguesa; el problema es más complejo de lo que a primera vista parece. Existen una serie de causas que si no determinan directamente, como las anteriores, el hecho de la prostitución, por lo menos influyen grandemente en su existencia; entre estas causas encontramos la falta de condiciones materiales del obrero necesarias para crear una vida familiar feliz:

«Para el obrero es casi imposible sostener un hogar, bajo el régimen social vigente. La casa en que vive es incómoda y sucia, apenas si sirve de refugio para dormir, le falta calor, está desmantelada y con frecuencia llueve dentro; en los cuartos en que se hacinan los inquilinos se respira un aire maloliente; allí es imposible que reine la amenidad doméstica. El marido se pasa el día en su trabajo, como la mujer y los hijos, casi siempre, en el suyo. Lo más frecuente es que trabajen todos en distintos cargos, fábricas o talleres. Sólo se ven por las noches y por las mañanas, expuestos constantemente a la tentación de ahogar su miseria en alcohol. ¿Se concibe vida familiar en estas condiciones?» ¡Y en este sombrío cuadro se refería Engels al proletario que trabaja y percibe un salario! Pensemos por un momento en la situación del parado forzoso...

Otras causas son los matrimonios tardíos, la duración del servicio militar obligatorio, la inseguridad en encontrar trabajo, etc.

Pretendidas soluciones.—Un problema tan complejo como éste, tan profundamente enraizado en las condiciones económicas que determinan las diferentes estructuras sociales, ha sido enjuiciado de muy diversas maneras, desprendiéndose de cada una de ellas una pretendida «solución».

Estas actitudes frente a la prostitución pueden resumirse así:

1.ª La prostitución es considerada como un delito. Teoría sostenida científicamente por Lombroso: «La prostitución es a las mujeres lo que

el delito a los hombres, porque las prostitutas tienen los mismos caracteres físicos y morales que el delincuente.» De aquí se desprende el sistema de prohibición y castigo adoptado en algunos países.

2.ª Considerada la prostitución como un mal necesario, el Estado se cree en la necesidad de intervenir, reglamentándola, para atenuar sus peligros, principalmente los que se derivan del contagio de enfermedades sexuales.

Las primeras noticias de reglamentación son las del sitio de Numancia, en donde Escipión llevaba a las prostitutas como una parte de su ejército; los iberos, los celtas y los fenicios no ofrecen indicios de ella, y en España fué con la dominación romana con la que se hicieron las primeras clasificaciones de prostitutas, estableciendo la prostitución matriculada, autorizando el ejercicio a las extranjeras y arrancando de aquí la constitución del lupanar, con sus impuestos, sus multas, como una completa organización. Más adelante, el dominio de los bárbaros en España y la dominación árabe dieron un estado confusional a todas estas organizaciones.

En Inglaterra, el obispo de Winchester se ocupó de la prostitución, así como la reina Juana de las Dos Sicilias, el año 1347.

Pero, todo esto, como otros diferentes ensayos llevados a cabo en Europa, no tienen cristalización hasta el siglo XIX (1828), en que en Francia fué decretada la reglamentación, comprendiendo ésta la inscripción y reconocimiento sanitario de las prostitutas, y como consecuencia de una proposición del Congreso de Bruselas, de 1825, sobre reglamentación internacional.

Dos años más tarde fué aceptada en Italia (Florencia), San Petersburgo, Viena e Inglaterra, que la ensayó en sus colonias, y, más adelante, el año 1866, la decretó en el continente para las prostitutas, los soldados y una cierta parte de la población.

Higiénicamente este método no tiene valor alguno. Los reconocimientos médicos verificados en una masa enorme de prostitutas no pueden ser llevados con rigor científico y quedan reducidos a un examen superficial. Además, crea en los que se sirven de la prostitución una falsa confianza, haciéndoles abandonar prácticas profilácticas que, de no estar reglamentada la prostitución, tal vez adoptarían.

3.ª Se la estima una inmoralidad, cuya supresión es imposible, y no puede hacerse más que abandonarla a su propio desenvolvimiento, sin perjuicio de reprimir, los delitos que puedan cometerse con ocasión de ella. Este es el sistema de prostitución libre, en oposición a la prostitución reglamentada.

La primera voz que se dejó oír en el mundo contra la reglamentación fué la de Josefina E. Buttler, que fundó, en 1874, la Federación Abolicionista Internacional, gracias a cuyos esfuerzos se consiguió abolir la reglamentación en Inglaterra, en 1883, y, más tarde, en otros países.

Se ha demostrado estadísticamente que con la abolición de la prostitución reglamentada disminuyen las enfermedades sexuales.

La verdadera solución.—Como se ve, de estos tres sistemas, los dos últimos no pretenden terminar con la prostitución, y el primero no lo consigue, fácil es colegir por qué.

Y es que este problema, como tantos otros que

4. — Estudios

La sabiduría y la justicia pitagóricas



Hacía tiempo que Pitágoras se hallaba empeñado en descifrar un problema interior que parecía absorberle por completo. Cierta día, después de largas horas de meditación durante las que trazó y borró sucesivamente numerosos signos sobre la arena del jardín, exclamó, alborozado:

—Si mi filosofía me permitiese hacer víctimas y poseyese cien bueyes, ofrecería una hecatombe.

—¿A qué Dios dedicarías este sacrificio?—le preguntó, receloso, su discípulo Gilos.

—Al Señor de la Ciencia, sea cual sea su nombre... Pero este nombre que ignoraron Zaratustra, Hadabab, Oinufis, Epiménides, los hierofantes, Orfeo, Hesiodo y Homero, creo que mi amor acaba de revelármelo. Voy a sacrificar mi hecatombe al Dios Geómetra.

Y, al lado de una figura que contemplaba apasionadamente, trazó, en la misma arena, unas cuantas líneas que representaban un buey. En lo que venía a ser el vientre del mismo, trazó los signos que expresan el número cien. Luego borró el número y el buey, y declaró:

—El sacrificio está consumado. Dios Geómetra no pide más.

en el sistema capitalista se plantean, sólo hallará su solución en la transformación radical del orden social existente. En 1910 se convocó un Congreso para luchar contra el comercio de mujeres, asistió una delegación obrera de Moscú, y su representante, un tipógrafo, declaró:

«Hemos venido a este Congreso sin hacernos ninguna ilusión en cuanto a la desaparición, dadas las formas actuales de vida económica y social, de este mal que pesa con toda su perniciosa influencia sobre el organismo popular. Hemos venido a este Congreso sin hacernos ninguna ilusión sobre la curación de las supurantes llagas de este tráfico inhumano: este peligro sólo será suprimido por la obra de los trabajadores mismos. Nuestra tarea consiste ahora en descubrir las causas principales de la prostitución, subordinada a la falta de derechos económicos y políticos de los trabajadores.»

Esto pretendemos en el presente trabajo. En artículos sucesivos estudiaremos la situación de la mujer en diferentes países y su relación con el desarrollo de la prostitución en los mismos. Haremos, por último, un documentado estudio sobre la lucha contra la prostitución en la U. R. S. S., país que nos ofrece una experiencia magnífica.

—Dios Geómetra —exclamó Gilos admirado—. ¿Es que creas un Dios nuevo?

—No, porque es el más antiguo, aunque el más desconocido de los dioses. Este es el que todos buscan con palabras, y al que sólo es posible encontrar por medio de los números y de las líneas... Cállate, Gilos. Creo que voy a encontrarle un nombre aun más hermoso y más adecuado. ¡Oh Dios!, ¿no prefieres que te llame UNO, que te designe con el nombre de Mónada? Uno, ¡oh Mónada!, antigua y siempre nueva, única Eternidad, única Inmensidad; tú suprimes la dispersión y la muerte; tú contienes en la punta de tu tónica el tiempo y el espacio...

Con la frente inclinada hasta tocar la arena. Pitágoras observaba la más emocionada y respetuosa de las actitudes practicadas por los orientales. Cuando se irguió, dijo:

—Uno, tú eres, pero, no obstante, para que seas, es preciso que llegues a ser. Eras en las tinieblas, has creado la luz y la luz pareció martarte. Sin embargo, esta luz crecerá lo suficiente para crearte más hermoso. Has creado la mente que divide las cosas, pero esta parricida aproximará los miembros dispersos, los juntará y reconstruirá a su padre infundiéndole una vida más armoniosa.

—Detente —le gritó Gilos—. No te lances por esta pendiente de locura.

—Cállate, hermano mío, deja que descienda hasta el misterio inefable... Sí, el Uno es primero. Pero se ignora a sí mismo y quiere conocerse. Destaca de sí las cosas, al igual que si fuesen espejos, con el fin de mirarse en ellas. Pero su primer acto creó la Apariencia y pareció destruir la Realidad. En su primer esfuerzo para crear aquello con que mirarse produce el Dos. Y el Uno, creyendo que no existe ya el Uno, tiene miedo de sí mismo y de su hijo. Así, pues, el Dos es la Apariencia, es el Mal, es la Caída, es la Pérdida de sí mismo, es el Infinito. Pero Uno y Dos se abrazan y se combaten. Sus luchas, como sus besos, crean cosas innumerables, pobres y opacas en las que el Uno no puede verse ya. Pero, finalmente, después de mil tanteos de amor y odio, el esfuerzo unánime produce el Hombre, magnífico espejo de Vida, onda que es un alma; el Uno, el Dos y todos los dioses se sobrecogen de miedo ante el espejo que huye, que se estremece y que se ríe. Y quieren destruir al Efímero. Pero uno de ellos —llamado Prometeo según los poetas— divisa el porvenir. Sabe que los manantiales desembocan en

el Océano y que un dolor contemplado en el espejo durante mucho tiempo se convierte en goce. Este dichoso mortal SABE... Pobre espejo salvado por Prometeo, ¡cuántas hostilidades reflejas, cuántos odios, cuántas fealdades y cuán fácil es creer que no eres nada fuera de las discordes imágenes que reflejas! Sin embargo, eres otra cosa, eres la voluntad de reflejarlo todo, y por consiguiente, no ya la lucha, sino la armonía, no la representación de Varios, sino el UNO. ¡Ah!, cuánto tiempo va a costar comprender esto... Los poetas, los sabios y los sacerdotes buscan el camino que conduce hacia el Uno, enriquecido por el conocimiento de sí mismo. Pero nadie ha descubierto este camino, porque todos se encaminan por los senderos del ensueño o de la afirmación. Pero, ¿es que, acaso, la afirmación puede considerarse como un sendero? El verdadero nombre de la afirmación es el de Inmovilidad. El ensueño es un camino hermoso, y el más florido. Pero los que lo siguen no se dan cuenta de que da vueltas alrededor de él mismo. Pasan y vuelven a pasar continuamente por los mismos lugares y no son capaces de reconocer los sitios mil veces recorridos; y ello acaece porque tú, Sueño, eres más pródigo que todas las primaveras y te cubres cada vez de flores nuevas que tus seguidores no recogieron la vez pasada. Eres, Ensueño, como en un aire perfumado el flotamiento de todos los lises, de todas las rosas, de todos los narcisos y de todos los asfodelos; pero frente al espejo te borras en el instante mismo de aparecer. ¡Oh Ensueño!, que no eres siquiera un rostro, sino una sonrisa que huye y vuelve, siempre seductora, pero siempre cambiada. ¡Ensueño! Eres maravillosamente bello, pero demasiado semejante a mí mismo, a mi superficie y a mi huida... No eres tú el camino deseado; mi camino se llama SABER. Quiero una ruta sólida que no dé vueltas y más vueltas alrededor de sí misma y que no vuelva a darme lo que ya me proporcionara una vez.

»Saber, Saber, solamente tú ofreces adquisiciones firmes, y los presentes que nos haces no tienen valor tan sólo por sí mismos, sino porque son las seguras promesas de regalos más valiosos. Únicamente tú, ¡oh Saber!, eres estable.

»Sin embargo, ¡oh Saber!, tienes un hermano que se llama Duda y no puedes caminar si no te acompaña este cojo sonriente. Por esto siempre la primera palabra que balbuceas es la que te dicta él.

»Tal vez por esto, estable Saber, tu primera frase es ésta: «Nada hay estable, las cosas desaparecen tan rápidamente como los sueños.»

»Pero tu primera frase no me desanimó. Continué siguiéndote y me enseñaste a mirar y analizar, no solamente las cosas que pasan y desaparecen, sino lo que hay detrás de esta desaparición.

»¿Cómo podrían pasar y desaparecer si no tuviesen una pendiente? Saber, tú no detienes el curso de las cosas, sino que nos haces penetrar en su pendiente. ¡Ah! Cuán profundo es este río. Al sumergirme en él el agua sofoca mis narices y mi boca y ciega mis ojos; pero mis manos vacilantes buscan la Pendiente, esta Pendiente a la que quiero otorgar un nombre glorioso y a la que llamaré Ley. También quiero darle otros nombres gloriosos, de suerte que mi amor la llamará unas veces Número, y, otras,

por la música que hay en mi interior, la denominaré Armonía.

»¡Oh Gilos, oh hermano mío!, busquemos el Número de cada cosa, busquemos en cada cosa la Armonía. Después de esta labor, no importa que la cosa desaparezca de entre los dedos de nuestro cuerpo, porque permanecerá para siempre prendida entre los sutiles dedos de nuestra inteligencia.

»¡Oh Gilos, oh hermano mío!, mira amorosamente estas líneas trazadas en la arena: verás en ellas la más reciente faz de Dios, el último destino de la Pendiente. Mira, Gilos, la gloria de este instante. Mañana el sol lucirá para glorias más hermosas, pero ellas serán hijos de ésta.»

Gilos dijo:

—Veo tan sólo un triángulo y unos cuadrados en torno a este triángulo; veo, además, otras líneas que, para mi comprensión, se mezclan y embrollan.

Pero Pitágoras le objetó:

Este triángulo tiene un ángulo recto. Y hay un número que, mejor que los ángulos, une el lado mayor con los otros dos. Ayer el hombre ignoraba este número. Hoy el Hijo del Silencio lo ha descubierto. Si yo muriese, es preciso que este número no se pierda. Voy a decírtelo, Gilos, y, si por cualquier motivo no pudiese yo repetirlo a los demás hombres, se lo repetirás tú. Por humilde e insignificante que te parezca este descubrimiento, servirá para enseñar a los hombres la Pendiente (la Ley) y les enseñará acerca de ésta y de Dios mucho más que puedan enseñarles Zarathustra y Orfeo reunidos.

Gilos escuchó la demostración. Le emocionó, pero no en la forma que a Pitágoras. Primero admiró la ingeniosidad y habilidades tortuosas que conducen a la Verdad. Luego, su voz inquieta, como vacilante, dijo:

—¡Oh Pitágoras!, ¿no es la Justicia una geometría? Por que no has de ser tú el geómetra y el arquitecto de la Justicia? ¡Oh Pitágoras!, con números exactos, líneas ingeniosas, hombres puros y leyes cuadradas, construyamos la verdadera ciudad, aquella que, una vez construída será, como estas líneas de la arena, una faz de Dios y una adquisición eterna.

—Dentro de un rato el viento borraré la figura que he trazado en la arena.

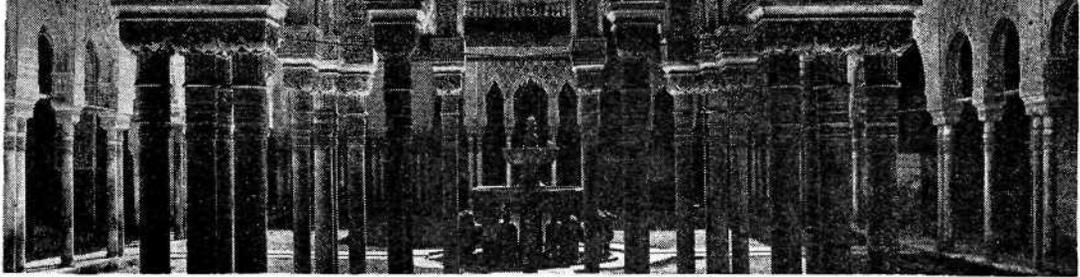
—Pero no en tu cerebro ni en el mío, como tampoco en el de aquellos a quienes la enseñaremos y la explicaremos de manera renovada.

—Tienes razón —dijo Pitágoras—. Vamos a construir la ciudad de Justicia. Sin duda alguna la muchedumbre vendrá, como un viento de cólera y locura, a barrer nuestra obra, esta experiencia que vamos a construir sobre la arena del presente. Pero tal vez algunos cerebros se acordarán de ella. Es seguro que no habremos tallado el cuadrado de mármol ni construído la Justicia con cimientos indestructibles. Pero tal vez logremos crear, para ejemplo de un día, la idea eterna del cuadrado y de la Justicia. No nos es posible parir a nuestros descendientes lejanos, ni siquiera conocerlos; pero, para que el porvenir viva, creemos nuestros hijos y nuestras obras en la medida que ello dependa de nosotros. Todo cuanto hagamos será destruído. No obstante, pongamos la mayor cantidad posible de belleza en la pendiente fatal, y procuremos que nuestras obras sean huidas de armonía en la radiante luz.

Una página de la Historia de España

Gonzalo Vidal

LA OCUPACIÓN DE LOS ÁRABES



EN general, se tiene formado un mal concepto de los árabes. Historiadores parciales, mediatizados por la religión cristiana, señalaron su paso por España cual devastador ciclón, callándose, con manifiesta parcialidad, que fué con ellos que nos llegó la cultura, la higiene y el amor a la ciencia, menospreciada por el fanatismo cristiano.

También con ellos nos llegó el amor al laboreo de la tierra, tan fuertemente sentido y manifestado, que hacían de las funciones labriegas más que un oficio un arte.

Es curioso observar como, al contrario del cristiano, que rehuye los problemas científicos, negándose al análisis aleccionador porque cree en el absoluto absurdo de su dios como origen y fuente de dimana la vida, el árabe, no solamente no los rehuye, sino que los busca y gusta de resolverlos. Verdad es que al obrar así no hace más que seguir la ruta que le señalara Mahoma. Pero sería curioso investigar hasta qué punto Mahoma impulsó a sus fieles al estudio o si fué la afición de éstos a estudiar lo que determinó en él las siguientes manifestaciones: «Tratad de conquistar la ciencia, aunque para ello debáis ir a alcanzarla a la China», y también: «Trabajad la tierra para adquirir la ciencia y los bienes terrenales como si hubierais de vivir eternamente, y dirigid vuestras acciones en vista de la vida futura, como si hubierais de morir mañana.»

Sabido es cómo los grandes conductores de masas responden en un todo al medio en que se desenvuelven y son fiel reflejo de las gentes y de los sentires de su época. Su credo está amasado en la necesidad general y en el general sentir; de no ser así no arraigaría su credo, que más que suyo es el de la masa a quien guía y por quien es guiado. El Corán, como la Biblia, son el reflejo, más que del sentir de dos hombres, de dos pueblos, de dos razas. Tanto el uno como la otra son dos crónicas costumbristas y exageradas, que nos enseñan a conocer a los pueblos que posibilitaran su escritura.

Es la Biblia la que nos dice con meridiana claridad, cómo el cristiano rehusó a la ciencia, debido a una exagerada pereza mental alimentada por el fanatismo ancestral.

Así como en el cristiano la fe es trasunto fiel de lo absoluto, en el árabe casi podría asegurarse que tiene sentido de la relatividad. Fanáticos ambos, el fanatismo del árabe dista mucho de caer en las intemperancias del cristiano. Buena prueba de ello es que no puso cortapisas a la libre emisión del pensamiento. Indios cristianos y hasta ateos se reunían con los musulmanes en fraternales elucubraciones filosóficas en derredor de los problemas capitales.

• • •

Al desembarcar los árabes en España, en el año 711, buscando ancho campo en que extender su religión, venían precedidos de tal fama que apenas si la estulticia imperante entre los visigodos les permitió oponer resistencia a las tan queridas como fanáticas huestes, capitaneadas por Tarie. Vencedores en Siria, Egipto, Asia, Africa, etc., aparecían ante los ejércitos como seres en los que el verdadero dios hubiese derramado sus influjos. Así que al salirles al paso Don Rodrigo, en Jerez de la Frontera, al frente de su ejército, parte del mismo, los whitizanos, se pasan en masa al invasor con armas y bagaje, facilitando con ello la victoria árabe y la muerte de Don Rodrigo, héroe del romancero español. Tras ganar esta batalla, los mahometanos marcharon sobre Mérida, a la que rindieron también. Y luego cayó en su poder Toledo, Zaragoza y toda Castilla. Total, que en quince meses (1) apoderáranse de toda España, salvo una pequeña franja montañosa al norte de la Península, en donde los cristianos lograron sostenerse y mantener su fe, acrecentada con maña por los clérigos con continuados sofismas milagrosos.

Sabida es la tendencia de las gentes hacia lo absurdo; en la versión de un hecho caen más fácilmente en el misterio que en la explicación científica. Esto aun hoy, conque ¿qué sería en el siglo x?

La tenebrosa existencia en que les tenía sumidos la fe en lo sobrenatural posibilitaba el que

(1) En esto no están los autores de acuerdo, y si escojo el número de quince meses como más probable, es por haber sido emitido por Reclus, el eximio autor de *El Hombre y la Tierra*, que me merece toda confianza.

fueran creídos y divulgados los más estupendos milagros fabricados por papas y prelados. Estos, en su retirada, guardaron un gran cofre en el que decían llevar reliquias de santos. No necesitaron más para seguir alimentando la fe en los creyentes, que viéndose acompañados en su éxodo de tales reliquias no dudaron en que su derrota es una artimaña de su Dios para ponerlos a prueba, por lo que esperan confiados la próxima victoria que les rescate el suelo patrio y que les abra las puertas del cielo. Y lo que no hizo Dios lo hizo la fe. Aquel puñado de valientes, por fanáticos, volvió sobre sus pasos y derrotó a los árabes en Covadonga, Galicia, Cantabria, León, Zaragoza, Astorga, etc., terminando por hacerles reparar el estrecho de Gibraltar. No obstante, la reponquista costó 774 años de guerra tenaz por una y otra parte.



Excelentes agricultores los árabes, revolucionaron profundamente las costumbres de los visigodos que, amantes del mínimo esfuerzo, daban predilección al pastoreo, teniendo en gran abandono el feracísimo suelo español. Su sistema de regadío fué tan sencillo e ingenioso que aun hoy es practicado por nuestros hortelanos.

A los árabes les cupo el honor de dignificar los trabajos manuales, menospreciados y maldichos antes de su dominación.

También con ellos nos llegó el uso de la noria, desconocida hasta entonces en España, como desconocidos eran el nispero, el madroño, el naranjo, el algodónero, el melón, el albaricoque, la berenjena, el arroz, el jazmin, la caña de azúcar, etc.

Hallaron y explotaron minas de oro, plata y otros metales, a la par que elevaban el nivel cultural a una altura que quizá no haya nunca alcanzado, ni antes ni después. Como prueba de esto, hasta los autores más reacios están acordes en reconocer que en Córdoba llegó a citarse como caso rarísimo el de un hombre, niño, o mujer que no supiese leer y escribir. Y eso que la enseñanza no era costeada por el Jálifa, sino que respondía a iniciativa particular, por la que se establecían academias y reuniones de personas doctas en las cuales cada maestro exponía sus teorías y agrupaba en su derredor alumnos que le escuchaban a voluntad, separándose de él y yendo a engrosar el grupo de otro maestro cuando sus lecciones no les satisfacían.

No es de extrañar que en estas condiciones alcanzasen gran esplendor todas las ramas del humano saber. Como prueba de ello se citan innumerables bibliotecas públicas y privadas, descolando de entre todas la de Córdoba, con seiscientos mil volúmenes artísticamente encuadernados.

Aunque amantes de las artes, los árabes no desplazaron a lugar secundario los oficios en los que hallan fácil salida sus artísticas concepciones. Tan es así, que en algunos oficios por ellos practicados no sería nada fácil determinar dónde termina el oficio o empieza el arte. Y es que su temperamento artístico se manifestaba en todo. La preocupación que por los oficios sintió el árabe queda reflejada en este párrafo de Draper: «Andalucía era en el siglo x el país mejor dotado de herramienta e instrumentos y el más tranquilo de la tierra.» Sin faltar a la verdad no se po-

dría hoy escribir nada parecido. El andaluz de hoy, que se debate en la marisma, entre ayunos forzados al margen de las grandes propiedades, pignoró sus aperos para restarle un día al cruel ayuno.

Ni en higiene hemos superado al árabe. Quizá nos bañemos más hoy, pero si lo hacemos, no es tanto por el baño en sí como por la espectacularidad que se le da a tal acto. El baño es hoy un espectáculo; entonces era un placer. La Península fué sembrada de públicos establecimientos de baños, algunos de los cuales resistieron a la acción demoledora del tiempo. Tal el del «Almirante», que se alza en nuestra ciudad, y guarda, con la pátina del tiempo, el sabor de aquella época esplendorosa.

A la par que del agua, el árabe fué un gran amante de la luz. Hasta en su arquitectura lo refleja: Grandes pórticos, anchurosos ventanarles, patios en los que naranjos y limoneros refrescan el ambiente; terrazas amplias en las que domina el sol, son, aun hoy, mudos testigos que ponen de manifiesto el tipismo de una raza. Pero, más que en ninguna otra parte, en donde mayormente se refleja su ansia de luz es en los nombres que la Historia nos preservó y que resisten ingravidos al transcurrir del tiempo: El buen médico y mejor filósofo Averroes; Abderrabilú, el poeta; Avicena, cultivador de la Lógica, la Física y Metafísica; Avenzoar, fundador de la Farmacopea; Abderrahmán, el Euclides español; Abul-Rassem, a quien se debe el aguarrás; el Beeri, geógrafo, y otros. que sería prolijo enumerar.

Sin los árabes, quién sabe el tiempo que hubiera tardado en conocer España la obra de los filósofos griegos, obra que halló en ellos sus más preclaros comentaristas, comentaristas ansiosos de claridad. ¡Luz! Esta fué al parecer la divisa y el guión en la historia de la dominación árabe.

Y fué esto lo que trató por todos los medios de abatir Fernando V, el Católico, campeón del oscurantismo español, que, tras de arrojar a los moros de España y expulsar a los judíos, fundó el tribunal de la Inquisición para que acabara con el sentido de superación que latía en el pueblo cuya sangre tenía ya más de árabe que de ninguna otra, debido a que los mahometanos, al invadir España, vinieran sin mujeres, formando familia con las españolas.

Una de las ramas del arte en que más descolgó el árabe fué la arquitectura, en la que nos ha legado mezquitas y palacios en los que se extasia el pensamiento y trasládase arrobado a las más elevadas regiones de la fantasía hasta perder el nexo de relación entre ésta y la realidad. Eso es el arte árabe: mezcla dispar de realismo y fantasía.

He ahí a grandes rasgos lo que fué la dominación árabe: cultura, tesis forjada con el estudio, a pesar de cuantos esfuerzos se han hecho para escamotear la Historia fabricando una *ad hoc*, servil, equívoca y adulatora.

E S T E N U M E R O
H A S I D O V I S A D O
P O R L A C E N S U R A



Gaston Leval

La crisis ha causado estragos cuyo cálculo aproximado —en este orden de cosas debemos, fatalmente, permanecer en el terreno de las aproximaciones—, causaría asombro si pudiera hacerse debidamente. Vamos a procurar, por nuestra parte, dar una impresión real de esta tragedia, cuyos males sobrepasan ya, en intensidad, la mayor parte de los causados por la guerra pasada.

Al examinar las estadísticas de cincuenta naciones, una revista norteamericana calculó en 2.400.000 las personas que, en 1934, murieron de inanición, y en 1.200.000 las que se suicidaron por miseria. Como es sabido, la crisis empezó en octubre de 1929. Tiene ya, cuando escribimos este artículo, seis años y siete meses. Tomando por promedio las cifras indicadas, el total de víctimas causadas en ese lapso de tiempo sería de 21.600.000.

La guerra, según las cifras de los Estados Mayores, causó unos doce millones de muertes directas en los campos de batalla. Aun suponiendo excesivo el promedio de 1934 para el tiempo total de crisis, es indudable que las víctimas causadas por ésta exceden ya las que cayeron peleando en la contienda mundial de 1914-1918. El régimen actual asesina en gran escala en tiempo de paz como en tiempo de guerra. No es, por lo demás, una constatación nueva.

Veamos ahora otro aspecto, cuyo análisis será prolongado, pero extremadamente instructivo: el costo económico de la crisis.

Semejante tema requeriría un estudio de años y no estamos en condiciones de realizarlo. Pero las cifras que suministraremos no dejan de ser elementos de juicio de alto valor ilustrativo.

Podemos considerar como factores dominantes del costo económico de la crisis, los siguientes:

- 1) Disminución de la producción;
- 2) Disminución del consumo;
- 3) Disminución de los precios y de los valores;
- 4) Desocupación;
- 5) Trastornos financieros.

Estos fenómenos se producen en forma desordenada y desigual, según las crisis y las naciones. La enumeración no abarca, pues, el aspecto cronológico.

La baja de los precios parece haber sido, con todo, el primer fenómeno señalado. Cosa curio-

sa, y que desmiente la famosa teoría de la mayor influencia del industrialismo, es en la agricultura, que los Estados Unidos, inauguradores francos de la crisis actual, marcaron el primer paso. En mayo-junio de 1929, el valor de la producción industrial alcanza su apogeo; pero en 1928, el índice de precios de los artículos agrícolas, calculado en 100 por el año 1914, alcanza su cima con 148, iniciándose en seguida el descenso, que llega a 136 en el promedio de 1929.

Todos los precios bajan. El índice de 1932 es de 80 en cuanto a las frutas y las legumbres, de 69 en cuanto a los productos lecheros, de 60 para los productos de corral, de 59 para el ganado, de 49 para los cereales, de 42 para el algodón. El índice medio de todos los precios es de 56. Retroceso de 92 con relación a 1928. La renta general de la agricultura pasó, de 16.000 millones de dólares, en 1928, a 5.000 millones, en 1932.

Esta desvalorización ha sido universal. En 1929, el conjunto trigo-ganado-vino tenía en Francia un valor de 36.000 millones de francos, precio de granja. En 1934 este valor era de 25.000 millones. Los cereales secundarios bajaron de 8.000 millones a la mitad exactamente.

La pérdida ha afectado especialmente a las naciones exportadoras. Por esto es mayor en Estados Unidos que en Francia. En la Argentina, el precio del maíz bajó de pesos oro 9'26, en enero de 1929, a 1'84 de la misma moneda, en enero de 1934; el de trigo, de 9'41 a 2'30; el de la avena, de 7'73 a 1'44.

En la industria, el monto total de las pérdidas ha sido mayor. La agricultura no registra, «en sus cifras generales», retroceso de producción. Al contrario: aumentó notablemente. Pero la industria sufrió una doble pérdida: desvalorización y disminución de la producción global.

Según los datos del Instituto para el estudio de la coyuntura, de Berlín, la producción mundial pasó de 100, en 1928, a 107, en 1929, y a 74, en 1932. Las proporciones son desiguales, según los países. Suecia no baja de 96; Inglaterra, de 89, gracias a la desvalorización de la libra que le permitió aumentar sus exportaciones. Italia se detiene en 78; Francia, en 74, mientras el Canadá baja a 66 y los Estados Unidos a 57.

Observamos que en la industria, lo mismo que en la agricultura, esta nación, de predominio industrial acentuado, de mayor cartelización y

trustificación, sufrió intensamente más que Francia. Las naciones más industrializadas parecen, pues, más amenazadas que las menos industrializadas, siempre que no estén, como Inglaterra, respaldadas por un sólido capital financiero.

¿Cuál será el monto total de las pérdidas sufridas por la industria? Difícil es saberlo.

Las acciones de importantes Compañías de automóviles bajaron en 42 por 100 de su valor en 1929. El crac de octubre de ese mismo año hizo perder, en la sola Bolsa de Comercio de Nueva York, unos 40.000 millones de dólares oro durante los primeros días. El monto total de esta clase de pérdidas no se conocerá probablemente jamás con precisión, y en esto también debémos atendernos a cifras aproximadas.

Los precios bajaron en proporción enorme. He aquí una lista comparativa en cuanto se refiere a los Estados Unidos:

	1929	1931
	(Dólares)	
Acero (una tonelada)	142'12	77'91
Petróleo (100 litros)	7'21	4'72
Cobre (100 kilogramos)	157'97	98'98
Cinc (100 kilogramos)	52'76	24'83
Plomo (100 kilogramos)	46'77	27'02
Caucho (100 kilogramos)	186'72	73'19
Cueros (100 kilogramos)	184'26	64'82
Algodón (100 kilogramos)	187'23	100'00
Lana (100 kilogramos)	468'40	225'19
Seda (100 kilogramos)	51'11	26'29

En Inglaterra los precios al por mayor bajaron —índice medio, 100, en el año 1913— a 97'7, en 1931, y 58'9, en 1935. En los mismos años la baja fué de 20 por 100 en los Países Bajos; los de Suiza, que habían pasado de 100, en 1914, llegaron a 109, para bajar a 87'6, en 1933.

En cuanto al valor oro del movimiento comercial mundial, pasó de 104'6, en 1929, a 36'9, en 1933, que fué el punto culminante de su descenso. Pero debe tenerse en cuenta que este retroceso del valor no corre pareja, ni mucho menos, con el volumen global del traslado de mercaderías, que fué proporcionalmente mucho mayor.

Agreguemos algo sobre el capítulo de las quiebras. El término medio de quiebras de sociedades comerciales fué por mes, en los Estados Unidos: en el año 1928, 1.987; en 1929, 1.909; en 1930, 2.196; en 1931, 2.441; en 1932, 2.668. Las quiebras bancarias fueron 642 en el año 1929; 1.345, en 1930; 2.298, en 1931; 1.453, en 1932; su número aumentó después. En la mayor parte de las naciones, las quiebras acusaron cifras igualmente imponentes.

La desocupación. — El valor de los salarios perdidos es enorme. En noviembre de 1934, Bernardo Kohler, presidente de la Comisión económica del partido nacionalsocialista alemán, afirmó que la desocupación había costado a Alemania 90.000 millones de marcos. Son 108.000 millones de francos oro. Para tener una impresión de lo que esta suma representa, señalaremos que los gastos de guerra hechos por Alemania durante 1914-1918 se elevaron a 180.000 millones de francos oro.

Francisco Nitti, el más preparado de los gobernantes liberales actuales, calculaba, en 1933, la pérdida de los salarios en 21.000 millones de

dólares oro por año. En realidad era mayor. Porque debe agregarse la desocupación parcial, que eleva la desocupación absoluta en proporciones apreciables. Las cifras estadounidenses son elocuentes. El número de horas de trabajo de la mano de obra empleada disminuyó en la República Norteamericana de 100, en 1929, a 91, en 1930; 79, en 1931; 60, en 1932; 62, en 1933. Este fenómeno es hoy general. Se acusa en España, Italia, Francia, Bélgica, Alemania, etc. Los 21.000 millones de dólares pueden, pues, elevarse a 25.000 millones, sin exageración alguna. Y en seis años de crisis —dejemos aparte los siete meses restantes— esto nos da 126.000 millones de dólares quitados a la compra y a la producción.

126.000 millones de dólares oro de hambre y privaciones, sin calcular los antecedentes, porque ya en pleno período de «prosperity» había en los Estados Unidos 2.200.000 parados.

Este último país ofrece las estadísticas más completas y permite juzgar con más amplitud. Es, además, entre las grandes naciones, la que sufrió la crisis en más vasta escala. Sabemos así que la disminución del importe total de los salarios llegó al 60 por 100, la de los emolumentos administrativos al 43 por 100. Pero las estadísticas sobre el total de los salarios pagados en las minas de Francia (única rama que ofrece datos precisos de esta clase) alumbran parte del problema en este país. En 1930 se pagó, en calidad de tales, 2.935 millones de francos; en 1933, 1.866 millones. En las otras industrias, el total de los salarios bajó de 100, en 1930, a 66'7, en 1934. Descenso de 33'3 por 100.

Se ve, por lo tanto, que la crisis ha tenido, y tiene, una repercusión económica tremenda. Llegamos al punto final de estos apuntes. Vamos a tratar de abarcar la magnitud del fenómeno. Lo que hemos apuntado abre los horizontes. Desvalorización de los productos; pérdida o reducción de los valores capitalistas; interrupción o disminución del trabajo; reducción del comercio mundial; subconsumo, fruto de la desocupación, y, por fin, trastornos financieros causados por las maniobras monetarias tendentes a asegurar el «dumping» en el mercado internacional, la venta de los propios productos con dinero desvalorizado, aunque el productor viva muriendo... ¿A cuánto ascenderá todo? La renta nacional de los Estados Unidos bajó de 81.040 millones de dólares oro, en 1929, a 48.952 millones. Agregando todos los quebrantos y demás aspectos señalados, los cálculos de la Junta Industrial llegaron a una pérdida total de 180.000 millones de dólares en los tres primeros años. Seis años darían 360.000 millones de dólares oro.

Sumando las pérdidas experimentadas por Europa y el resto del mundo la conclusión permite aventurar cuanto se quiera. ¿600.000 millones, 700.000 millones? Tal vez más. Difícilmente menos. Haremos una comparación final para comprender el alcance de esta demencia: la guerra costó, en gastos directos, pérdidas económicas originadas por la destrucción y la desviación productora posterior, jornales de los movilizados, capitalización de las víctimas, 500.000 millones de dólares.

La crisis ha costado, pues, en víctimas, tanto o más que los combates de cuatro años de conflagración mundial. En pérdidas económicas, más que esa conflagración misma.

Rumbos ciertos



Dr. Emilio H. Santa-Cruz

No suelen rimar, no suelen ser sincrónicos con el progreso de la ciencia de la investigación y de los hallazgos fruto de ella, el progreso moral y la educación subsiguiente individual y colectiva de las sociedades. Y ello no ya en los pueblos y razas de índice inferior en su cultura espiritual, sino aun en aquellos otros países que blasonan de hiper o ultracivilizados en todos los aspectos. El atavismo secular de las supersticiones, leyendas y mitos es a modo de un légamo que queda subsistente en el fondo de la caudalosa corriente de los siglos, tan fecunda y arrolladora; pero a la que, empero, resisten las concepciones petrificadas del fanatismo, bien cuidado con amoroso celo por los logrerros que lo explotan. Como nunca, puede venir aquí como anillo al dedo el clásico *Qui prodest?*

El miedo insuperable de los más es un fuerte aliado de la ignorancia para dejar sin defensa contra los embates de la mentira a las pobres gentes de todo linaje que, fáciles a la sugestión, son la materia más apta para el embaucamiento en la sucesión de los tiempos todos. Desde los primeros protoplasmas genéticos de la prehistoria hasta los más espléndidos avatares de nuestra presuntuosa civilización, a la que falta en sus entrañas ese calor de la justicia, que más que una virtud constituye un principio primordial e inmanente sin el que no puede existir verdadero y recto progreso, ni sentido civilizador, porque todas las ascensiones de los pueblos son

Y aun no ha terminado. Y aun no calculamos sus consecuencias sobre el futuro... Y aún no hemos contado la destrucción de mercaderías —un millón de sacos de café por mes en el Brasil durante 1933; millones de cabezas de ganado; destrucción de algodones en flor; de plantaciones de caña de azúcar; de viñedos, etc.—. Y aun no calculamos el dolor humano, que no puede expresarse en cifras, pero que cubre el haz de la Tierra.

La imaginación más portentosa no se representará nunca las dimensiones del drama, hijo de un estado de cosas que algunos se atreven todavía a defender, por ignorancia crasa de los hechos o por monstruoso egoísmo.

estériles y prólogo de subsiguientes y mayores caídas si la justicia no es el propulsor informativo de sus esfuerzos, aliada con la instrucción mínima necesaria. Ello y el espíritu racional e independiente sin «coeficientes parásitos» de escuela o secta, y con valor y objetividad es lo que puede crear el clima moral en que los humanos debiéramos desenvolvemos.

Conexo con lo precedente pudieran disecarse múltiples aspectos del vivir cotidiano, tanto en la esfera psíquica como en el orden de lo que corporalmente nos afecta. Ahí están esas religiones seculares en que el terror ancestral se engendra en la pequeñez del intelecto ante los problemas de lo incognoscible, las cuales no resisten al más pequeño análisis de la inteligencia independiente. Esbozando sólo tal punto con esta mera alusión que podríamos advenir con multitud de argumentos que acabarán por imponerse en el decurso de los futuros tiempos, pese a todos los obstáculos interesados y tradicionales, habremos de enfocar la cuestión a lo tangible, a nuestro cuerpo, por ejemplo. ¿Pueden muchas otras cosas interesarnos más? Si la existencia del espíritu como distinto de aquél e informativo de su régimen está entregada cual punto opinable a las perennes disputas de los hombres, disputas que nacen del forzosamente parcial conocimiento de la verdad, el cuerpo, «nuestro cuerpo», es realidad, es evidencia, a menos que cupiese prevalecer en nuestros días la absurda y neuropática doctrina de Pirrón, del escepticismo puro e integral.

Dando de lado el cartesiano «pienso, luego existo», y en la imposibilidad de entrar en discusiones en punto tan oscuro como las relaciones entre el pensar y las actividades cerebrales; sin afirmar ni negar aquello de Cabanis que diputaba el pensamiento como específico resultado de las funciones del cerebro, postulado harto simplista así expuesto, pero marchado de una orientación de escuela que había de sujetarse después al proceso evolutivo y crítico de toda idea primaria, cual la semilla enterrada sufre el proceso biológico de la germinación; prescindiendo de tales cuestiones nos ceñiremos a llamar ligeramente la atención sobre la persistencia que entre nosotros alcanza cierta forma de incultura, hasta entre las clases



En algunas cárceles del lejano Oriente los presos han de cuidar de su sustento y atender a sus enfermedades. En estos lugares los curanderos, aprovechándose de la necesidad y de la ignorancia, realizan sus absurdos trucos, sus curas, a base de fantásticos unguentos que las más de las veces no originan en el enfermo sino trastornos graves y, a veces, hasta la propia muerte.

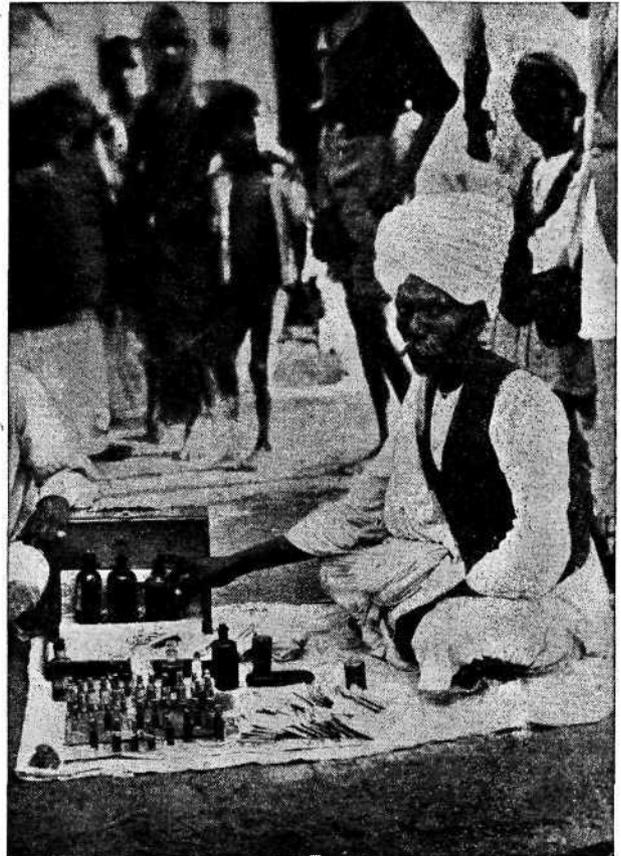
que se tienen por ilustradas, para aquellos asuntos vitales acerca de los que no deben formularse opiniones más o menos abstractas y legas, sino someterse con gratitud y unanimidad a los rectores capacitados en la materia.

Tanto la Medicina preventiva, la Profilaxis y, en general, la Higiene, así como los tratamientos de las dolencias todas, deben ser regidos exclusivamente por los profesionales, sometiéndonos a sus preceptos y dirección, sin discusiones ni ideas obstaculizadoras de la altruista y salvadora función de los médicos, augustos sacerdotes del sagrado fuego de la Vida. Podrá discutirse la ciencia o el acierto de los médicos en cada caso particular, porque el hombre lo discute todo, y, por otra parte, no es la infalibilidad patrimonio de nadie: *Errare humanum est*; pero es exacto, como manifestara con gracejo en cierta ocasión Felipe II (alguna vez había de ser ocurrente el tétrico Demonio del Mediodía), que si puede haber discusión sobre el saber mayor o menor de los médicos, nadie puede negar que ellos y sólo ellos son los hombres que más medicina saben.

¿Se les presta hoy a los médicos el merecido asenso? El criterio personal profano aspira a bucear en lo que no entiende; y parece revivir aún en estas sociedades civilizadas aquel espíritu de zafio e ignaro curanderismo, que si bien con nuevos atavíos, resulta su proteísmo tan salvaje y primitivo como el de esos mercaderes de secretos remedios, personajes supervivientes aun en nuestros días, por ejemplo en la India misteriosa, que embaucan con

su aparato y charlatanería a los infelices que fían en las virtudes de drogas equivocadas la curación de sus lacras, y peregrinan de paraje en paraje por luengas tierras, o surcando vías fluviales y marítimas hasta dar con los consejos y mágicos remedios de aquellos exóticos curanderos. Esta especie dañina se adapta a todos los parajes y latitudes del globo, pues no sólo existe en esas comarcas tan apartadas de Europa y de otras naciones civilizadas de los demás continentes, sino en todo el orbe aquella remota y tradicional medicina ejercida por los sacerdotes parece aun rediviva. Otras veces se ofrece el aspecto del más descarado e intolerable intrusismo de los pseudoprofesionales y hasta el de presuntuosos aficionados entrometidos e indiscretos, que causan verdaderos estragos entre la gente ignara.

Tan sólo el médico puede ejercer el control en la curación de los enfermos. Verdad axiomática y vulgar, pero olvidada con frecuencia lamentable. Toda enfermedad presupone un desequilibrio en la estática y dinámica de órganos y funciones. Tendente, por fortuna nuestra, la propia naturaleza humana con sus peculiares energías a restablecerlo, la labor médica, harto ardua no obstante, consiste en ayu-



Mercaderes de secretos remedios que embaucan con su aparato y charlatanería a los infelices que fían en las virtudes de drogas equivocadas la curación de sus lacras.

dar a la mentada naturaleza, fiando de acuerdo con los adelantos, de preferencia sobre los recursos naturales a la adecuada y bien dirigida acción de esos grandes modificadores que se llaman agentes físicos, tan decisivos en la curación de las dolencias y a la profilaxis higiénica en sus más amplias orientaciones actuales. De pasada, y aunque para las personas ilustradas es obvio, hay que insistir en proclamar que es inconveniente y puede llegar a ser altamente perjudicial emplear sin asesoramiento médico cualquiera de esos llamados específicos; y que aparte, salvo estimables excepciones, como todo lo curan, según sus autores y propagandistas, nada suelen curar en la realidad; y menos mal cuando sólo son inocuos y no resultan nocivos.

En la Naturaleza emerge el gran manantial de energías vitales y restauradoras, que en el Sol, con sus vivificantes rayos actínicos, en el aire puro, en el agua, en las acciones eléctricas, desarrolla un espléndido marco en el que encuadrará a la perfección una racional dietética que regulará ordenadamente con la asimilación y nutrición, asegurando en lo posible la conservación de la salud, ya que sin ésta todos los bienes imaginables son como ceros que nada son si la cifra significativa no los avalora.

Si somos civilizados demostrémoslo huyendo de supercherías y atendiendo en todo lo que afecta a nuestro organismo, a su conservación individual, en la propagación de la especie y en tantas cuestiones que se concatenan, aunque a primera vista puedan parecer dispares, tales como la misma moral y la verdadera dignidad. Los dictados de la razón nos imponen someternos a la Ciencia y a la autoridad de los encargados de velar por nuestra salud.

Si aspiramos a ser de verdad hombres libres y cultos en estas cuestiones médicas, de primer plano cual ningunas, desechemos manidos errores, así como se desecha la cuarzosa ganga al beneficiar el oro, y seamos sembradores y misioneros, pero de misiones horras por completo de lastre confesional, saturado de mitos perturbadores de conciencias débiles y sencillas. Higienizar, curar para bien de la especie y del individuo; educar, enseñar, para la debida formación y desarrollo de la voluntad y de la inteligencia. Civilizar y moralizar en el más amplio sentido sin prejuicios retardatarios y ya del todo inadmisibles, es la tarea que en el mayor o menor grado a todos nos incumbe.



La ciencia médica podrá curar a esta infeliz criatura. Un curandero deslumbrará con su hablar oscuro a los padres; fiando en las palabras, entregarán con fervor a su hija, a quien en vez de curarla la matará o la inutilizará para siempre.

En ese bello programa, que si hoy es un ideal generoso puede ser mañana una meta asequible, está la clave y el rumbo certísimo que debe llevarnos al cumplimiento de nuestros destinos en los órdenes comentados. La fúlgida estrella polar que en el horizonte de esos nuestros anhelos se nos brinda como el norte ansiado de nuestros anhelos, es la sed jamás extinta de perfectibilidad que nos acucia siempre en el ansia de alcanzar espléndidas posibilidades, ya en vislumbre, cual los rosicleres de una bella aurora auguran la hermosura del día que ha de nacer.

Antología de la Felicidad Conyugal (Conocimientos Útiles para la Vida Privada)

El día 15 de julio actual se pondrá a la venta el cuarto tomo de esta utilísima colección de libritos, titulado

EL PLACER RECÍPROCO, Por el doctor SMOLENSKI

Como sus anteriores, es de una importancia trascendental para las parejas humanas que desean recobrar la armonía sexual y, con ella, la suprema felicidad amorosa.

PRECIO: UNA PESETA.

PÍDASE A LOS VENDEDORES DE ESTUDIOS.

Estudios. — 13

ESTUDIOS DE PSICOPATOLOGÍA SEXUAL

Las relaciones prenupciales en los pueblos salvajes



Dr. Eduardo Arias Vallejo

HEMOS estudiado en anteriores artículos las formas y orígenes de la sexualidad en los primeros hombres que poblaron nuestro planeta y en los pueblos primitivos que aun existen en él. En cuanto a la vida sexual del hombre prehistórico nada podemos añadir a lo ya conocido. Pero en lo referente a la sexualidad de los pueblos salvajes que en la actualidad habitan nuestros continentes, nos queda aún mucho que investigar. En realidad, de ellos, sólo conocemos el sistema socialreligioso por que se rigen, el totemismo, fuente y origen de sus deberes y de su moral. Pero del desarrollo y características de su psicología sexual común nada hemos dicho todavía.

No se nos oculta que para el perfecto conocimiento de la psicología sexual de los pueblos salvajes sería preciso consultar un numerosísimo material bibliográfico. Los libros y monografías que sobre este tema existen en la actualidad escritos en diferentes idiomas pasan seguramente del centenar. Pero hemos de tener en cuenta que, en realidad, las descripciones de las costumbres sexuales de los pueblos verdaderamente primitivos ofrecen una analogía acentuada, aun cuando el investigador sea distinto y la colectividad investigada distinta a su vez y separada de las demás por una considerable distancia e incluso por diferencias étnicas. Y que las variaciones notables que pueden encontrarse en algunas descripciones dependen más bien del aporte de la civilización y el desarrollo natural de la inteligencia, lo que rebaja considerablemente el interés que puedan merecernos.

Por ello nosotros vamos a tomar como fuentes informativas de las descripciones que subsiguen la labor única de dos investigadores. Bronislaw Malinowski, profesor de Antropología de la Universidad de Londres, es uno de ellos. Adolf Nieuweulmis, el conocido etnólogo alemán, el otro. Ambos han realizado sus estudios sobre el más joven de los continentes, Oceanía, objeto principal de la atención de todos los investigadores de estas cuestiones, ya que por sus características especiales, la psicología de sus habitantes se halla aún en las fases primarias de su desarrollo, de las que se obtiene una mayor utilidad de ob-

servación. Malinowski ha plasmado todas sus investigaciones en un bello y voluminoso libro, *La vida sexual de los salvajes*, traducido al español por Ricardo Baeza. Nieuweulmis nos ha dado a conocer periódicamente sus trabajos en las páginas de la revista *International Archiv für Ethnographie*.



El desarrollo de la sexualidad al través de la infancia y la pubertad, y las relaciones que entre los sexos existen en estas edades y antes de llegar a la unión definitiva o matrimonial, es el primer tema de que vamos a ocuparnos.

En todas las tribus salvajes de las islas oceánicas los niños gozan de una libertad e independencia considerables. Tempranamente son emancipados de la tutela de los padres, tutela que nunca es muy estricta. En realidad, los muchachos obedecen de buena gana a sus progenitores, pero la idea de una disciplina regular o de una coerción doméstica no existe. Cuando los padres hablan o piden algo a sus hijos se dirigen a ellos como a iguales.

Y jamás se da a un niño una orden que implique la seguridad de una obediencia natural.

Sucede con frecuencia que los padres se encolerizan con sus hijos y llegan hasta pegarles; pero también frecuentemente los niños se precipitan furiosamente contra su padre o su madre y les pegan a su vez. Este ataque puede ser recibido con una sonrisa indulgente o contestado de una manera colérica; pero la idea de un castigo coercitivo no sólo es ajena, sino visiblemente repugnante para estos indígenas.

Consecuencia de esta libertad es la formación de pequeñas comunidades infantiles, grupos independientes que engloban a todos los niños desde la edad de cinco a seis años y en los que permanecen hasta la pubertad. Atentos únicamente a su placer, los chiquillos pueden quedarse todo el día al lado de sus padres o ir a reunirse por tiempo más o menos largo con sus compañeros de juegos en su pequeña república. Y esta comunidad, dentro de la comunidad general de la tribu, sólo obra conforme a las decisiones de sus

miembros, encontrándose frecuentemente en una actitud de oposición colectiva contra los mayores. Cuando los niños han decidido hacer esta o aquella cosa, irse, por ejemplo, de excursión durante todo el día, los mayores y hasta su jefe son impotentes para impedirselo.

La libertad e independencia de los niños se extiende también al dominio sexual. En primer lugar, los niños oyen hablar mucho de cosas que se relacionan con la vida sexual de los mayores. Además, asisten con frecuencia a sus manifestaciones. En la casa misma, donde los padres no tienen posibilidad de aislarse, el niño tiene múltiples ocasiones de adquirir informaciones prácticas relativas al acto sexual. No se toma ninguna precaución para evitar que los hijos asistan como testigos oculares a las relaciones sexuales de los padres.

Por otro lado, sin salir del círculo de sus camaradas, muchachos y muchachas tienen múltiples ocasiones de instruirse sobre las cosas sexuales. Los niños se inician unos a otros en los misterios de la vida sexual, y esto de una manera directa y práctica y desde la más tierna edad. Mucho tiempo antes de ser capaces de realizar el acto sexual saben lo que es la vida erótica. Se entregan a juegos y diversiones que les permiten satisfacer su curiosidad respecto al aspecto y función de los órganos genitales, y diríase que, incidentalmente, derivan de ello cierto placer. La manipulación de los órganos genitales y algunas menudas perversiones son las formas típicas de estos entretenimientos. Posiblemente, y en algunos casos, los niños y niñas pequeños son iniciados por sus camaradas de más edad, que les permiten asistir a sus propios retozos eróticos. Como están libres de la autoridad de las personas mayores y no tienen que obedecer a ningún código moral, únicamente el grado de su madurez, de su temperamento o sensualidad, es lo que determina su mayor o menor propensión a las distracciones sexuales.

La actitud de los adultos y aun la de sus padres con respecto a estas diversiones infantiles, es la de una completa indiferencia o complacencia. Las encuentran naturales y no ven ninguna razón para intervenir o reñir a los niños. Generalmente, dan muestras de un interés tolerante y regocijado, y hablan de los asuntos amorosos de sus hijos en un tono ligero, de broma. Un cambio de amantes o cualquier otro pequeño drama de amor acaecido en aquel mundillo, se discute festivamente. El acto sexual infantil o sus sustituciones está considerado como una diversión inocente. No obstante se considera inconveniente el que los niños lleven sus juegos a las viviendas o sus proximidades. Para hacerlo, se retiran siempre al bosque.

Con frecuencia, los muchachos se entregan a distracciones y juegos que constituyen imitaciones de actividades económicas y ceremoniales de los adultos que tienen una clara finalidad sexual. Algunas veces juegan, por ejemplo, a la construcción de casas y a la vida de familia. En un rincón apartado de la selva constituyen una pequeña cabaña con palos y ramas, y una pareja o varias se instalan allí, jugando al matrimonio, preparando la comida y realizando el acto sexual lo mejor que pueden. O bien, algunos de ellos, imitando las expediciones amorosas de sus mayores, llevan provisiones a un lugar preferido de la playa o de la escollera próxima, cuecen y

comen legumbres y, cuando se han saciado, luchan con las niñas procurando copularlas. Además, los chiquillos buscan insectos y flores raras, que ofrecen a las muchachas, cubriendo así con una estética reparadora su sexualidad precoz.

Cuando los muchachos alcanzan, a la edad de doce o catorce años, el vigor físico que acompaña a la madurez sexual y un desarrollo mental suficiente para poder tomar parte, en una medida limitada, en ciertas actividades económicas de sus mayores, dejan de ser considerados como niños y asumen la categoría de adolescentes.

En esta fase se produce una ruptura parcial de la familia. Los hijos varones deben abandonar la casa separándose así de su madre, hermanas y mujeres del mismo clan, en obediencia al riguroso precepto de la exogamia, inseparable del totemismo, que describimos en el artículo referente a estas cuestiones. Esta desintegración parcial del grupo familiar se efectúa enviando al hijo a una casa habitada por solteros o viudos, parientes o amigos de la familia, dentro de la tribu o en otra vecina.

Por otra parte, con su entrada en la adolescencia, la actividad sexual de un muchacho o de una niña toma un carácter más serio. Deja de ser un simple juego de niños para ocupar un lugar importante entre los intereses vitales. Lo que antes fuera un comercio inconstante reducido a un cambio de manipulaciones eróticas, o a un acto sexual incompleto, se convierte entonces en una pasión absorbente, en un objeto de serios empeños. Un adolescente se aficiona definitivamente a una persona dada, desea poseerla, trabaja para conseguir este objeto y logra, finalmente, satisfacción completa. Esta fase, en efecto, difiere de la precedente por la intervención de la preferencia personal y, como consecuencia de ésta, por la tendencia a hacer permanente la intriga amorosa. El muchacho tiene un deseo cada vez mayor de poder contar, durante cierto tiempo al menos, con la felicidad y el cariño exclusivo de la mujer querida. Pero este deseo no está asociado a la idea de establecer relaciones exclusivas, pues los adolescentes no piensan todavía en el matrimonio. Tanto el muchacho como la chica desean pasar por muchas experiencias más, uno y otro desean gozar todavía de completa libertad, y no aceptar obligaciones graves. Y lo mismo que los niños forman una pequeña república en el seno de la comunidad, los adolescentes constituyen otro pequeño grupo compuesto de muchachos y muchachas.

Mas no se crea que los jóvenes salvajes solamente están atentos a su vida amorosa. Toman parte asimismo, unidos a los adultos, en los trabajos de cultivo, la caza, la pesca, y las expediciones marítimas, y sacan de estas ocupaciones todas las alegrías y placeres que implican y hasta parte del prestigio que confieren.

A sus manifestaciones amorosas procuran dárles un carácter de mayor variedad e interés. Arreglan paseos y excursiones por el campo, y al placer que logran en sus relaciones recíprocas se agrega el que les procura las experiencias nuevas y la elegancia del escenario. También entablan relaciones sexuales fuera de la localidad a que pertenecen. Cuantas veces se celebra en una aldea vecina una de estas fiestas ceremoniales que autorizan cierta libertad de conducta y modales, mozos o muchachas asisten en grupo. Jamás mozos y muchachas al mismo tiem-

po, pues estas ocasiones de divertirse no se ofrecen nunca para los dos sexos a la vez.

De este modo, la adolescencia señala el paso de la sexualidad infantil y retozona a las relaciones permanentes y serias que preceden al matrimonio. Durante este período intermediario el amor se hace apasionado, y permanece, no obstante, libre.

Cuando pasa el tiempo y mozos y mozas se hacen un poco mayores, sus intrigas amorosas van siendo más prolongadas, y los lazos que los unen, más sólidos y permanentes. Por regla general, se ve nacer entonces y desarrollarse una preferencia personal que, poco a poco, hace retroceder al último plano todos los demás asuntos amorosos. Esta preferencia puede nacer, ya de una verdadera pasión sexual, ya de una afinidad de caracteres. Las consideraciones prácticas no tardan en intervenir, y, en un momento dado, el hombre comienza a pensar en estabilizar por medio del matrimonio una de sus relaciones. De manera que en las condiciones normales, todo matrimonio está precedido por un período más o menos largo de vida sexual en común. Es un hecho que no tarda en hacerse de notoriedad pública y del que se habla considerándolo como un anuncio de los proyectos matrimoniales de la pareja. Constituye, por así decirlo, una prueba de la profundidad de su afecto y del grado de compatibilidad de sus caracteres. Este período de prueba permite a los futuros esposos y a la familia de la mujer hacer los preparativos materiales del matrimonio.

Estas relaciones prenupciales duraderas reposan y se hallan sostenidas únicamente por elementos personales. Ninguna obligación legal incumbe a ninguna de las dos partes. El hombre y la mujer pueden unirse y separarse a voluntad. En realidad, estas relaciones no difieren de otras intrigas, sino por su duración y estabilidad. Al aproximarse el fin, cuando el matrimonio está próximo, el sentimiento de responsabilidad y obligación personales se hace más fuerte. Entonces la pareja cohabita más regularmente y observa un grado considerable de exclusividad sexual.

Es necesario que digamos ahora que los luga-

res usados para hacer el amor no son los mismos que en la infancia. Los niños pequeños se entregan a sus prácticas sexuales, como a juegos, retirándose a los lugares más ocultos: matorrales o boscajes. Los adolescentes suelen tener su lecho propio en una cabaña perteneciente a cualquiera de sus parientes no casados o, lo que es mucho más frecuente, en una *bukumatula*, o «casa de solteros».

Una *bukumatula*, pues, es una vivienda en la que un número limitado de parejas, dos, tres o cuatro, pueden habitar durante un período más o menos largo en una comunidad casi conyugal.

Su disposición interior es sencilla. El mobiliario se compone casi exclusivamente de bancos cubiertos con esterillas. Viviendo sus habitantes temporales durante el día en otras casas, en las que guardan todos sus instrumentos de trabajo y demás accesorios, el interior de una *bukumatula* presenta un aspecto severamente desnudo. La impresión que produce es realmente la de una casa deshabitada.

Por lo general constituye la propiedad del grupo de jóvenes que la habitan, siendo el mayor de ellos su propietario oficial.

Las parejas que pernoctan en ella no se permiten jamás ninguna promiscuidad, hallándose cada una comprometida en una unión particular y exclusiva. Jamás se produce un intercambio de amantes y la caza en vedado y las «complacencias» son igualmente desconocidas. Los habitantes de una *bukumatula* se someten a un código de honor especial, que les impone un respeto de los derechos sexuales de los demás, tanto en el interior de la casa como fuera de ella.

Dentro de esta vivienda reina el decoro más perfecto. Sus habitantes no se entregan jamás a orgías, y se considera de mal gusto espiar a una pareja mientras hace el amor.

La comunidad de intereses en la *bukumatula* no pasa de la esfera de las relaciones sexuales. La pareja comparte el lecho nada más. Nunca se les verá tomar sus comidas juntos, no tienen servicios que prestarse mutuamente ni están obligados a ayudarse entre sí, no existiendo, en suma, entre ellos nada de lo que constituye un hogar en común.

MEDICINA NATURISTA

Por el doctor Roberto Remartínez

El día 10 del actual aparecerá el primer cuaderno de esta monumental obra.

Quienes la coleccionen tendrán ocasión de obtener la más útil y la más documentada obra de divulgación científiconaturista que hasta hoy se ha escrito.

Por su lectura, recobrarán su salud y la sana alegría de vivir muchas familias y tendrán siempre a mano el más eficaz defensor contra toda clase de enfermedades. Sus consejos, sus orientaciones, son de una honradez científica irrefutable.

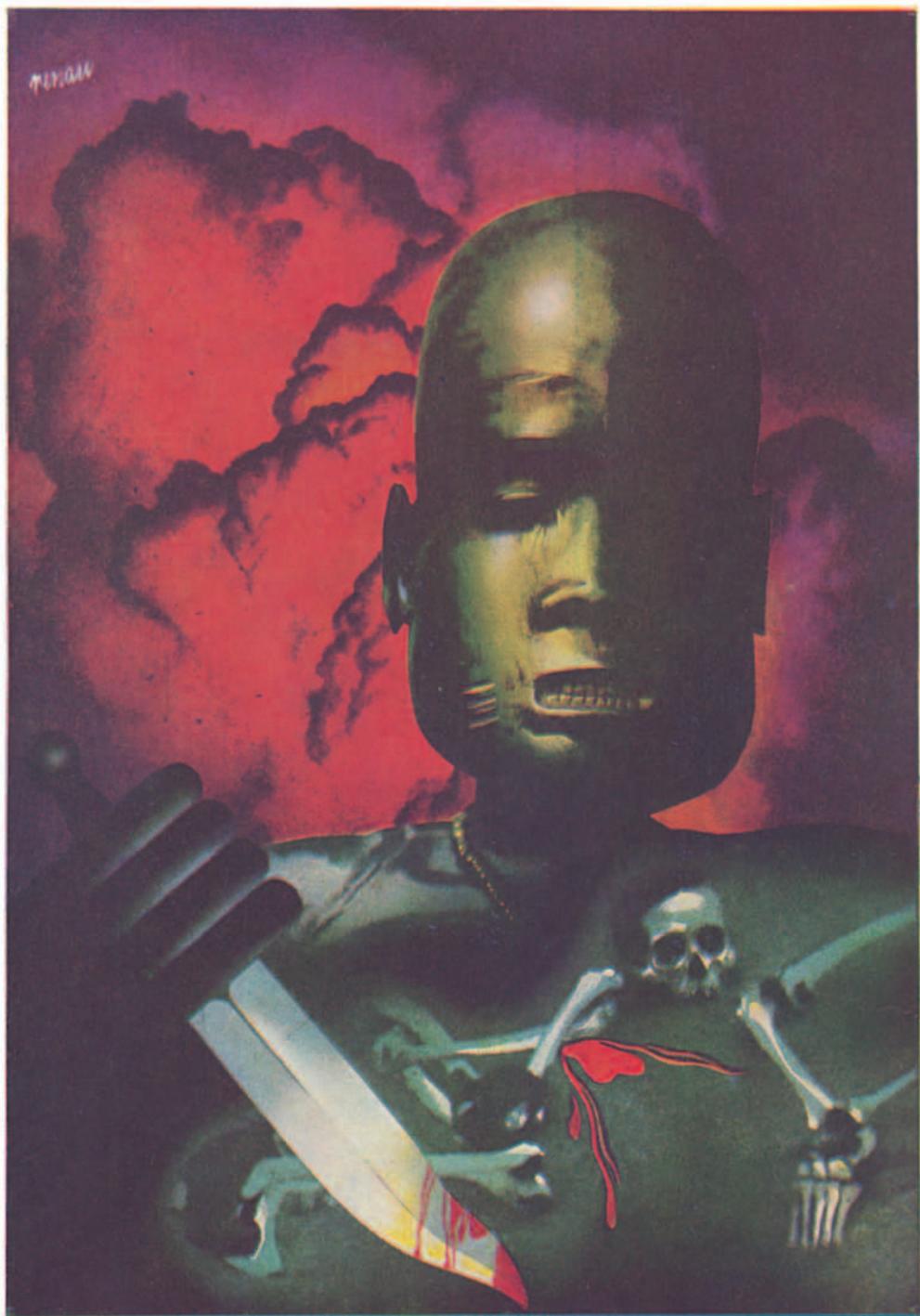
Primorosamente ilustrada con multitud de grabados y láminas a tricolor.

Cada mes se publicarán dos cuadernos de cuarenta y ocho páginas.

PRECIO DE CADA CUADERNO: UNA PESETA

PÍDALOS A LOS VENDEDORES DE ESTUDIOS

La lucha por la vida: VI.-La trágica contradicción

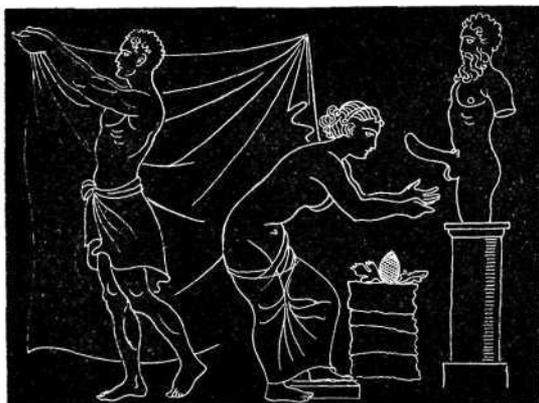


Durante el transcurso de la lenta lucha que el hombre desarrolla en defensa de su vida y de sus intereses se producen los más variados fenómenos, a veces contradictorios. La guerra es muy antigua, sin que esto quiera significar —como pretenden los ideólogos del fascismo actual— que el instinto guerrero sea consustancial con el espíritu esencial de la Humanidad. Se desarrolla la ciencia, la filosofía, la técnica, pero en el hombre queda siempre un residuo de imperfección: es el subconsciente de animalidad en un principio, cuando el hombre elemental y de una conciencia simple. Pero cuando el hombre estaba organizado en tribus, en familias, o clanes, las luchas sangrientas no tenían el mismo significado que hoy. Era entonces, en el nivel de barbarie correspondiente a la etapa histórica primitiva, una autodefensa y una forma de resolver los intereses de los seres humanos de aquel entonces. La barbarie se justifica a sí misma por razones de atraso histórico. Pero desde que el mundo está dividido en clases, desde que el dinero y las riquezas pertenecen a unas exiguas minorías oligárquicas, la guerra pierde su justificación humana para convertirse en un paso atrás en el nivel actual del progreso. La guerra de hoy ya no se justifica como fenómeno humano, sino como expresión de lacra de la humanidad, la cual es necesario extirpar si se quiere que el mundo del arte, de la técnica, de la ciencia, de la convivencia humana continúe adelante, por el camino anatural que le marca el progreso.

Culto fálico en la antigua Roma

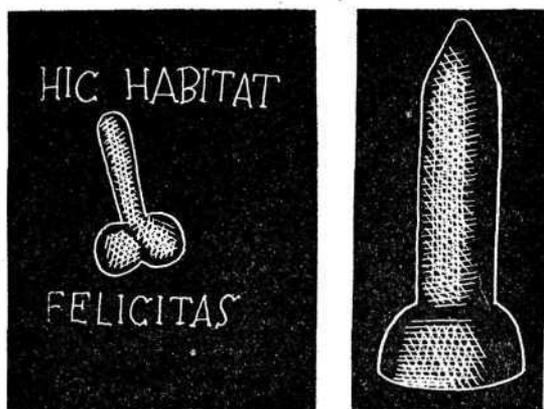
EN estudios anteriores, y desde estas mismas páginas, hemos intentado sentar algunos conceptos y hechos fundamentales para la apreciación relativa de lo que las gentes llaman moral, en su aspecto sexual particularmente. En éste de hoy no vamos a insistir sobre cosas ya sancionadas, sino a plantear, de una manera escueta y documental —más bien visual— una porción de hechos que ilustren la didáctica del lector despierto y le ayuden a concretar sus ideas a este respecto.

Hechos históricos bien determinados es lo que queremos exponer, porque la técnica más adecuada para fijar las ideas y dictar normas de conducta al nuevo espíritu de libertad que despierta, es desentrañar del pasado todo el tesoro de experiencias humanas que la Historia nos guarda. Penoso trabajo es éste, porque no nos encontramos, de pronto, ante la cantera virgen de una historia sin hacer, sino ante una concep-



Escena íntima. Los desposados se recluyen en la habitación conyugal para consumir el sacrificio a Priapo. Mientras el joven esposo tiende una cortina para ocultar a los ajenos la escena, la esposa, doncella aún, invoca a Priapo y le pide perdón por su inexperiencia sexual. Ambos cónyuges visten de manera adecuada al acto que van a consumir.

ción artificial y falsificada, envenenada, por tanto ilustre prohombre, por tanto académico momificado, sin otra misión humana que despis-



A la derecha: Pílon en forma de falo para cerrar una calle a la circulación. A la izquierda: Lápida que se colocaba en el umbral de las casas particulares. En el centro: Una representación del órgano viril con la inscripción en caracteres latinos: «AQUI HABITA LA FELICIDAD».

tar de la justa conciencia histórica que de sí mismos deben tener los hombres. Así, al desglosar la raíz auténtica, hay que limpiar de polvo académico los hechos e inundarlos con una nueva luz que les dé vida.

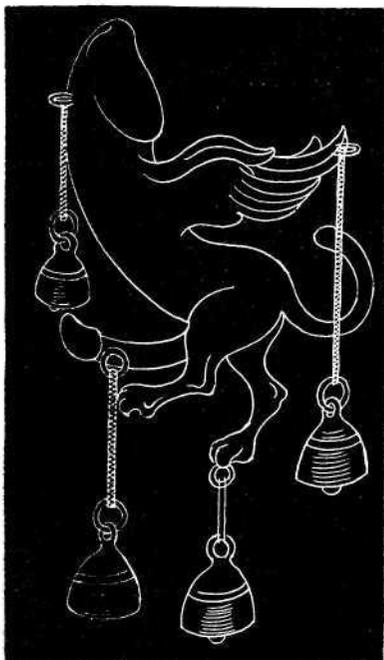
Puro sport resultan los siete trabajos de Hércules comparados con la titánica labor de reconquistar los verdaderos perfiles de la vieja historia, nueva e inédita aun para nosotros.

Pero ante la ausencia de seres fabulosos que puedan ayudarnos mientras soñamos, cada cual que ponga su grano de arena en la labor común.

• • •

No siempre ha existido entre los hombres esa pudibundez ante la contemplación o referencia de los órganos sexuales. Lo que hoy se consi-

dera como obsceno y vergonzoso, ayer fué materia del dominio público, signo honesto y optimista de la vida corriente.



Lámpara con campanas en el interior de una mansión particular. Representa un enorme falo con alas y patas de animal fabuloso, el cual, a su vez, muestra, en erección, un falo más pequeño.

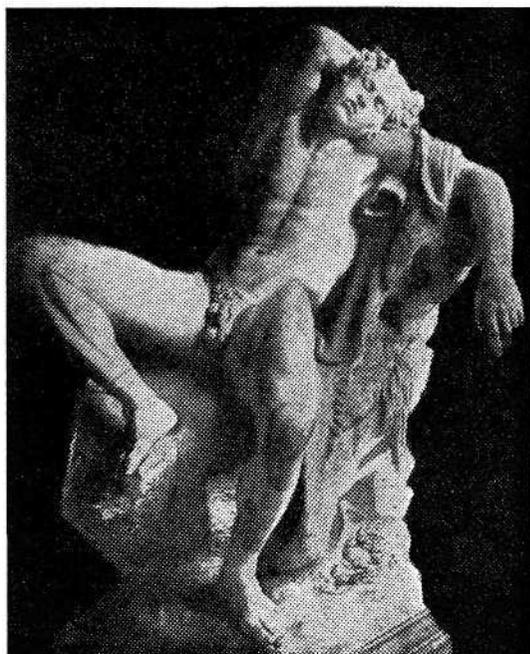
El culto religioso por los órganos sexuales, especialmente por el falo masculino, es tan antiguo que se pierde en los orígenes de las más remotas mitologías. En las Sagradas Escrituras encontramos frecuentes referencias a este culto, y, además, datos muy significativos de carácter general en la vida de entonces. En dichos textos se nos habla de la extraña costumbre de jurar que había entre los hebreos: cuando querían tomar a Dios por testigo «se ponían la mano sobre el muslo». No dejó de llamar la atención de los historiadores objetivos esta costumbre, y luego de largas investigaciones se descubrió que lo de «la mano en el muslo» era una falsificación, una sustitución realizada por los padres de la Iglesia en el texto original, para evitar una referencia «vergonzosa». Para jurar, que era el acto más solemne y trascendental de los antiguos hebreos, se ponían la mano «sobre los testículos». *Testimonio* y *testigo* son palabras que provienen directamente de *testículo*, lo que demuestra el sagrado respeto y alta estimación en que estas gentes tenían a la referida parte de su cuerpo.

18. — Estudios

Entre los antiguos pueblos de agricultores, la adoración del falo estaba relacionada con todas las prácticas religiosas de fecundación de la tierra. Así, andando el tiempo, todo lo relacionado con la fecundidad, con la riqueza natural, con la plenitud de la vida y con la felicidad misma se identificó al culto del miembro viril. Esta divinidad fálica llegó a identificarse también, entre muy diversos pueblos, con la divinidad solar, símbolo primario de la vida.

Entre los romanos encontramos el culto fálico como religión del pueblo y como culto privado en el interior del hogar. Las representaciones plásticas de falos se utilizaron bajo mil diversas formas, como medios para ahuyentar los maleficios, como mascotas de la felicidad conyugal, como amuletos de la buena suerte, y así la significación puramente sexual quedaba superada y ampliada a expresiones más vastas en el dominio de la vida corriente.

«Es una costumbre que se tiene por muy honesta y religiosa entre las matronas romanas el obligar a los recién casados a sentarse sobre la masculinidad, monstruosa y superabundante, de Priapo.» Esta noticia que nos da San Agustín sobre las costumbres de los antiguos romanos (Libro VII, capítulo 24, de *La ciudad de Dios*) es una refutación, salida de labios nada sospechosos, para los falsificadores de la historia de los hombres y para los moralistas que intentan definir los preceptos de la moral católica y bur-

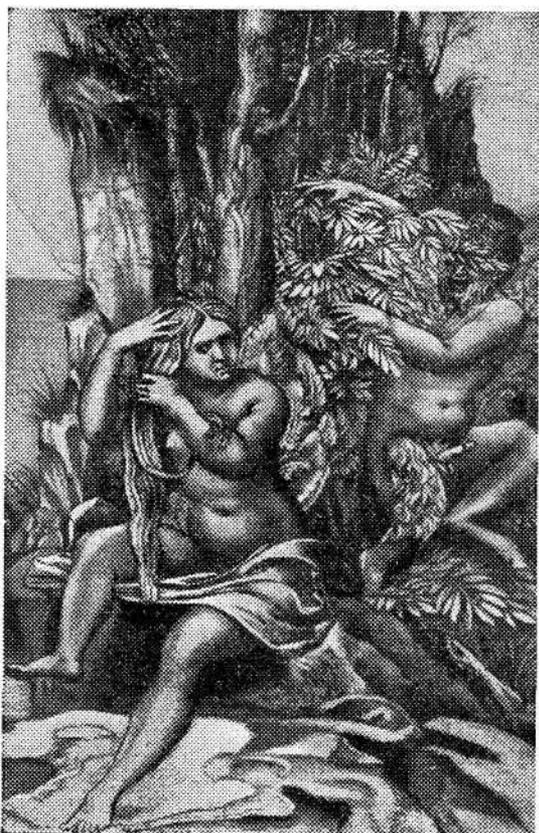


Escultura romana representando un sátiro en posición de laxitud, descansando de los placeres sexuales.

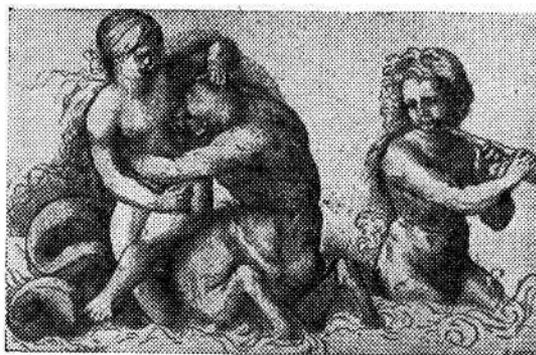
guesa de hoy, como eternos, como consustanciales con la esencia misma del hombre.

Así como hoy hay imágenes de santos en los hogares religiosos, ayer entre los romanos, en vez de crucifijos, colgaban en la pared de la alcoba y en los techos de los salones representaciones fálicas, y las mujeres ostentaban joyas con idénticos símbolos. Nadie se ofuscaba al mirar estos adornos. No se conocía preservativo más poderoso que éste contra los encantamientos, las desgracias o el clásico «mal de ojo». En los jardines particulares y en los paseos públicos se erigían monumentos a Priapo con sus enormes atributos viriles. Las mujeres, solteras o casadas, a él hacían sus rogativas, sus votos y sus sacrificios.

Pero no hay que confundir el llamado culto



Un sátiro, en estado de visible excitación erótica, acecha el momento oportuno para apoderarse de la ninfa que tranquilamente se lava en el arroyo. (Antiguo motivo romano, interpretado por Raphael.)



Lucha de un centauro con una ninfa, de la cual se ha apoderado

fálico, en el aspecto religioso íntimo y popular que se manifestaba entre el pueblo romano, con las costumbres licenciosas y perversas del patriciado romano, ya en la época de la decadencia del imperio. Hay historiadores que para servir a ciertos fines tendenciosos no vacilan en meter ambas cosas en un mismo saco. Nada más saludable, desde el punto de vista material y moral de las costumbres, que la dignificación pública del cuerpo humano en su integridad humana y funcional.

El himno a la dignidad de la carne ha sido cantado por muchos pueblos y por muchos hombres. Y hasta podemos señalar esto como un signo de plenitud histórica, cuando los pueblos y las razas vuelven sus ojos a la tierra, pletóricos de un sensual optimismo, para postrarse ante la vida misma y ante el germen milagroso de la materia. Grecia, Roma y el Renacimiento son etapas, no ya tan sólo de plenitud política, sino signos que van marcando la parte positiva que empuja al mundo hacia destinos más dignos y más humanos.

Recordemos ahora como final las estrofas de otro gran optimista, Walt Whitman, el gran poeta norteamericano, que vivió y cantó hace un siglo, en un mundo que nacía lleno de fe y de esperanza en sus destinos:

«... iré a las márgenes del bosque y me sacaré el disfraz, y
 [me desnudaré,
 estoy loco por sentir el contacto de la atmósfera.
 ...
 Bienvenido cada órgano y atributo mío y los de todo hom-
 [bre cordial y limpio.
 Ni una pulgada ni una partícula de pulgada de nuestros
 [órganos es vil
 y ninguno de ellos debe sernos menos familiar que los
 [demás.]

Al día con la Ciencia

SOCIOLOGÍA

Alfonso Martínez Rizo

El alma colectiva

HACE más de treinta y cinco años leí un libro que despertó en mí enorme interés. Se titulaba *Les phénomènes psychiques* (*Los fenómenos psíquicos*), y su autor era el profesor de la Universidad Libre de Lille J. Maxwell. Hoy es una obra clásica entre los aficionados a las ciencias del misterio, aunque no todos hayan podido darse cuenta de su inmenso alcance.

El profesor Maxwell, impresionado por los misterios de los llamados fenómenos espiritistas, se dedicó a estudiarlos experimentalmente por los procedimientos de experimentación más rigurosos y científicos, asegurándose de excluir todo truco y toda superchería.

Y, en el libro de que estamos hablando, dió a conocer el fruto de sus trabajos experimentales y la explicación científica, aunque solamente hipotética, que podía encontrarles.

De su experimentación resultaba establecido de una manera rigurosamente científica que tales fenómenos tenían una existencia real innegable. Los veladores se movían sin trampa alguna y, además, daban respuestas que únicamente una inteligencia podía formular. Y, lo mismo que decimos de los veladores, la manifestación más primitiva y elemental de los fenómenos espiritistas, decimos de otros fenómenos del mismo orden mucho más complejos.

Se encontraba así aquel hombre, que era un verdadero hombre de ciencia, incapaz de aceptar ninguna explicación dogmática, ante un hecho real y comprobado por él mismo meticulosamente. Y entonces venía lo que es para mí lo más interesante de su libro: la hipótesis científica que trataba de explicar tales fenómenos.

Maxwell desechaba la posibilidad de la vida de ultratumba, que únicamente puede ser admitida de una manera supersticiosa por los que le temen a la nada, a la desaparición de su personalidad, a la muerte, pero que no ha tenido hasta ahora absolutamente ninguna comprobación científica.

Porque, ante aquellos que pudieran decir que los mismos fenómenos comprobados rigurosamente por Maxwell demostraban la vida de ultratumba, el sabio profesor presentaba argumentos incontrovertibles.

En los fenómenos espiritistas se manifestaba frecuentemente una inteligencia, pero siempre una inteligencia primitiva y pueril. Y no es de suponer que el alma desencarnada sea menos inteligente que la que alienta dentro del cerebro de un hombre vivo. Los espíritus de los grandes hombres más inteligentes durante su vida se manifestaban poco más que tontos de capirote. E

incontables veces las manifestaciones inteligentes espiritistas adoptaban una forma chocarrera y burlona de una mentalidad acentuadamente inferior.

Sin embargo, los fenómenos existían y Maxwell no podía aceptar que fuesen producidos por las almas de los muertos, de manera que necesitaba encontrarles otra explicación. Y así brotó su hipótesis, extremadamente valiente e impresionante en grado sumo.

La hipótesis de Maxwell es la de la existencia del alma colectiva.

Un ser orgánico viviente está formado por células asociadas con misiones funcionales y ese ser viviente tiene un alma que se da cuenta de la propia existencia, que experimenta apetencias y que tiene placeres y dolores. Cuando entran a formar parte del organismo ciertas células —los neurones— capaces de elaborar el pensamiento, el ser orgánico es, además, inteligente.

Los seres sociológicos están también constituidos por varios seres vivientes asociados con misiones funcionales, y la vida sociológica contiene innumerables concomitancias con la vida biológica. Y es lógico suponerles también a los seres sociológicos un alma que se dé cuenta de su propia vida, que sienta apetencias y que experimente placeres y dolores. Tal es el alma colectiva.

Y dicha alma, cuando los elementos integrantes sean hombres capaces de elaborar el pensamiento, debe ser capaz también de pensar y, por lo tanto, de exteriorizarse acusando cierta inteligencia.

Para Maxwell, la inteligencia que se manifiesta en los fenómenos espiritistas es la del alma colectiva de la reunión de los miembros asistentes a las sesiones, siendo los llamados «mediums» los capaces de exteriorizarla.

Y dicha alma es completamente infantil, como el resultado de la reunión de unas cuantas personas reunidas circunstancialmente, alma acabada de nacer. Como el alma de las multitudes congregadas, capaz de producir psicosis colectivas de muy escasa consistencia intelectual.

El concepto de la Sociología.—La Sociología estudia a la sociedad humana y, en general, a las sociedades constituidas por seres vivientes, como seres vivientes de orden superior.

Para el sociólogo, así como un ser biológico es una asociación de células con fines funcionales que determinan una vida superior, una sociedad es una asociación de seres biológicos con fines idénticos.

En Biología tales asociaciones tienen una extensa gama de matices, desde la unión de varias células a una continuación de otra para alcan-

zar, en el seno de un líquido, la posibilidad de movimientos voluntarios, hasta la asociación más perfecta y compleja, que es el ser humano.

En Sociología caben los mismos matices, existiendo asociaciones tan elementales como el rebaño o el bosque, y otras tan complejas y perfectas como la Humanidad.

Este concepto de la Sociología no es una idea nuestra atrevida y revolucionaria, sino un concepto aceptado por la ciencia clásica y oficial.

Yo he conocido personalmente a don Gumersindo Azcárate, político republicano, profesor universitario, ateneísta y académico, y era de lo más burgués que se puede imaginar. Su hermano don Cayo fué jefe mío, cuando yo era militar, en el Batallón de Telégrafos, y nadie más militarista y autoritario que él. Con una sobrina suya, hija de un millonario no recuerdo si de Palencia o Salamanca, sostuve yo, allá por 1902, un flirteo en la estación hidroterápica de Caldeas de Tuy.

Y véase lo que escribió don Gumersindo sobre el concepto de la Sociología:

«Pero descartando todos los conceptos de la Sociología que coinciden con los de ciencias ya constituidas, y aún antiguas, hay entre los restantes cierta comunidad de sentido que puede conducirnos a la explicación de por qué se ha inventado ese nombre y a la explicación de su objeto propio. En efecto: cuando se dice que su asunto es la sociedad, bajo su aspecto de ser colectivo, natural y racional; o la anatomía, la fisiología y la psicología del cuerpo social; o la psicología del pueblo; o el estudio de la evolución superorgánica; o que es una física social; o la ciencia de la sociedad misma, del todo colectivo, del organismo social; o la ciencia filosófica y especulativa de la sociedad humana fundada sobre los resultados más generales de la moral, del derecho, de la economía y de la política; o la que tiene por objeto dar una explicación unitaria y sintética de la vida social, en el fondo de todos estos conceptos, aparte de las diferencias de sentido en cuanto al método que los mismos términos revelan, hay el reconocimiento de que la sociedad, como un todo, es algo que se puede conocer y estudiar; que ese algo, además de una cierta *naturaleza*, esencia o sustancia, de una estructura, de un modo de ser, tiene una *vida* cuyo contenido son los hechos o fenómenos sociales, y que esa vida no se desenvuelve al azar, sino conforme a *leyes*.

»Pero de estas tres cosas que cabe considerar y estudiar respecto de la sociedad, dos de ellas evidentemente han sido consideradas y estudiadas por ciencias constituidas porque, ¿cuál es el asunto de la historia sino los hechos de los pueblos, de las razas, de la Humanidad, ni de la sociedad, en fin? Y ¿cuál el asunto de la biología, o la filosofía de la historia, sino las leyes según las cuales ésta se ha realizado y desenvuelto? De donde parece resultar que queda para la ciencia nueva todo lo relativo a la *esencia*, a la *naturaleza*, a la *estructura* de la sociedad, del *total organismo social*.

»Pero, se dirá: ¿es que no había sido éste ya asunto de investigación para los científicos? Propiamente hablando, no; porque estudiábanlo jurisperitos y políticos, pero era partiendo de la identificación de la sociedad con el Estado. Y estudiábanlo teólogos, moralistas y economistas, pero partiendo de la subordinación de todos los

finés de la actividad a uno particular, como el religioso, el ético o el económico.»

Creo que el lector, después de lo dicho por mí, de cosecha propia, y de lo copiado de un sabio oficial de renombre —renombrado tal vez por los necios a causa de su ampulosidad— se habrá formado un concepto de la Sociología, que considera a toda sociedad como un ser viviente, siendo aplicables a la Sociología las leyes biológicas.

Todo esto viene a coincidir y encajar perfectamente con el concepto del alma colectiva del profesor Maxwell.

Las especies en la vida social.—Dado el paralelismo entre los fenómenos biológicos y sociales cabe considerar en Sociología fenómenos análogos a los que en Biología corresponden a la existencia de las especies, así como a la evolución de éstas, a la que le son aplicables las leyes mendelianas de la herencia fisiológica.

En el reino vegetal y animal, las especies están caracterizadas por el mismo número de cromosomas en el núcleo de las células, siempre par, con la mitad de los mismos en los gérmenes reproductores masculino y femenino, de donde la constancia de la especie y su vida de conjunto, que viene a ser ya como la primera y más elemental manifestación de la vida colectiva.

De una especie se pasa a otras por evolución, según las leyes de Darwin, llegándose así, en determinados individuos, a la alteración de los cromosomas para la creación de especies nuevas.

Las especies también existen en Sociología, y también se pasa de una a otras por ley de evolución.

Ejemplos de especies sociológicas podemos citar muchos.

Son muy conocidos los enjambres y los hormigueros, verdaderas sociedades de animales, que constituyen seres sociológicos a los que debemos atribuirles una personalidad bien determinada. El conjunto de todos los enjambres reproduciéndose a lo largo de la vida es, ciertamente, una especie sociológica, como la abeja es una especie biológica. Lo mismo se puede decir del conjunto de todos los hormigueros.

Pero así como hay varias especies de hormigas, hay varias especies de hormigueros, productos, indudablemente, de evoluciones sucesivas debidas a la lucha por la existencia, la adaptación al medio y la evolución natural.

Manifestaciones sociales más elementales que corresponden también a especies perfectamente definidas son las formadas por los animales que viven en rebaños o manadas: búfalos, caballos salvajes y elefantes, aunque la organización social sea más elemental y primitiva, pese a que los seres biológicos integrantes sean más complejos y perfectos.

El bosque es ya una manifestación sociológica mucho más compleja y perfecta, considerando que de él forman parte no solamente los árboles, sino también los animales que en ellos se cobijan, que de ellos hacen su hogar.

Una manifestación vital sociológica muy característica, con su correspondiente versión biológica, es la vida parasitaria. El modo de ser de los parásitos, que les hace alimentarse a expensas de otros animales, llegando hasta la complicación de los parásitos intestinales, trae como consecuencia la existencia de un ente social for-

mado por la víctima y los parásitos que de ella viven y en ella se alimentan.

Hasta ahora hemos hablado de las especies sociológicas formadas por plantas y por animales. Pero cuanto hemos dicho es extensible para el caso de que los seres integrantes hayan sufrido ya la evolución de la preponderancia del cerebro sobre el cerebelo y hayan pasado de ser animales a ser hombres.

Y, como veremos finalmente, también al conjunto de todos los seres biológicos que integran la vida total del planeta, de la que ya hemos hablado llamándola «Geobiosis».

Este concepto de la vida social tiene la virtud de vitalizarlo casi todo. El árbol vive asociado con el suelo en que extiende sus raíces y con la atmósfera que rodea sus ramas y hasta con los rayos de sol que llegan a él y permiten que la clorofila fije el anhídrido carbónico del aire. Una población tiene, indudablemente, una vida bien definida y determinada, teniendo así, por asociación con los seres biológicos que la constituyen, una cierta vida las calles y las casas. Así como los organismos vivientes crean elementos tan poco vitales como la concha del caracol, los cuernos del toro o las pezuñas, la sociedad humana ha creado una extensa red ferroviaria, otra de carreteras y otra telegráfica y telefónica, que son elementos esenciales de la vida social de la Humanidad y contribuyen a ella, por lo que también deben participar de ella.

Sólo que estas vidas son muy restringidas y parciales por cuanto los elementos que gozan de ella nacen, viven y mueren, y es lógico suponer que se den cuenta de su existencia, que tengan su alma, pero carecen de un importantísimo elemento vital cual es la facultad de reproducirse.

Algo semejante ocurre también en la vida animal. Los glóbulos rojos de la sangre no se reproducen. El animal dispone de órganos que los crea incesantemente, como nosotros tenemos fábricas que producen carriles.

De la inteligencia colectiva.—Esa alma colectiva de que nos habla Maxwell y que en los fenómenos espiritistas se manifiesta inteligente, aunque dotada de una inteligencia rudimentaria y pueril, por tratarse de seres sociológicos acabados de nacer, cuando los seres sociológicos tienen existencia secular, acusa su alma una inteligencia que nos maravilla por su agudeza y su ingenio.

Así ocurre, por ejemplo, con el alma colectiva de las especies biológicas.

Una planta de guisantes, si posee inteligencia, debe de ser ésta, indudablemente, muy rudimentaria. Pero la «especie guisantes», o sea el conjunto de todas las plantas de guisantes viviendo a través de los siglos, ese ser colectivo, demuestra una inteligencia portentosa.

Para las plantas es un problema fundamental la diseminación de sus semillas para que la especie pueda extenderse aumentando cada vez más su área geográfica y para que la aglomeración o el hacinamiento no dificulte y restrinja la vida individual.

Para resolver este problema, cada especie vegetal ha realizado su invento y la del guisante ha inventado para ello los resortes. Las semillas se encuentran dispuestas a lo largo dentro de dos valvas blandas y carnosas que, cuando se secan, son duras, correosas y elásticas, hasta que

llega un momento en que se abren, obran como resortes y lanzan las semillas a distancia.

Los inventos realizados por las especies vegetales y animales son innumerables, curiosísimos y demostrativos de inteligencias agudas y privilegiadas, a pesar de que los seres que las integran tengan su inteligencia en grado rudimentario. Esto conduce lógicamente a sospechar que la inteligencia del ser colectivo, formado por la totalidad de los seres vivientes en la Tierra, debe ser algo inmenso y de maravilloso alcance. Y una cosa inconcebiblemente mayor: la inteligencia del ser colectivo, formado por el conjunto de todos los seres vivientes del Universo. A esta inteligencia universal le llamamos **NATURALEZA** y sus inventos son las «leyes naturales», de donde de la sabiduría de estas leyes.

Algo tiene todo esto de panteísmo y habrá quien nos diga que esa **NATURALEZA** omnisciente y consciente de su propia existencia corresponde precisamente a la idea de Dios. Es cuestión de nombres, a la que le concedo escasa importancia. Desprovista el alma de su inmortalidad y considerada como una propiedad de los seres vivientes, algo como una combinación química del espacio y el tiempo, esa alma colectiva del Universo viene a ser un dios muy limitado en el que hay que excluir tanto la providencialidad como la omnipotencia y, desde luego, la creación, creación que se está realizando cada día y que es su propia vida y a la que no se le puede reconocer principio ni fin.

Los órganos en la vida colectiva o social.

—La vida orgánica es esencialmente federativa y las células se unen formando tejidos y con tales tejidos se forman los órganos, cada uno con su misión funcional característica (aparato digestivo, órgano respiratorio, centro y red circulatorios, sistema nervioso, etc.).

Algo semejante ocurre en la vida colectiva o social.

Así, en la vida de la Tierra pueden ser considerados los elementos circulatorios que llevan el agua a todas partes, y en ella, indudablemente, el sistema nervioso está constituido por la Animalidad, y el cerebral, por la Humanidad.

¿Cómo podrá nacer y formarse el pensamiento de la Tierra? Veamos cómo se forma el pensamiento del hombre. Los neurones cerebrales reciben sensaciones y devuelven por los nervios adecuados consejos, informes técnicos. Y tales neurones cerebrales formulan ellos, en sí mismos, ideas elementales en su parte nuclear correspondiente a la sustancia gris y relacionan esas ideas, elementales por sus conexiones correspondientes a la sustancia blanca, y nace así el raciocinio y la idea del ser orgánico superior, sin que los neurones puedan darse cuenta de ello, ni aun de la existencia de dicho ser superior.

Igualmente pensamos los hombres, todos los hombres, y, por el intercambio de ideas en las conversaciones de la vida cotidiana, en la lectura y en el estudio tales ideas se van elaborando, de donde nace el estado de conciencia mundial. De ahí la inteligencia del ente superior, de cuya existencia sólo podemos darnos cuenta de una manera hipotética, tal como lo estamos aquí desarrollando.

La Humanidad es hija de la Animalidad.

—Los seres vivientes han ido creando seres co-

lectivos, entidades sociológicas, y su conjunto, antes de la aparición del hombre, constituía como un gran órgano de la Tierra viviente que era la Animalidad.

Pero, al evolucionar los animales y aparecer sobre el planeta el hombre, al asociarse el hombre con el hombre para realizar una vida colectiva, nació la Humanidad, hija de la Animalidad, puesto que el hombre procedía, por evolución, de otras especies inferiores.

En nuestra hipótesis, y miradas las cosas desde nuestro punto de vista, se ve claramente que la Humanidad es hija de la Animalidad.

Y, efectivamente, la sociedad humana ha desarrollado su vida en idénticas condiciones que las sociedades animales.

La diferencia del hombre con los animales radica, únicamente, en un mayor desarrollo de la inteligencia, subsistiendo en él, no obstante, los instintos.

Las sociedades animales han obrado siempre a impulsos de los instintos, traduciéndose este hecho en la vida colectiva o social en las leyes establecidas por Darwin: Lucha por la existencia, selección natural y adaptación al medio, de dónde la evolución.

En la sociedad humana los instintos tienen también fuerza preponderante y la inteligencia únicamente le sirve al hombre para modificar los instintos, de dónde una evolución inteligente de la Humanidad.

El egoísmo es el factor más poderoso, determinante de la vida de la Animalidad, como resultado de los instintos de conservación y de reproducción y de los instintos que tienden a satisfacer el hambre y la sed.

Y en la Humanidad, como hija de la Animalidad, el egoísmo ha sido, desde el primer momento, el factor también más importante, determinante del modo de ser de su vida.

El egoísmo animal claro es que ha tenido otras finalidades y puntos de mira que el egoísmo humano, pero la Humanidad ha venido, hasta ahora, fundamentando su existencia no sobre la inteligencia, sino sobre los instintos de los hombres, y, por lo tanto, las relaciones de unos hombres con otros se han cimentado sobre el más feroz egoísmo.

De manera que podemos decir que la Humanidad, hija de la Animalidad, ha heredado de ésta sus feroces instintos.

¿De qué le sirve, pues, a la Humanidad la inteligencia del hombre?

El hombre también, considerado individual y aisladamente, obrando de por sí fuera de la vida social y en cuanto atañe exclusivamente a su vida personal, obra generalmente de una manera instintiva. La razón suele intervenir después de la acción en forma de examen de conciencia que aplaude lo hecho o lo censura, y su misión viene a ser así la de la educación y consiguiente modificación de los instintos.

E indudablemente, fundamentada la sociedad humana sobre los instintos, y como consecuencia, sobre los egoísmos de los hombres, la modificación y el mejoramiento secular de tales instintos, como consecuencia de la educación a que la inteligencia los somete, va perfeccionando la vida de la Humanidad y diferenciándola cada vez más de la vida materna de la Animalidad.

Lógica y naturalmente, la vida de la Humanidad apareció con todos los caracteres de la vida

de la Animalidad, fundamentada en el egoísmo y la violencia.

Tal estado de cosas aun subsiste, aunque el hombre sea mucho menos bárbaro y salvaje que en los tiempos primitivos.

En realidad puede decirse que la Humanidad vive aún una vida intrauterina en el seno de la Animalidad.

Pero llegará el glorioso momento del parto. Será cortado el cordón umbilical y la Humanidad se regirá por la razón y no por los instintos. Y esto ocurrirá cuando la razón venza a éstos y desaparezca el egoísmo. Cuando la vida social del hombre no se fundamente en la violencia ni en la propiedad individual y privada. Cuando se abra la flor santa del comunismo libertario. Cuando no haya tuyo ni mío, amos ni esclavos, autoridades ni súbditos.

Cuando se aproxima la hora del parto, el feto va adquiriendo vida propia, independiente de la de la madre, y hasta se mueve dentro del claustro materno. Sólo le falta, en los últimos días, que funcionen sus pulmones, respirando oxígeno, y su aparato digestivo.

Ese momento se aproxima para la Humanidad, como lo demuestra el hecho de que el ochenta por ciento de las actividades humanas se realicen al margen de toda autoridad y sin intervención alguna del Estado, y el sesenta por ciento al margen de todo interés privado y de todo egoísmo. Sólo le falta a la Humanidad que sus pulmones respiren el oxígeno puro de la libertad y que su aparato digestivo funcione mediante la libre organización de la producción, la distribución y el consumo.

Y téngase en cuenta, además, que la conciencia colectiva, determinante de las ideas del ente Humanidad, está ya plenamente convencida del fracaso del régimen animal y bárbaro de la autoridad —violencia organizada— y del tuyo y el mío —explotación violenta—, sin que defiendan tal régimen más que el egoísmo de los explotadores y de quienes mandan.

Pequeña ciencia

I.—NOTICIAS, DESCUBRIMIENTOS, NOVEDADES

MEDICINA.—*Los adelantos de la técnica al servicio de la charlatanería.*—En el número de ESTUDIOS correspondiente al mes de mayo, contesté a una pregunta de José Gravina Ramos, de Oliva de la Frontera, recomendándole que no se dejara engañar por un charlatán que pretendía sacarle 850 pesetas por un aparato para curar su enfermedad por medio de corrientes magnéticas.

Con tal motivo me ha escrito S. Salguero, de Huelva, que a él también intentaban curarle de un modo parecido, y me remite un folleto de propaganda que le había enviado un desaprensivo que se llama médico, usando un apellido vascongado, nada menos que desde Suiza.

Tal folleto me ha causado verdadera indignación, porque quien, como yo, siente verdadera devoción por la cultura popular, esperando de ella la transformación social, no puede menos que experimentar un ramalazo de ira al ver esa manera cínica de sembrar incultura para robar impunemente el dinero a los ignorantes que caen entre sus manos.

En la contraportada de dicho folleto aparece una figura con muchos colorines, los signos del Zodíaco, dos triángulos cruzados salomónicamente, Saturno con su anillo y una antorcha con dos alas, figura a la que, no sé por qué, llama un «pentáculo», asegurando que da la felicidad y la buena suerte, y manifestando que todos los aparatos magnéticos curativos lo llevan.

Luego, en el texto, con una frescura desconcertante, comienza a barajar términos y conocimientos científicos con disparates absurdos y habla de la tremenda energía de los rayos cósmicos, de efluvios ódicos reparadores, y dice que el «Aca sha» es una especie de elemento espiritual o de

energía divina mucho más sutil que el éter científico, «al cual, hasta Einstein, estaban obligados a recurrir nuestros sabios».

Habla, después, de «La paz augusta del misterio», de «El secreto de la eternidad», de «Cómo se capta la energía o se convierte en materia», de «Luz negra», de «Constitución molecular» con mil dispartes, del «azufre filosófico», del «mercurio filosófico», del «thucvo filosófico» y... no quiero seguir.

Así como los que se dedican al timo del cntierro remiten millares de cartas a otras tantas direcciones extraídas de los anuarios extranjeros, esperando que pique algún incauto, este prójimo, desde el extranjero, y tal vez ocultando allí sus mancojes, se dedica a inundar España de folletos buscando enfermos a quienes saquear, aprovechándose de su incultura. Es una supercharlatanería para la que se utilizan, marcando al ignorante que lee, muchas verdades científicas y utilizando la imprenta, el fotograbado y el correo y la publicidad en la prensa. El incauto que le pide un folleto recibe luego numerosas y sucesivas cartas. El negocio debe irle bien, porque todo eso representa numerosos gastos.

Que estén prevenidos los lectores de ESTUDIOS contra ese sujeto, que dice llamarse J. A. Brecochea y tiene por dirección Boulevard Pont D'Arve, 46, Ginebra (Suiza).

ARTES Y OFICIOS.—*Pasta que lo pega todo.*—Traducimos al pie de la letra de *Agenda Lumière* (1930):

Mastic para el vidrio.—Cuando se quiere unir sólidamente un vidrio a una pieza metálica como, por ejemplo, un marco de metal, se puede emplear una mezcla de goma arábiga y de calomelano; esta mezcla posee un notable poder adhesivo, lo que justifica su empleo en diferentes oficios.

Se prepara esta mezcla con goma arábiga de buena calidad, puesta a remojo en agua durante veinticuatro horas, de manera que se obtenga un mucílago de la consistencia de la melaza. Sobre una placa de vidrio y con la ayuda de una espátula, se le incorpora el calomelano en cantidad tal que la mezcla resulte de consistencia pegajosa.

Esta mezcla debe ser empleada inmediatamente porque se endurece en el espacio de pocas horas.

Cola para pegar caucho y metales (Del *Manual de Galvanoplastia*, de Ghersi).—A veces hay necesidad de pegar tubos metálicos por los que circulan líquidos, vapores de agua o gases y hay que evitar las fugas.

Según el *Dingler Polytechnischer Journal*, la composición siguiente, que es aplicable a la madera, produce buen resultado:

Goma laca	1
Amoniaco (de 96 por 100)	10

Se disuelve en frío la goma en el amoniaco (tarda tres o cuatro semanas) y se obtiene un líquido claro que ablanda el caucho y permite aplicarlo sin dificultad sobre las juntas. El amoniaco se evapora y el caucho se endurece, adhiriéndose perfectamente al metal y a la madera.

II.—COMUNICACIONES

Francisco A. Miz, maestro nacional, escribe desde Grañén enviando copia de un texto muy curioso que ha encontrado en un libro incompleto en una vieja biblioteca; se titula *Libro de los secretos del agricultor*, y está editado, en lengua castellana, en Perpignan (Francia), el año 1626, sin que se pueda saber su autor, por estar incompleto el referido ejemplar.

El texto que transcribe nuestro amigo se refiere a la reproducción de las abejas, y recomienda un método extraño e inverosímil, que más parece una patraña empírica —a la que tan aficionados eran nuestros abuelos— que otra cosa.

Al comunicante le interesaría saber si algún lector conoce la obra completa y el nombre del autor.

No hay vacantes.—Ricardo Guirao, de Santander, nos consultó sobre la documentación y trámites para ingresar como voluntario en el Cuerpo de Radiotelegrafía y Automovilismo y, tras de reunir una documentación algo costosa y presentarla, le constan que no hay vacante. Lo hace saber, por si a otros lectores de ESTUDIOS se les ocurre imitarlo que sepan a qué atenerse y se ahorren gastos inútiles.

III.—PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Pregunta de Julio Fernández, de Madrid.

El juego de Damas ¿es de origen español? ¿Está muy extendido en el mundo? ¿Lo considera igual, inferior o superior al juego de Ajedrez?

(La contestación la encargo a mi excelente amigo José Durán, poseedor de una dilatada cultura sobre este deporte intelectual.)

Respuesta, por José Durán.—La creencia, singularmente generalizada y aun científicamente sostenida por diferentes tratadistas e historiadores (Credner y Avigliano), sobre el origen español del juego de Damas, débese, entre otras razones de afirmativo valor histórico, al hecho de que todos los tratados técnicos del mismo más antiguos que se conocen son de autores hispanos: Torquemada, 1547; Ruiz Montero, 1591; Valls, 1594, etc., con intervalo de bastante más de un siglo a la aparición de otros tratadistas extranjeros como, por ejemplo, Mallet, en Francia y en 1668.

Sin embargo, esta deducción, aunque de aparente evidencia, no es suficiente para suponer con absoluta certeza que el juego de Damas sea originario de España, puesto que investigadores tan ilustres como Van der Linde, Brunet y Bellet y otros, en sus indagaciones sobre el origen del Ajedrez nos presentan el juego de Damas simultáneo a él y ya conocido en épocas remotísimas sin otra variación, posiblemente, que su nombre, como ha ocurrido en tiempos relativamente modernos en que se transformó circunstancialmente su denominación en Tablas, Marro, Marro de Punta, Alquerque, Castro, Real, etc.

Lo que sí parece es que fué en España en donde se produjo una reacción favorable al mismo, particularmente durante la dominación árabe, el período más esplendoroso, y aun en épocas más cercanas, contribuyendo a lo que pudiéramos llamar el *renacimiento del juego de Damas*, cuya exaltación produjo el resultado de que fuera extendiéndose a otros países, los cuales, al adaptarlo a su peculiar modo de ser, costumbres y temperamento, fueron cambiando insensiblemente sus reglas y hasta su técnica, llegándose así hasta nuestros días, en los que no hay dos pueblos que lo juegen de igual manera.

Esta es, en síntesis, nuestra opinión bien compendiada por la limitación de espacio. En la imposibilidad de aducir numerosas razones para convencer al lector, nos acogemos benevolamente a lo que dijo William Jones, «que el disertar sobre su origen a nada conduce».

(Por escasez de espacio aplazamos la publicación de las otras dos respuestas.)

Preguntas de Segundo Guillén, de Jaca.

Respuestas.—A la primera: *Manual del Tintorero y del Quitamanchas*, por R. Lepetit, 508 páginas y 44 grabados. En rústica, 10 pesetas; en tela, 12. (Llibreria Bastinos, Pelayo, 52, Barcelona.)

A la segunda: No conozco ningún práctico en las condiciones que desear.

D. A. M. pregunta: *¿Cómo se obtiene la fibra procedente del intestino del gusano de seda?*

Respuesta.—Supongo que te refieres a la seda, que no se si se produce en el intestino del gusano o en un órgano secretor especial. Al transformarse el gusano en crisálida, va despidiendo esa fibra finísima y envolviéndose en ella, resultando así el capullo, dentro del cual pone sus huevos y, cuando ya le han crecido las alas, perfora el capullo y se va.

En los capullos que quieren aprovecharse los huevos para la cría del año siguiente se le deja ir, pero de esos capullos no se puede sacar la seda porque al perforarlos la mariposa mata la fibra. Para aprovechar la seda se mata el gusano sumergiendo el capullo en agua hirviendo, y la fibra, finísima y tan larga como la depositó el gusano, puede ser desarrollada.

Jesús Garmendía, Reinos. Mi dirección postal es: Bou de la Plaza Nueva, 13, bajos. Barcelona.

Preguntas de Pedro de Vera Delgado.

Respuestas.—A la primera: No se ha publicado ninguna gramática ruso-española, pero conozco aquí un profesor ruso que pudiera enseñártelo por correspondencia.

A la segunda y tercera: Lo ignoro.

Preguntas de Marcos Corcín, de Cullera.

Respuestas.—A la primera: Un Gauss (H) es la unidad cegesimal de la intensidad de un campo eléctrico y su valor es el que ejerce un esfuerzo igual una dina sobre la unidad de polo magnético.

A la segunda: Es cierto que la intensidad del sonido disminuye con el cuadrado de la distancia, y la razón es muy sencilla. Al mismo sonido se extiende en la esfera que tiene por radio la distancia, y la superficie de estas esferas son proporcionales a sus radios.

A la tercera: El sonido es infotografiable, pero pueden fotografiarse determinados efectos suyos.

El encargo: El camarada José Dives Angeles, Doctor Giner y Partagás, 20, primero tercera, Barcelona, es un buen amigo de la Peña ESTUDIOS y radiotécnico profesional.

Pregunta de M. Soler.

Respuesta.—Publicaré en breve el circuito de una lámpara que te interesa, enchufable al alumbrado y permitiendo oír con casco el extranjero.



Eugenesia y moral sexual

CARTA DE AMOR A FREDES

Dr. Félix Martí Ibáñez

Y lo cierto es, amiga Fredes, que cuando te imagino asomada al ventanal de tu juventud, contemplando con tus inquietos ojos verdes el panorama amoroso, mientras la sangre caliente y moza canta en tus venas su roja canción, siento cierta envidia ante tu postura juvenil.

Tú tienes muy joven el espíritu, y en tu pensamiento, aunque ya los contornos del mismo hayan sido algo desgastados por el pedernal de la vida, brinca el pajarillo de la esperanza. Por eso, tus impresiones sobre el amor, que te he oído a veces, conservan aún cierta fresca vitalidad infantil, a pesar de que tú has visto ya a la vida deslizarse entre tus dedos inquietos. Por fortuna para tí, sólo conoces la policromía irisada del amor, su mágica aptitud para transfigurar nuestro paisaje y convertir, por el don maravilloso de hallarse en él la persona amada, la alberca en lago de plata y el lucero de la tarde que parpadea desde el azul, en lejano y celeste corazón que late al compás del nuestro.

Tu buena suerte te hizo ignorar que el amor y el sexo, que son arquitectos del Universo, pueden también ser destructores de la felicidad humana, cuando se les falsea y desvía de su ruta. Yo, que me he impuesto la misión de ayudar desde mi profesión a mis hermanos los que sufren, a resolver sus conflictos psicológicos, sé cuáles son los dolores morales de aquellos para los que el amor tiene un plomo en sus alas.

Pero hoy no quiero entristecerte, dilecta Fredes; conservo aún una imagen tuya tan rica en matices espirituales y en la cual tus ojos verdes irradian un fulgor de esperanza, que no deseo truncarla con la hoz de las realidades morbosas del amor.

Debo decirte que respeto, pero compadezco por igual, a románticos exaltados que a los acérrimos materialistas del amor. Para aquéllos el amor es la pompa de jabón metafísica que pinceló Goethe en sus *afinidades electivas*; es el platónico idilio de la dulce Graziella de Lamartine en las doradas playas napolitanas. Para los otros, el amor es tan sólo instinto y espasmo genésico, es una convulsa y frenética búsqueda instintiva de la carne.

Yo me encuentro igualmente distanciado de

la nube azul del idealismo malsano, que del islote acantilado de los materialistas. Conceptúo el amor como plenitud y le creo una mixtura de la amistad amorosa del idealismo y la apetencia instintiva materialista. El instinto en el amor son las raíces subterráneas que chupan de la vida su savia vital; el idealismo amoroso son las flores que brillan a la luz. Ni deseo ser topo ni mariposa. Anhele la plenitud cantada por Bertrand Russell, y deseo por igual aspirar el olor de la tierra fecunda y húmeda que la fragancia olorosa de las flores.

Y para que los árboles anecdóticos del tema no nos impidan divisar el bosquejo ideológico del mismo, te ruego, Fredes inquieta, que vengas conmigo a la colina de la meditación para que desde allí hablemos de amor.

En el principio fué el sexo..., es decir en un comienzo, tal y como nos lo confirman los mitos cosmogónicos de China, Persia y Egipto, el amor creó el Cosmos. De aquella mística unión entre el Cielo y la Tierra, entre lo masculino y lo femenino, el Ying y el Yang de los chinos, nació el Universo viviente. Aun rueda por los labios de las doradas muchachitas de Tamoá, la vieja leyenda del origen celeste-amoroso de sus islas. Y es interesante que sepas que en los albores de la Humanidad y en muchas razas actuales, el sexo es algo muy diferente de la procreación. En la Polinesia se cree que la concepción se verifica mediante la intervención de los espíritus.

Pero esa vaga apetencia reaccional de un principio, cristalizó más tarde en forma de *reflejos eróticos* en las especies animales. Un reflejo en Biología es una respuesta automática a un estímulo presente. Los animales en sus mandadas respondieron a la llamada celular de todo su organismo, a las íntimas voces del sexo, canalizando su impulso sexual en la conjunción con otro animal de su especie.

Claro está que el reflejo biológico del sexo, por el cual un animal reaccionaba a sus designios entrañables buscando a su correspondiente oponente sexual, pronto se hizo más complejo.

La voz de la especie no se limitó a establecer automatismos sexuales para el presente, sino que de un poderoso estirón alargó sus tentáculos hacia el misterioso futuro. Así surgió el *ins-*

tinto sexual, que podemos caracterizar diciendo que si el reflejo asegura la conservación biológica en el presente, el instinto permite la supervivencia en el futuro.

El reflejo por el cual, al recibir un pinchazo en una pierna, es ésta encogida por el animal, le permite asegurar su integridad biológica en el presente; pero el instinto de conservación y su filial el instinto sexual, le facilitan perpetuarse en el tiempo.

Adivino en ti, impaciente Fredes, un mohín de disgusto. Esto no es hablar de amor, sino de cosas heladas y áridas. Pero, como dice el proverbio del anciano mandarín Tsien-Hai-Lu, «para contemplar la espiga dorada precisa antes sembrar en la tierra seca».

Ten un poco de paciencia —que es lo mismo que decirte que dejes de ser mujer—, que ya arribaremos al amor.

La característica de ese instinto sexual fué ser *inespecífico*. Es decir, que por su fuerza, un hombre se veía impelido hacia la mujer por una ignora potencialidad biológica, que le empujaba a ella con una fatalidad similar a la de ese dramático hado o *ananké* que sopla en las tragedias griegas.

Fíjate bien en lo que digo: hacia *la* mujer, y no hacia *una* mujer. El amor instintivo en los poblados primitivos fué totalmente inespecífico. De ahí esas andanzas erótico-guerreras, estudiadas por Lubbock y otros sociólogos, del matrimonio por grupos, o sea de las uniones sexuales endogámicas, por las cuales todos los hombres de un poblado tenían acceso a las mujeres del mismo, y viceversa; y la costumbre de los raptos.

En esta fase evolutiva se dibujó, no obstante, un progreso y fué el de que el sexo dejó de ser un automatismo genital para irradiarse a todo el organismo y convertirse en una oscura pero recia llamada celular. ¿Has visto alguna vez, curiosa Fredes, esas campanas de dos badajos que existen en algunos pueblecitos de Castilla?

En una iglesuca semiderruida, cuyas piedras atesoran el oro solar de cientos de años, puedes ver la campana de dos badajos. Al soplar esa brisa suave de la noche castellana que trae enredados en su soplo los primeros pálidos luceiros, los dos badajos chocan entre sí y producen un tintineo metálico.

Pero cuando la brisa se convierte en viento que acude desde la sierra, aullante y precedido de polvorientas tolvaneras, entonces los badajos chocan contra la campana y el bronce de ésta expande su grave llamada sobre el dormido pueblecito.

Análogamente, en el tránsito de la etapa refleja, automática o genital del sexo, a la fase instintiva, se trató de un proceso por el cual el sonido del sexo antes localizado en lo genital, se extendió, al soplar un recio viento biológico, a todo el bronce orgánico, originándose así, tras el tintineo genital, la campanada instintiva.

En aquella Biblia, amarillenta y mohosa, que un día hojeabas en la casona campestre, se narran casos muy demostrativos de la nueva etapa del sexo. Los diecisiete años que trabajó Jacob por alcanzar a Raquel, el ansia por su dulce amado de la fogosa pastora Sulamita, no son aun casos de enamoramiento —considerado como a fenómeno psicológico—, pero sí de una mar-

cada especificidad del instinto sexual. De un instinto que lleva al individuo a recoger los valores sexuales de la hembra o el varón amados.

El instinto sexual ya no se enfoca hacia todo un grupo de seres humanos, sino que se localiza en una persona determinada.

Resulta lamentable, dilecta Fredes, para ti que amas la libertad tanto como yo, que sea precisamente en los tiempos medievales, que son la antilibertad, cuando desputa tímidamente la libre conciencia amorosa.

Pero en la época de los trovadores románticos del cuello almidonado, la blusa de terciopelo y un mundo de rimas en la pluma blanca, la conciencia amorosa sobrevino como una reacción ascética a la promiscuidad sexual habida hasta entonces. Cuando la carne está harta de satisfacer sus apetencias, el hombre siempre ha vuelto sus ojos hacia el espíritu. Ese es el secreto de muchas crisis ideológicas de la Historia, la clave de muchos fenómenos, que explicaré cuando algún día, estimulado por ti y como paréntesis diario de mis tareas profesionales, escriba una sociología del amor.

El romanticismo medieval es *malsano* y anti-biológico, huele a reacción ascética; y al nervio vibrante de la sexualidad pagana sustituyó con la fofa gazmoñería de búsquedas amorosas de un místico e inasequible Ideal. Y así como Parsifal, al trote de su caballo de leyenda, iba buscando el mágico cáliz del Santo Grial, los caballeros del tiempo buscaban al galope de sus corceles a la inmaculada dama adorada, que desde su torreón les aguardaba, el rostro de cera y un trigal de ensueños en la mirada.

El advenimiento ulterior de la *conciencia amorosa*, del fenómeno psicológico del amor, es la obra del Renacimiento y tiempos ulteriores, en los cuales la luz del espíritu y la arcilla fecunda de la carne se unen en armoniosas síntesis de amor.

Por eso, Fredes, la historia del amor es la narración del tránsito de una raíz instintiva a una flor espiritual; es la sublimación de un instinto a la categoría de intuición amorosa. Si el sexo es el amor inespecífico, el amor es el sexo superespecificado.

La vileza de la prostitución radica tanto en su tinte de mercantilismo, como en su inespecificidad, pues en ella no hay esa mutua elección, —el cedazo biológico del amor—, a través de cuya malla sutil se tamiza al objeto amado.

Siempre he considerado, y creo que tú estarás de acuerdo conmigo, en que el amor es un talento psicológico —no una ofuscación— que se sobrepone a la ceguera instintiva.

Ese angelote de la flecha, que encarna al amor, es en realidad el símbolo del instinto.

Biológicamente, el proceso del amor es éste: el instinto sexual dispara su flecha impulsiva hacia el sexo opuesto, de un modo ciego y difuso. Y es la resonancia psicológica del sexo, la *intuición amorosa*, la que concentra el flechazo en una persona determinada.

Quedan, por lo tanto, biológicamente, cesantes idealismo y materialismo, como visiones sectarias del amor. Ni uno, ni otro; sino los dos, unidos en esa síntesis biológica que convierte el espíritu en sexo creador y la carne en cincel de la especie.

Hay que quitarle la venda al amor como ya quería Shelley. El amor no es un pájaro loco, sino una saeta de ruta certera; y el saber enamorarse queda reivindicado como un talento especial que sólo poseen los seres de corazón generoso que viven postrados ante la maravilla del Universo. El dogmático, el sectario, que confunde amor con hipocresía, limpia sexualidad con torpe lujuria y el amor libre y radiante con el tenebroso y encadenado matrimonio católico, ése, para desgracia suya, no sabe amar. Y por no saberlo se dedicará desde la roca de sus dogmatismos a verter injurias sobre los que desde la acera de enfrente batallamos por un amor nuevo y libre de impurezas; como luchamos por crear una civilización sana y fuerte de trabajadores, de la cual haya sido extirpado el señoritismo y la explotación capitalista.

Psicológicamente, creo que sabes muy bien, amiga Fredes, que la base del amor es lo que la psicosexualidad moderna ha llamado *impulso de pareja*, que deja de empujarnos hacia un ser del sexo opuesto sin distinción de cualidades, para conducirnos hacia un ser dotado de ciertas cualidades. En apariencia, es la voz musical, los ojos verdes, el rizo fugitivo lo que nos atrae. Mas, por debajo de esos detalles anecdóticos, existen altos valores biológicos, que son los que nos sedujeron. No ya el deseo de perpetuarnos como pretende la torpe Moral dogmática, sino el anhelo de unirnos a una determinada persona, hacia cuyo blanco sentimental vuela la saeta de nuestro amor. Amor que no brota al azar, como hierba en la pradera, al hallarnos frente al objeto amado, sino que yace comprimido por resortes espirituales y que se estira bruscamente al aflojarse el resorte, por encontrarnos ante quien nos hace vibrar a su ritmo. El amor existe como impulso en nosotros antes de tropezar con el objeto de amor. De ahí, que cada enamorado, antes de conocer a su amada actual, amase ya un ideal, un arquetipo cuya cristalización ha sido la persona amada. O sea que no es sólo la persona quien nos enamora, sino el amor que ya alentaba en nosotros el que nos acerca a ella. Por eso dije en otra ocasión que los amores que desfilan por la vida de una persona no son obra del azar, sino eslabones en la cadena de sus tendencias amorosas que él mismo desenrosca: su *línea amorosa*.

El perfil psicológico del amor puede dibujarse indicando sencillamente sus tres etapas: Un primer tiempo de *indecisión psicológica*, en el cual el amor no es en nosotros más que un potencial latente en las arcas del espíritu. Una segunda fase dominada por el *impulso de pareja*, en la cual una poderosa fuerza biológica nos impele sin especificidad alguna hacia el sexo opuesto, en busca de una pareja cuyas cualidades permanecen aun borrosas y mal acusadas. La última etapa, o de la *especificidad amorosa*, no todos la alcanzan, pues muchos se quedan en los dominios del impulso de pareja, se unen, si son varones, a una mujer en cuya cabeza no hay más que pelo —lo que es harto lamentable, por dorado y rizado que aquél sea—; o, si son hembras, a un varón cuya frente no sirve más que para aguantar el sombrero impecable.

Por eso es, y el hecho lo habrás observado tantísimas veces, amiga Fredes, que son muy pocos los que hacen del amor una trascendental

realización biológica, en vez del capricho pasional, la conveniencia económica o la aventura deportiva, que es, con demasiada frecuencia.

De estas consideraciones es posible deducir que si el impulso de pareja es lo que nos lleva a amar, cuanto más lo afinemos, más acertada será nuestra unión amorosa; y cuanto más finos sean nuestros receptores biológicos, más sutiles matices captarán y más específica será nuestra elección amorosa.

Hace ya varios años que vengo luchando, como tú bien sabes, constante Fredes, por crear desde la prensa, el libro y la tribuna una cultura del amor en el pueblo, a fin de hacer de cada impulso de pareja individual una línea tensa en una sola dirección: la de la plenitud amorosa, tan superior al inespecífico mariposear sobre los trigales del amor, del varón donjuanesco y la mujer frívola. Y sabes también que mis campañas en pro del mejoramiento amoroso y eugénico del pueblo me han valido envolverme en un cortinaje de injurias por las hordas reaccionarias. Pero nada me detendrá en el apostolado que voluntariamente me impuse.

Creo que la gran revolución histórica que anhelamos, no es sino un ciclo compuesto de otros ciclos revolucionarios incrustados en el gran armazón de la Historia. La Eugenesia es uno de esos procesos revolucionarios cuyo desenvolvimiento facilitará las grandes realizaciones sociales colectivistas. Por eso, fiel a mi destino, estoy dispuesto a llegar al fin, sin levantar jamás la mano en demanda de ayuda. El aliento de los trabajadores que me siguen en mi labor, el de las mujeres nuevas como tú, me conforta y anima a proseguir. Y mi tarea de propagandista eugénico sigue su curso, como un minúsculo círculo inserto en el ciclo grandioso de las revoluciones históricas.

En ese sentido estimo que el divulgar una cultura no ya eugénica, sino psicológica del amor, es poner en las manos del proletariado mundial un poderoso instrumento de perfeccionamiento y un arma cultural que esgrimir en sus luchas ideológicas.

Cuando en mi consulta veo desfilan el triste ejército de neuróticos, de seres temblorosos, paráliticos, obsesionados, impulsivos, inquietados por un conflicto espiritual o sexual, es cuando más siento, romántica Fredes, el deseo de agregar a mi tarea profesional de médico la de propagandista de una cultura psicológica y eugénica del amor y de la mente, que ponga paz en los espíritus y limpia sinceridad en el amor, evitando así los dramas del amor mal orientado; las torturas de la frigidéz sexual, de la incapacidad de amar, del homosexualismo...

Sueño con que mis amigos trabajadores, con que la Humanidad que lucha por nobles ideales comprendan un día el significado biológico del amor como tendencia a la plenitud, a la inmortalidad, a la búsqueda de la mitad psicofísica que nos falta. Deseo que la nostalgia de la bíblica pareja o de nuestra mitad sexual al modo de Platón, nos conduzca a restablecer por un amor puro y sano, sin dogmas ni hipocresías, la Unidad espiritual perdida.

Cuando llegue ese día, amiga Fredes, el matrimonio (en su sentido biológico y no religioso) dejará de ser cadena para convertirse en brújula que marque la senda del trabajo y la lucha



Fisiología y psicología de la menstruación

J. M. Martínez, N. D.

Introducción

DE todos los fenómenos fisiológicos, ninguno ha sido fuente de tantas supersticiones y tabús como la menstruación. También podemos afirmar, sin temor a ser contradecidos, que ningún otro fenómeno físico o biológico ha contribuido tanto a la caída de la mujer y a su esclavitud económica y moral como la menstruación.

El tabú menstrual es el prototipo de los tabús, el tabú por excelencia y el más viejo y universal de todos los tabús. No hay raza ni tribu que no considere a la mujer menstrual como un objeto peligroso. Basta la aparición de las primeras gotas de sangre menstrual para que un ser hasta entonces inocente e inofensivo se convierta en el ser potencialmente más dañino y en el objeto más «sucio» e impuro. Cualquier salvaje afrontará al más temido enemigo antes que acercarse a una mujer menstrual o siquiera exponerse a su mirada.

Bien sea en las heladas estepas de los polos; bien en las selvas de los trópicos; bien al pie de los Himalayas; en las orillas del Pacífico, o a la sombra del Monte Sinaí, la mujer menstrual ha sufrido, y sufre todavía en algunos puntos, un aislamiento peor que el de un leproso.

Entre los Kaffirs y Waregas del Africa del Sur, la mujer menstrual es aislada en una choza mientras dura el período, y después que termina éste la choza es purificada con el fuego. En Sumatra también es aislada, y hace pocos años, una mujer fué enjuiciada y sentenciada a ser arrojada en el río para aplacar la ira de los dioses. La pobre mujer había cogido y comido pescado del río durante su estado menstrual, y, por lo tanto, lo había contaminado... En Nueva Caledonia, toda aldea tiene chozas re-

servadas para la mujer menstrual, y todo lo que ella toca durante el período es considerado impuro y es destruido. Así podría llenarse varias páginas; pero para muestra, basta un botón.

Como si la pobre mujer hubiese cometido un crimen horrendo hacia el Señor... Esta identificación de la menstruación con el pecado que tanto ha influenciado los estatutos sociales de la mujer, no es propiedad exclusiva de la religión judía, pero es, sin duda, la que más influencia ha ejercido sobre los pueblos del Oeste.

Para los discípulos de Mahoma, la mujer menstrual también es «sucia» e impura. La misma opinión abunda en los escritos médicos más antiguos. Tanto en los trabajos del famoso médico hindú, Susruta, como en los del padre de la Medicina, Hipócrates, persiste la expresión de la purificación menstrual. Los libros sagrados de Zoroastro aconsejan al hombre que evite a toda costa la peligrosa mirada de la mujer menstrual, pues sus ojos contaminan todo objeto sobre el cual se posan. Las leyes de Manú no son menos antagónicas a la mujer menstrual, cuando dicen: «Un hombre se vuelve «sucio» e impuro si toca a un criminal, a un cadáver, a una mujer menstrual o a una parturienta.»

Así, pues, cualquiera de los dos fenómenos fisiológicos sexuales que hacen posible la repro-

en comunidad, que es a la vez la ruta de la superación de nuestro amor. Entonces, Fredes, gentil amiga de los ojos verdes, el amor en plenitud recobrará su misión constructiva; y de nuevo trinará el picaflor de la esperanza en la vida de la Humanidad que lucha y sufre por realizar sus bellos ideales.

ducción de la raza, basta para colocar a la mujer en los peldaños más bajos y abyectos de la escala social.

Contrario a lo que se nos dice, el apogeo y entronizamiento del Cristianismo no cambió gran cosa el estatuto social de la mujer menstrual. A través de la Edad Media ésta continuó siendo mirada con temor. En el año 1610, Guarimounius escribió en verso las reglas y precauciones que la mujer menstrual debía observar. Según estas reglas, durante el estado menstrual la mujer no podía asistir a los bailes, ni a las fiestas, ni preparar la comida, ni acercarse a la bodega, pues si tal hacía, con toda seguridad el vino se convertiría en vinagre. Tampoco podía acercarse a los árboles frutales, pues su presencia bastaba para que éstos dejaran de dar frutos.

En Inglaterra, entre otras cosas, se tenía por seguro que el jamón no podía ser curado por una mujer menstrual. Esta superstición no era patrimonio de analfabetos y gentes ignorantes, como lo prueba el siguiente párrafo: «Es una creencia muy popular entre las mujeres ricas y pobres que, al salar o curar jamones, la mujer nunca debe tocar el jamón mientras está menstruando.» Esto apareció nada menos que en el *British Medical Journal*, en el año 1878, firmado por un miembro del «Royal College of Physicians». Muchos otros galenos se apresuraron a expresar su extrañeza de que se dudase de hechos tan obvios.

La aparente asociación de la menstruación con el ciclo lunar es otra creencia muy popular que, a pesar de carecer de fundamento científico, ha cautivado la imaginación de escritores médicos comparativamente modernos, como Meade, Astruc y Freind.

No debe, pues, extrañarnos que los pueblos primitivos estuviesen plagados de supersticiones acerca de un fenómeno cuya naturaleza no podían comprender por desconocer el mecanismo del cuerpo humano en general y de los órganos reproductivos, en particular. Es en esta ignorancia de las causas de los fenómenos vitales donde debemos buscar el origen de semejantes tabús y supersticiones.

Origen del tabú menstrual.—Antes de pasar a discutir el tabú menstrual me parece conveniente y hasta necesario hacer una corta aclaración acerca de la tan usada palabra tabú.

Tabú significa ante todo peligroso, e incluye las subsiguientes nociones de «impureza», «santidad» y «sagrado».

Por ejemplo: La sangre menstrual es, según los vedas, «una forma de Agni, y nadie debe despreciarla», siendo también considerada como un poderoso talismán, mientras que entre otras tribus es temida como la más impura y dañina de las cosas. Las temidas mágicas propiedades de la sangre son a veces utilizadas para fines utilitarios y benéficos. Entre los indios de Norteamérica, la sangre menstrual era usada como insecticida. Cuando el maíz comienza a madurar o granar, una mujer menstrual dejaba la choza donde había sido aislada y salía desnuda a la medianoche. Esto bastaba para destruir toda clase de insectos perjudiciales para el maíz. Demócrito también creía que si la mujer menstrual caminaba por el campo era lo suficiente para destruir los gusanos y otras pestes...

Por lo expuesto se puede ver cómo el mismo fenómeno puede producir en la mente del salvaje reacciones muy distintas y conceptos completamente opuestos. Desgraciadamente, la mujer y todo lo que en el sexo se relaciona han adquirido el concepto malo, impuro y peligroso del tabú.

Desde los tiempos más primitivos, la pérdida de sangre ha sido asociada con la pérdida de la vida. De ahí que la sangre fuese tenida en gran estima como agente curativo y mágico, y el color rojo, como señal de peligro. Es natural, pues, que a los ojos del salvaje, un ser que perdía sangre periódicamente sin morir ni manifestar ningún efecto perjudicial, tenía que aparecer como un ser misterioso y casi sobrenatural. Por eso la mujer, en general, y la mujer menstrual, en particular, era temida y fué elevada al trono de Alto Sacerdote en los misterios de la religión, y por eso fué más tarde degradada a la posición vil y abyecta. Extraña paradoja es ésta que los mismos fenómenos que la ensalzaron al Olimpo la enterraron en el cieno, de donde está saliendo. No cabe duda que la preñez y el parto también han contribuido su parte al ascenso y caída de la mujer, pero no tanto como la menstruación...

El ritmo y periodicidad menstrual.—Debemos confesar que la similaridad del ciclo menstrual con el ciclo lunar es bastante tentadora para conectar ambos fenómenos y colgar a la puerta de la luna la culpa de todos los desarreglos e inconvenientes que la mujer sufre cada veintiocho días. Nada de extraño, pues, que tal creencia haya prevalecido a través de los tiempos, y que algunos hombres de ciencia hayan sucumbido a la tentación. Pero el verdadero científico no se satisface con similitudes o explicaciones superficiales y, por lo tanto, ha absuelto a la luna de semejante entuerto. Es cierto que las causas del ritmo y periodicidad menstrual permanecen todavía un poco envueltas en la oscuridad, pero esto no es razón para echarle la culpa a la luna, sin otras pruebas que las apariencias.

Para algunos biólogos, las causas del ciclo menstrual hay que buscarlas en los albores de la vida misma, cuando una buena cantidad de los habitantes del mar, aburridos de nadar y nadar, decidieron darse un paseito por la playa. O tal vez la nostalgia de la tierra firme fué desarrollándose en los momentos en que, debido a las mareas, se quedaron «secos» en la playa por algún tiempo.

Para otros, la causa del ciclo sexual hay que buscarla en la aceleración e intensificación de la libido o deseo sexual, en las noches de «amor» a la luz de la luna. Esta hipótesis es bastante floja, pues no tiene en cuenta el ciclo en los demás animales que, por cierto, no esperan las noches de luna para hacer el amor, cuyo ciclo sexual no tiene relación alguna con el ciclo lunar.

Ciertamente existe un ritmo cósmico y, desde los soles y los planetas hasta el átomo, se mueven y actúan en ciclos. La noche y el día se suceden como eslabones de una cadena sin fin, y las estaciones vienen y pasan como los rayos de una rueda en movimiento. Nada ocurre continuamente. Hasta la luz emitida por el sol u otro

objeto luminoso es emitida rítmicamente, en «puñados» o *quanta*, contrario a las apariencias de continuidad.

Los animales se aparean a intervalos regulares. El descanso alterna con la actividad. En biología, el corazón representa el caso más típico de ritmo. Aunque también encontramos el ritmo en la respiración, en el crecimiento de las células y todas las actividades y funciones del cuerpo. De esto podemos deducir que el ritmo es una propiedad inherente de la materia tanto orgánica como inorgánica. Los procesos fisiológico-sexuales, pues, no pueden ser una excepción.

En el curso de la evolución, cada especie ha adquirido su *tempo* o ritmo, y a su manera, y con movimientos más lentos o más rápidos, baila la «Danza de la Vida».

La menstruación como un fenómeno de las glándulas endocrinas.—Cada veintiocho días (más o menos), y desde la pubertad hasta el «cambio de vida», toda mujer pone un huevo y sufre una hemorragia más o menos intensa —*menses* o menstruación—. Si el huevo es fecundado, la preñez tiene lugar y la menstruación desaparece por unos cuantos meses.

Los órganos directamente responsables de la ovulación y menstruación, son: los ovarios, uno en cada lado del abdomen; el útero o matriz, de la forma de una pera en el centro del abdomen, y la glándula pituitaria, en el centro del cerebro.

El principio activador del ovario es un hormono, secretado por la parte anterior de la glándula pituitaria.

De acuerdo con los presentes datos, la fisiología de los ovarios durante el intervalo de preñez a preñez, puede presentarse como sigue:

1. Los ovarios secretan alternativamente dos hormonos.

2. Para que su acción sea eficaz estos dos hormonos deben sucederse en estricto orden.

Desde la pubertad hasta el climaterio, los ovarios están en continua actividad, y son el sitio de procesos fisiológicos, que se suceden cíclicamente. Cada uno de estos ciclos está compuesto de:

1. Una fase folicular, durante la cual madura un folículo.

2. Ovulación; el momento en que el huevo listo para la fecundación deja su cuna.

3. Fase lútea, durante la cual los restos del folículo se transforman en el cuerpo lúteo.

Durante la fase folicular, el ovario secreta foliculín. Este hormono gobierna la nutrición de las glándulas mamarias o pechos y de los órganos genitales. También actúa sobre el útero aumentando la actividad de su membrana mucosa y de sus músculos.

El cuerpo lúteo, o cuerpo amarillo, es algo parecido a un «cortezón» dejado por el huevo que ha madurado. Durante la fase lútea, los ovarios secretan otro hormono, denominado por Corner «progéstin». Esta sustancia también ac-

túa sobre el útero continuando el trabajo comenzado por foliculín. Progéstin causa un desarrollo especial de lendométrium (la membrana mucosa del útero). Se puede decir que progéstin construye el nido para el huevo mientras éste viaja por los tubos de Falopio. En estas condiciones, dos cosas pueden suceder:

1.^a El huevo es impregnado, y el cuerpo lúteo continúa por medio de su progéstin construyendo el nido uterino, que más tarde forma la placenta, donde se aloja y nutre el feto.

2.^a La fecundación no tiene lugar. En este caso, la actividad del cuerpo lúteo es muy corta; progéstin desaparece rápidamente y el nido uterino, formado bajo su influencia se «derrumba» con rapidez y la menstruación aparece.

La hemorragia menstrual se explica por la rápida desaparición de progéstin que resulta en la destrucción de la mucosa uterina, con el consiguiente rompimiento de los vasos sanguíneos en ella formados antes de que la sangre pueda ser reabsorbida en la circulación.

Patología de la menstruación.—Que la menstruación es una especie de caja de Pandora, es algo harto sabido por la mayoría de las mujeres. Rara es la mujer cuyo período menstrual no es acompañado por una larga serie de desórdenes, entre los que figuran prominentemente dolores de cabeza, de «vientre» y de espalda, neurosis y enfermedades del sistema nervioso y a veces hasta pronunciados disturbios psicológicos.

Mientras que la mujer primitiva sangra escasamente, la mujer civilizada generalmente pierde sangre con demasiada profusión.

La causa de esta patología menstrual puede clasificarse como sigue:

Una vida sexual antinatural y desordenada.

Preñez y parto. En la mayoría de las mujeres, después del parto, el útero queda en mala posición o lesionado.

Malos hábitos de vida, alimentación inadecuada, falta de sol y de aire fresco. Estos últimos factores puede decirse que son causas indirectas.

Desgraciadamente, el valor curativo y preventivo del naturismo es ignorado por la inmensa mayoría de las mujeres dolientes, quienes buscan alivio a sus dolencias en la medicina alópata. Esta no puede ofrecerles otra cosa que las drogas y el bisturí, paliativos que hacen más mal que bien, aunque no dejamos de reconocer que en algunos casos la cirugía es necesaria. Pero si los cirujanos sólo hiciesen operaciones allí donde realmente son absolutamente necesarias, no se harían ricos.

El naturismo va a la raíz del mal y señala el remedio. La salud no se puede comprar en la botica ni puede ser dispensada por el médico; hay que buscarla en la Naturaleza y ganársela por medio de una vida higiénica en armonía con las leyes biológicas.

STENDHAL

Una mujer fría es una criatura que no ha hallado aquel a quien debe amar.

La hidrolatría y el culto fálico en los países nórdicos

S. Velasco



TODAS las tribus que pueblan la región comprendida en el círculo polar, desde el mar de Behring al Báltico, practicaron la hidrolatría (adoración al agua), según se desprende aún hoy de las leyendas que se han transmitido, de los usos observados y del folklore. Pero, por sí no bastara el testimonio palpitante de tantas poblaciones que viven todavía en el mismo estado de civilización en que se encontraban ha diez siglos, la Lingüística acude en auxilio de esta tesis, y, analizando los nombres de lugares, tales como «Pyhäjärvi», que significa «lago sagrado»; «Pyhäjoki», que significa «río sacro», y «Pyhävesi», o sea «agua sagrada», se evidencia que el culto al agua estuvo muy extendido, especialmente entre los finlandeses.

A medida que la mentalidad religiosa evolucionó hacia la concepción de divinidades personales, abandonóse el culto de manantiales, ríos y lagos para representar al elemento hídrico en una divinidad a la que llamaron «Ahti» o «Ahto», quien tiene como esposa a «Vellamo» o «Wellimo» o «Wellimys», según las regiones, y a la que se figuran como una mujer de edad prolecta.

Esta pareja divina está asistida de multitud de ayudantes o genios acuáticos, semejantes a los ondinos suecos hasta en aquella particularidad en que son amantes de la música. Conceptúanles tan excelentes artistas y se les considera como cantores tan depurados, que en Finlandia es creencia muy arraigada que tales entes son capaces, con sus melodías, de incitar a la danza incluso a los objetos inertes. Pero, a diferencia de las concepciones germanas, los finlandeses creían que estos genios acuáticos son los espíritus de aquellos seres que perecieron ahogados.

En cambio, los finlandeses parecen haber copiado de los germanos y escandinavos la creencia de que los ríos y los lagos reclaman anualmente una o varias víctimas. Si llegada la fecha determinada no se ahogó nadie en tal río o cual lago, los demonios del agua, al decir de la leyenda, gritan: «Ha pasado el plazo y todavía no se nos ha entregado a ningún hombre.» Inmediatamente aparece un ser humano que, alocado y

presuroso, se arroja al agua. Tal es la leyenda, pero no sería extraño que ello fuera una reminiscencia modificada de un antiguo relato por medio del que se pretendiera explicar la necesidad de ofrecer víctimas humanas en holocausto a los demonios acuáticos.

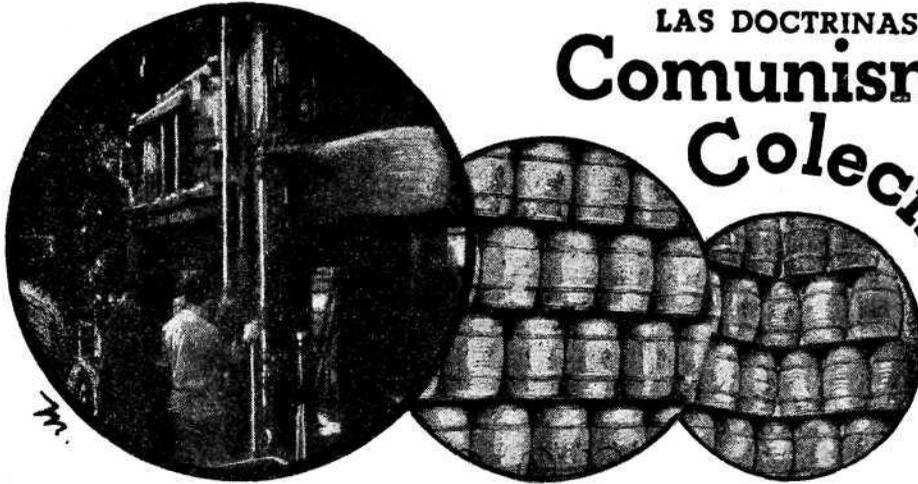
Además de estas divinidades de relativa importancia, las tribus siberianas, finlandesas y laponas veneraban a buen número de dioses subalternos que velaban por la feliz realización de las empresas de cada una, según fueran sus costumbres nómadas o sedentarias, industriales o agrícolas. Preponderaba, naturalmente, una divinidad agraria, de suerte que se veneraba con mayor intensidad a «Pellervo», que era el encargado de velar por la buena germinación de las semillas; seguía en categoría «Lieikko», divinidad de los nómadas, a quien se invocaba para que fueran feraces los pastos. Además rendíase culto a «Rongotaus», deidad que cuidaba con especial solicitud del centeno, y «Egres», a quien se consideraba como el creador de todas las plantas útiles y cuya protección se solicitaba cuando se procedía a la siembra de las legumbres y del lino.

Esta divinidad, que en un principio parece fué la encarnación del culto fálico, es decir, representó la fuerza creadora, se adoraba bajo la forma de un nabo o bien de una zanahoria. La analogía entre la representación de esta divinidad y el miembro viril no puede ser más evidente y ello demuestra, a despecho de cuantas afirmaciones en contra intentaron los indagadores pusilánimes, que aquellas tribus, como todas las aglomeraciones humanas del mundo, conceptuaron, en un principio, al aparato sexual como causa creadora de todas las cosas. El concepto compulsivo de las apetencias del sensorio no apareció hasta pasados muchísimos siglos, y después de haberse confeccionado las respectivas teorías teocosmogónicas. Los cristianos, que a pesar de su aparente repulsión por el sexo y su pudibundez a lo Tartufo no han podido sumir a la humanidad en el ideal de castración que preconizaran, viéronse constreñidos a canonizar a esta deidad sin siquiera cambiarle el nombre, de suerte que el santoral norteño cuenta con un

LAS DOCTRINAS SOCIALES Comunismo y

Colectivismo

A. Hamon



VARIAS son las definiciones que del comunismo se han propuesto. Julio Guesde escribió que es «el colectivismo de los medios de consumo», definición que obliga a tener que hacer inmediatamente la del colectivismo para comprender la del comunismo. Littré y Lachâtre repiten lo mismo, considerando el comunismo como «un sistema de una secta socialista que quiere hacer prevalecer la comunidad de los bienes, es decir, la abolición de la propiedad individual, y poner en manos del Estado todo el haber social, el cual hará trabajar y distribuirá los productos entre los ciudadanos». Esta concepción establece como esencial al comunismo la existencia del Estado. Se trata

de un comunismo autoritario que excluye al libertario. Esta modalidad del socialismo sería definida como función de una forma política y de una forma económica. Quedarán fuera del comunismo los sistemas que tuvieren igual forma económica, pero una forma política diferente. Este resultado hace inaceptable la definición de Littré. Está en contradicción con la Historia.

Según Hauzé y Barré, «el comunismo es la comunidad de todos los goces que procuran los bienes de la tierra, así como de todo el trabajo que reclama su explotación». Esta definición peca de falta de precisión, y sobre todo de falta de claridad. No se sabe si se trata únicamente de los productos del terreno (bienes de la tierra) o si se trata de todos los bienes existentes sobre la tierra. Asimismo parece que son los goces los comunes y no las cosas que los procuran. Resultaría que esta especie de comunismo obligaría a todos los individuos a gozar del mismo modo. Es hablar solamente del comunismo de Estado y decir en otra forma lo que dice Littré. Es preferible la concepción de G. Platón (1), que no presupone como esencial al comunismo ningún modo político. No creemos que las palabras «organización unitaria» impliquen la idea de un Estado; si así fuese, la definición de Platón incurriría en la misma crítica que la de Littré. Por lo demás tiene el defecto de no ser concisa ni bastante clara; puede convenir para una explicación general, pero no es propiamente una definición. Preferimos, sin aceptarlas, la de Woolsey (2) y, sobre todo, la de Carlos Albert (3).

San Egres, que no es otro que el dios fálico cristianizado.

También los pastores poseían un dios peculiar, al que llamaban, según las comarcas, «Kebri», «Käkri» o «Köyri» (si hemos de dar crédito a las referencias del cronista del siglo XVI Agrícola), bajo la protección del cual estaban los rebaños todos y aun los animales domésticos. No se sabe con seguridad si a título de esposa de éste o bien de una manera independiente, se veneraba asimismo a una divinidad femenina, amparo de los pastores, a la que se consideraba como hija del poderoso «Tapio», dios de los bosques y de las arboledas, la que se llamaba «Tuulikki», y protegía incluso la reproducción de los renos.

Los finlandeses veneraban a una deidad de los bosques llamada «Hiisi», cuyas atribuciones se extendían asimismo a las excrecencias del terreno, como lo indica su nombre que equivale, indistintamente, a «montículo y bosque». La ginecolatría tuvo su época de auge y estuvo representada por «Sukkamieli», deidad que desempeña importantísimo papel en las leyendas y cánticos primitivos y que es una especie de Afrodita. También existió un culto por las fuerzas curativas de la Naturaleza representadas por la diosa «Suonetar», a la que se conjuraba en caso de dolencias y cuyos amuletos preservaban de multitud de enfermedades, al decir de sus fieles.

(1) La palabra comunismo debe propiamente aplicarse a un estado de producción colectiva que tendría por fórmula de reparto: a cada uno según sus necesidades. El comunismo tiene esta doble base: la apropiación colectiva de los instrumentos de producción, que lleva consigo la organización unitaria de la producción, y la negación, sobre este punto particular, del reparto de los productos de acuerdo con el egoísmo humano. Esta negación radical, por sí sola, impide confundirlo con el colectivismo.

(2) El comunismo es un sistema o forma de vida común, en la cual el hecho de propiedad privada o de familia está abolido por la ley o por mutuo consentimiento... La comunidad de bienes es una característica esencial de todos los géneros de comunismo.

(3) El comunismo es el sistema social en el cual la propiedad está abolida en cuanto se refiere a los medios de producción, y subordinada a la realidad de las necesidades en cuanto se refiere a los objetos de consumo.

Los pecados capitales: La Envidia



Envidia, estigma que una civilización decadente ha ido legando a las generaciones. Al conjuro del «más que tú», los sedimentos que integran el amasijo de las bajas pasiones actúan con toda su potencia y surge La Envidia como un resultante fatal.

La culminación de este pecado capital tiene, en este momento, como precisa y exacta expresión el desenfreno sospechoso que los gobiernos imperialistas ponen en acrecentar sus armamentos. Se han desposado La Envidia y La Avaricia, y de este ruín maridaje nace, como un fruto de podre, la ley del más fuerte... o del más envidioso.

Kant no podría decir ahora que: «La Envidia es el patrimonio de la impotencia» después de haber visto cómo pueblos fuertes se arman hasta la locura, para caer, cual monstruos apocalípticos, sobre pueblos más que débiles y apoderarse de ellos con la «sana» intención de acivilizarlos.

Livideces de envidia en el horizonte festoneado tétricamente por las bocas amenazadoras de los cañones. Livideces de envidia también en las masas que ya miran y ven hacia todos los pueblos y que, conscientes de la misión que la Historia les confiera, van, en un futuro próximo, a través de una actuación a la par que enérgica constructiva, a arrancar de la Humanidad, de cuajo y para siempre, los gérmenes nefastos de LA ENVIDIA.

Si consideramos estas diversas concepciones y las dadas por Schwab, P. Lafargue, Spies, etc., se ve que el carácter específico del comunismo es la apropiación común de toda la propiedad, es decir, de todas las cosas que el hombre puede apropiarse: medios de producción y objetos de consumo. Podemos, por consiguiente, dejar sentada esta definición:

COMUNISMO: Variedad del socialismo. *Sistema de sociedad en el cual*—doctrina social según la cual— *los medios de producción y los objetos de consumo, es decir, todas las cosas apropiables por el hombre, son posesión común.*

Obsérvese que no hacemos ninguna hipótesis sobre la forma política—es decir, autoritaria o libertaria, con o sin Estado— ligada al comunismo; que es una definición basada únicamente en un modo económico. Y esta definición, clara y precisa, es asimismo satisfactoria. Encaja perfectamente en todos los sistemas denominados comunistas, en el pasado y en el presente: fourierismo, doctrinas de Morelly, de Goldwin, de Kropotkin, etc.

De la otra variedad del socialismo conocida con el nombre de colectivismo, se han hecho también diversas definiciones. Las de P. Leroy-Beaulieu, F. Engels, I. Guyot Schaeffle, Colins, etcétera, identifican el socialismo con el colectivismo. Las explicaciones que dan del socialismo deben aplicarse al colectivismo. Su examen demuestra que las de P. Leroy-Beaulieu, Brissac y Leo presuponen como esencial al colectivismo la existencia del Estado. Benito Malon (1) y Littré (2) dan una noción análoga con el Estado como base. No podemos aceptar estas diversas concepciones porque excluyen del colectivismo sistemas generalmente conocidas como tales. El modo político no puede ser específico del colectivismo, ya que existirán diversos sistemas que teniendo la misma forma económica, pero de modos políticos variados, no se hallarían comprendidos bajo el mismo vocablo.

Las definiciones de Engels y de Schaeffle no son suficientemente claras y precisas, del propio modo que la resultante de la explicación de Mauricio Block (3). «El colectivismo—escribe Julio Guesde— es el comunismo de los medios de producción», noción que implica una precisa definición del comunismo para comprender el colectivismo. Si se sustituye la palabra comunismo por su definición, se obtiene una explicación del colectivismo que carece de claridad. La definición de Carlos Albert (4), aunque es mejor, no nos parece aceptable. Según Woolsey, «el colectivismo es la condición de una comunidad cuando sus asuntos, especialmente su industria, se hacen

colectivamente en lugar de adoptar el método del esfuerzo individual separado». Esta concepción carece de elasticidad, mientras que la de G. Platón, que implica la necesidad de «un plan de reforma de la sociedad por vías legislativas» (1), excluye el colectivismo, y queriendo precisar mucho, arroja del colectivismo sistemas generalmente considerados pertenecientes a él. Según la *Encyclopedie Dictionary*, el colectivismo es «un estado ideal de sociedad en el cual las funciones gubernamentales comprenderán la organización de todas las industrias. En un Estado colectivista cada persona sería un funcionario y el Estado se extendería (*Would be co-extensive*) a todo el pueblo». Esta definición no concierne sino al colectivismo de Estado. No puede tampoco convenirnos, porque excluye otros colectivismos.

El examen de todas estas definiciones demuestra un único carácter común: la forma colectiva de los medios de producción. Tendremos, por consiguiente, esta definición:

COLECTIVISMO: Variedad del socialismo. *Sistema de sociedad en el cual*—doctrina social según la cual— *únicamente los medios de producción se poseen colectivamente.*

Esta noción del colectivismo es clara. Es asimismo concisa, porque permite una clasificación en la que no entran los sistemas sociales que no admiten únicamente la posesión colectiva de los medios de producción. Es también independiente de toda forma política, y por consiguiente no excluye, desde este punto de vista, ningún sistema. Así, pues, tanto en el pasado como actualmente, corresponde a todos los sistemas conocidos generalmente como colectivistas. El sansimonismo, las doctrinas de Pecqueur, de la Fabian Society, de Colins, etc., son colectivismos.

La diferenciación del comunismo y del colectivismo consiste en el reparto de los productos. En el primer sistema los objetos de consumo se poseen en común; la fórmula del reparto es: a cada uno según sus necesidades. En el segundo sistema, los objetos de consumo son propiedad privada, individual; la fórmula del reparto es: a cada uno según sus obras. En los dos sistemas los medios de producción son posesión colectiva o común.

(1) El colectivismo es un plan de reforma de la sociedad por vías legislativas, concebido, por oposición a la sociedad actual individualista y liberal, como el triunfo exclusivo del principio social, o, más exactamente, del principio de la felicidad material del mayor número.

(1) El colectivismo es la inalienabilidad de las fuerzas productoras, colocadas bajo la tutela del Estado; éste las confía temporalmente y mediante renta a las agrupaciones profesionales, y en éstas el reparto de los productos se efectúa a prorrata del trabajo.

(2) Colectivismo: Teoría social que suprimiendo la propiedad individual la coloca por entero en manos del Estado, de la sociedad.

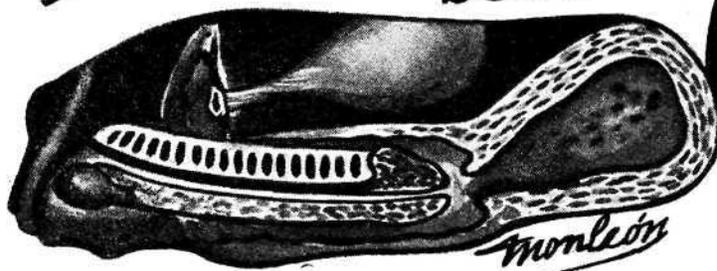
(3) Colectivismo: Secta de comunistas que permite a los individuos poseer propiedades mobiliarias particulares, pero que quiere poseer en común, es decir, colectivamente, los inmuebles y los instrumentos del trabajo. Esta secta no se distingue sino de modo muy débil de los comunistas propiamente dichos.

(4) El colectivismo es el sistema social en el cual la propiedad está abolida en cuanto se refiere a los medios de producción, pero conservada en cuanto se refiere a los objetos de consumo, gracias a la ficción del salario.

Importante

POR NO HABER RECIBIDO A TIEMPO EL PAPEL DESTINADO A LAS PAGINAS CENTRALES, NO NOS HA SIDO POSIBLE PUBLICAR EN ESTE NUMERO LAS ACOSTUMBRADAS OCHO PAGINAS DE «ENSAYOS». ROGAMOS A LOS LECTORES NOS DISCULPEN.

La educación sexual



SE habla mucho de la educación sexual. Se sabe que en los colegios, en los institutos, en las escuelas, por un sentimiento de pudor exagerado y torpe, se deja ignorar a los alumnos todo lo que se refiere al sistema generador. Esto es una especie de hipocresía, porque no se puede imaginar que baste con precisar esta parte de la ciencia para que el espíritu de los niños y de los jóvenes se aparte de ella.

En el espíritu humano, y particularmente en el de los jóvenes, existe una curiosidad sexual muy intensa. Esta curiosidad necesita ser satisfecha. El alumno, en lugar de ser informado por el profesor, de una manera serena y honesta, lo es con frecuencia por las revelaciones o las exhibiciones de camaradas viciosos. No hay ninguna ventaja en callar a los niños el misterio de la generación. Esta ignorancia durará, en efecto, toda la vida.

Es cierto que el hombre y la mujer aprenderán bien pronto lo esencial del mecanismo copulador. Pero ignorarán la fisiología que lo acompaña.

Es necesario, pues, que esta enseñanza se realice lo más rápidamente posible. Por pronto que se haga esto, nunca se hará lo bastante pronto. Si se enseñara a los niños antes de que su curiosidad se volviese libidinosa, bajo la influencia de las primeras incitaciones de la pubertad, todo lo referente a las cuestiones sexuales, se haría una obra plausible.

Por lo tanto, debe existir la escuela sexual, y es tan considerable su importancia que hay derecho a extrañarse del retardo con que se piensa implantarla. Sería esencialmente moral, puesto que su única causa es la ciencia. Y la serenidad de su enseñanza la guardaría contra todo ataque incomprendible.

Para hacer bien las cosas sería conveniente que los cursos de enseñanza fueran mixtos. El trato habitual de niños de los dos sexos, a condición, claro está, de una discreta vigilancia, sería de utilísimos resultados, pues evitaría que se revelaran los instintos viciosos. Por otra parte, permitiría, a los caracteres de los seres de sexo diferente, familiarizarse y comprenderse. Con lo que habría también menos curiosidad sexual.

El estudio anatómico forma parte de todos los programas universitarios. Bien sabido es cómo y

por qué medios se realiza esta enseñanza. Todos recordamos la plancha de cartón piedra cuyos órganos sucesivos, superpuestos y múltiples, se desprenden uno a uno para la demostración.

Y todos guardamos de dicha plancha el mismo recuerdo. Recordamos, en efecto, lo que parece una humorada, que el mismo modelo sirve a la vez para explicar la anatomía masculina y la femenina. Mientras se trata de los pulmones, del corazón, del páncreas, del hígado, del gran colon o del intestino delgado, los informes en relieve y en color son completos. Pero no se desciende más abajo: está prohibido pasar de los límites de la vejiga.

Los seres humanos, según estas láminas, no poseen un aparato urinario, ni, con mayor razón, un aparato generador. No hay un solo niño, por ignorante que sea, y a cualquiera de los sexos que pertenezca, que no haya observado con extrañeza esta deficiencia de la enseñanza universitaria.

Se puede pensar que, en cierto modo, este es un medio de despertar la atención sobre los órganos de que no se habla. Pero he aquí un caso que me refirió no hace mucho tiempo un censor de estudios, caso que no debe ser único. Se trataba de un jovencito, completamente inocente e ignorante en cuestiones sexuales. Era un excelente alumno. Había seguido con atención la enseñanza que le daban, y le causó estupefacción que una anatomía tan completa como la que le era revelada por la lámina clásica no hablase para nada de órganos cuya existencia no podía ignorar en su propia persona.

El jovencito había llegado a considerarse como un fenómeno excepcional, como un monstruo, dotado de superfluidades especiales. Durante más de un año estuvo enfermo de desesperación y de pena, imaginándose que tenía la vergüenza de no estar conformado como el resto de los hombres.

Siempre es un mal punto de partida, en el conocimiento fisiológico, tal ignorancia, y muchos disgustos conyugales, que no son más que faltas de armonía sexual, tienen por causa la ignorancia general en que, desde los primeros años, ha dejado la educación en este respecto a hombres y mujeres.



QUÉ va a ocurrir el mejor día? Sencillamente: una catástrofe, es decir, otra catástrofe, que, como la pasada, también será nunca vista. Entendámonos: cuando digo «el mejor día» no hay que tomar esta expresión en sentido de inmediata proximidad, como quien dice «la semana entrante». Aquí la palabra día tiene la acepción elástica que ofrece en el Génesis, cuando allí se afirma que en siete días Dios comenzó y dejó terminada la obra de la Creación. No todos los días tienen veinticuatro horas. Quizá esa nueva catástrofe que está cerniéndose sobre Europa estalle dentro de muchos años, cuando ya no podamos contemplarla los que vimos la última. Pero lo que digo es, una de dos: o que Europa se desarma o que, tarde o temprano, las armas la llevarán a una nueva hecatombe.

Parece enteramente como si a uno le estuviesen tomando el pelo (y perdónese la vulgaridad de la expresión), cuando se oye decir, en todos los países cada vez más armados, que sus armas son puramente defensivas. ¿Ustedes entienden, acaso, esa famosa distinción entre armas ofensivas y armas defensivas? ¿Han visto ustedes, alguna vez, un garrote defensivo y otro ofensivo? A mí todos me parecen armas contundentes. Hechas para apalear, se las emplee o no se las emplee. Esta es la única distinción que cabe establecer acerca de ellas. Pero en cuanto una cualquiera entra en acción, todas las demás, forzosamente, instintivamente, se ponen en juego. Métase usted en un grupo cuyos individuos se hayan liado a garrotazo limpio, y vaya usted a averiguar cuáles son los palos ofensivos y cuáles

Así, pasado el período de la infancia, pasado también el de la pubertad, los jóvenes y las jóvenes llegan hasta la edad del matrimonio sin tener otro conocimiento de los fenómenos naturales que el que les es revelado por las conversaciones licenciosas y las costumbres viciosas. La prometida, y aun el mismo prometido, totalmente ignorantes, tanto más ignorantes, sobre todo, cuanto que se creen bien informados, se prepararán para la unión de los sexos sin conocer sus leyes. No se necesita más para turbar su existencia.

los defensivos. En realidad, allí no hay más que palo seco.

Lo grave es que, así como de las nubes se desprende la lluvia, de los haces de palos vienen las lluvias de garrotazos, y de las armas, las guerras. Una de las mayores insensateces que se transmiten de generación en generación, so capa de un banal latinajo, es aquel famoso *si vis pacem, para bellum*, el estúpido aforismo según el cual hay que prepararse para la guerra, si se desea la paz. ¡Infame y asquerosa mentira! Docenas de siglos de historia humana, matanzas continuas, millares de millones de víctimas, demuestran lo contrario. Y si no lo demostrara la experiencia, la pura razón se bastaría para demostrarlo: Son las armas lo que empuja al hombre a la guerra, multiplicando su fuerza y haciéndole caer en la tentación de emplearlas para adueñarse del mundo. Son las armas las que engendran el diabólico sueño, estúpidamente soñado por todos los guerreros y conquistadores, de que es posible dominar al mundo mediante la violencia. En ningún otro orden humano se admitiría un consejo tan imbécil como ése de que, si deseas la paz, debes armarte hasta los dientes. Un cura que, para asegurar la gloria del cielo, aconsejase aumentar en lo posible las ocasiones de irse al infierno; un médico que, para conservar la salud, prescribiese un régimen explosivo, de mostazas y alcoholes a todo pasto; un comerciante que, para atraer al público le recibiese a la puerta de su almacén con un par de pistolas cargadas; un estudiante que, para ser sabio, no estudiase; un ambicioso que, para ser rico, durmiese todo el día; cualquiera, en fin, que para obtener algo hiciese lo diametralmente opuesto, sería tenido con justicia por loco rematado. En cambio, hace siglos y siglos que se viene diciendo a la humanidad que para lograr la paz hay que prepararse a entrarlo todo a sangre y fuego. ¡Y la pobre humanidad se lo cree!

O, por lo menos, se deja hacer como si lo creyera. Porque una de las revelaciones para mí inolvidables, que me produjo la visión directa, dolorosa y cotidiana de la pasada guerra, fué la inconcebible farsa de eso que solemos llamar odios entre pueblos. Es falso de toda falsedad que los pueblos se odien entre sí. Por lo general, son indiferentes unos respecto de otros, porque



LA DIATRIBA

Dos pecados en uno

Carlos Brand

El que no me juzga sino por las peores de mis obras no es más que un malvado.

MOZART

NOBLE, cual el *adagio* de la *Sonata patética*, era el alma de Beethoven. Mas éste, como todo humano, tuvo también sus pecadillos, que en otro hombre habrían pasado desapercibidos, pero que en el célebre artista sirvieron a muchos comentaristas para hacer gala de su erudición sacándolos a relucir y presentándolos de bulto.

Esos pecadillos, traducidos en irascibilidades y rencillas fugaces con amigos y conocidos, eran no sólo explicables en un músico sordo, pobre e incomprendido, sino también orgánicos en una

se ignoran. Pero, incluso en tiempos de guerra y hasta en plena lucha, el rencor que se tienen es más artificial que espontáneo, y si nadie se encargase de provocarlo y mantenerlo, se apagaría al instante. Así se explica el hecho, de otra suerte inexplicable, de la facilidad con que los pueblos se olvidan de las guerras pasadas.

Y aquí la magna paradoja de la guerra. Los pueblos no se odian entre sí. Yo he visto con mis propios ojos, innumerables veces, en pleno frente guerrero, fraternizar a supuestos enemigos, cambiarse golosinas, hacerse regalos, prestarse servicios, con una cordialidad perfecta y espontánea, con esa naturalidad asombrosa con que las gentes del pueblo, por desconocidas que sean, se tratan entre ellas, y que es la profunda conciencia de su igualdad ante las miserias y calamidades de la vida. ¡Qué demonios habían de odiarse aquellos pobres diablos, venidos de un rincón de Bretaña o del fondo de la Selva Negra? Unos y otros estaban allí, en las trincheras, por fuerza, por miedo, por no poder hacer otra cosa, y lo único que anhelaban no era matarse entre sí, sino salir escapados de aquel infierno, hacia sus hogares, y no verse nunca más en la vida.

Desde Jesucristo hasta nuestros días ya van veinte siglos así. ¿Verdad que parece mentira?

naturaleza tan vibrante y sensitiva. Esos arrebatos eran indispensables en aquel genio que vivía como un volcán en perenne erupción. La obra del destino es completa. Yo estoy convencido de que si Beethoven no hubiese sido irascible y sordo, el mundo no tendría hoy una *Sinfonía coral*, una *Misa solemne* ni un *Cuarteto de retazos*... No es callándole sus errores, sino explicándonoslos, que nos podamos dar verdadera cuenta, sin engañarnos, de la grandeza de un genio...

Evidentemente que el alma del compositor, por extraña coincidencia del arte y del destino encarnaba la apacible bondad de Leonardo junto con la fogosa irascibilidad de Miguel Angel. Al contrario de este último, cuyo mal humor era crónico, en Beethoven los arrebatos eran siempre fugaces y seguidos de la más apacible bonanza. Porque Beethoven jamás conoció el rencor, ni supo de la venganza, lo que demuestra que sus violencias no eran hijas de una naturaleza perversa, sino síntomas de una condición temperamental dominada por causas orgánicas. Una prueba de ello la tenemos en el siguiente caso, que no es sino ejemplo de muchos otros: Beethoven acusó de liviana —probablemente con razón— a una cuñada que tenía, a la que le quitó su único hijo Karl, sobrino del músico. No contento con quitarle el hijo, prohibió a la madre que lo viera o le hablara, y para hacer legal esa prohibición, emprendió un largo y penoso proceso por los tribunales. Cuando, al fin, los jueces fallaron en favor del músico, éste exclamó enternecido: «Después de todo, madre es siempre madre», y no solamente permitió que el hijo visitara a la madre, sino que le dió a ésta dinero para que pagara sus deudas. Comentando este incidente, dice el doctor Weissenbach: «Si el cielo no hubiese dotado a Beethoven con otra cosa más que con su enorme corazón, ya ello habría sido suficiente motivo para que muchos tuviéramos que venerarlo.» Este suceso nos recuerda el de Spinoza, a quien sus dos hermanas despojaron de la mísera herencia que le dejara el padre. Spinoza apeló al tribunal, ganó el pleito, y les entregó luego lo que legalmente le correspondía a él a sus dos hermanas, dándoles así una lección...

Son estos nobles rasgos los que debería siempre recordar la Historia. Desgraciadamente, la diatriba, para darse importancia, suele presentar de bulto los pecadillos de todo hombre eminente, como en el caso de Beethoven. Igualmente la pedantería barata, con el mismo fin, anda muy preocupada descubriéndole plagios a un músico a quien, con más razón que a ningún otro, se le podría aplicar también aquello de que «no tuvo a quien imitar, ni ha tenido quien le imite»...

Esos pedantes, a fuerza de indagar, al fin descubrieron que el *Allegro final* de la *Sinfonía en Sol menor*, de Mozart, comienza con siete notas que, cambiadas de tono, de compás, y agregándoles dos notas más, tienen gran parecido a las nueve notas con que comienza el *Trio* de la *Quinta sinfonía*, de Beethoven. Obsérvese que son nueve notas que se tocan en pocos segundos incrustadas en una sinfonía que dura más de media hora. Agréguese a ello que los mismos que acusan a Beethoven de este plagio admiten que la presentación que hace el maestro de esas siete notas es siete veces más elocuente que la original de Mozart, y se verá que, en todo caso, lo que hizo Beethoven no fué sino corregir a Mozart en dicha frase musical.

Para ilustrar mejor este pretendido plagio a los lectores hispanos voy a citar a continuación lo que dice Rafael Calzada referente al Gran Almirante: «Colón fué grande en sus sufrimientos, grande en su reverencia, grande hasta en las humanas flaquezas; grande en todo.» Compárese ahora este párrafo con el tan conocido con que comienza José Enrique Rodó su ensayo sobre Bolívar, y tendremos una idea de la diferencia que hay entre el citado pasaje de Mozart y el de Beethoven. Si Rodó plagió allí a Calzada, lo sensible es que no hubiese plagiado de ese mismo modo toda la obra del escritor español...

En música, como en literatura, el arte consiste en saber combinar notas o, respectivamente, palabras; mas unas y otras son indispensables, y suponer que dos o tres notas o palabras en combinación parecida a la de otro puedan constituir plagio es, no ya pedantería, sino majadería. Por otra parte, si es aceptado en literatura poner una frase ajena entre comillas, aunque se omita el nombre del autor, lo mismo debería pasar en la música; pero aquí ya sabemos que no se pueden usar comillas, ni menos citar autores...

Los pedantes, empeñados en encontrarle a Beethoven algún plagio, se han quedado con tres palmos de narices desde que se descubrieron los borradores del compositor, pues dichos borradores nos han revelado que Beethoven componía como un pintor, trabajando en su cuadro, es decir, que una cosa era el esbozo y otra la obra terminada. Esto significa que cuando hay dos o tres notas de Beethoven parecidas a las de otro compositor, no lo eran en el original, lo que quiere decir que el parecido se formó espontáneamente y que era, por lo tanto, casual...

Finalmente, el significado de la palabra plagio es la copia torpe de otra cosa; pero cuando se hace uso de los elementos de una frase musical o literaria para expresar la misma idea en una forma más bella y elevada, entonces no se puede hablar de plagio. Nadie hay que haya extraído más material literario ajeno que Shakespeare, y sería blasfemia acusar de plagiarlo a

un genio que del barro de otros creó obras inmortales como *Otelo*, *Romeo y Julieta*, *El mercader de Venecia*, etc.

Si Beethoven plagió a Mozart, por haber utilizado las referidas siete notas para elevarlas en belleza y en elocuencia, parafraseando lo que dije antes de Rodó, podría agregar también que lo sensible es que Beethoven no hubiese plagiado del mismo modo todas las obras del autor de *Las bodas de Figaro* y de *Don Juan*...

Según dijimos, el mayor cargo que a su conducta ha podido hacer la Historia al músico es que éste, después de haberse ganado unos 7.000 florines con unas composiciones en los últimos años de su vida, continuase viviendo y clamando como pobre, atendido a que siendo ese dinero patrimonio de su sobrino Karl, era intocable.

Asimismo, el mayor cargo artístico que la crítica sería ha podido hacer a Beethoven, es que este eterno enemigo de la música barata —que es la que más caro se paga—, apremiado por la necesidad de hacerse con algún dinero, conviniere una vez en componer una pieza de encargo para conmemorar el triunfo de Wellington en Vitoria, y a la que dió el rimbombante título de *Sinfonía de las Batallas* (Op. 91). Mas esa obra —la más floja de todo su extenso repertorio— y calificada muy acertadamente por el propio autor de ser un *estúpido disparate* (*eine dum-mheit*), le produjo abundancia de oro y fama, pues el público vienés la celebró hasta el delirio... Y esa composición mediocre, popular, y, por lo tanto, muy digna de un Verdi, fué precisamente la causa principal de que Beethoven pudiese haber acumulado los 7.000 florines de que hablamos en el párrafo anterior...

Una de las cosas que hay más que admirar en Beethoven es que éste, a pesar del dinero y de la celebridad que le aportó la *Sinfonía de las Batallas*, no se hubiese resuelto a prostituir su arte componiendo más música mediocre, sino que mostró amor al arte y fuerza de voluntad suficientes para no componer sino música buena. En otros términos, él sacrificó su conveniencia material del momento, muriendo pobre, para dotar a la posteridad del caudal más inmenso de bellezas que jamás haya producido un solo hombre...

Con Beethoven, la diatriba fracasó estrepitosamente al tomar su vidrio de aumento para mirar por él los pecadillos —morales y artísticos— que pudieran caber en aquel hombre extraordinario. Porque esos pecadillos desaparecen hasta lo infinito al ser comparados con aquel enorme corazón, y aun más enorme genio creador...

Los conos eugénicos AZCON

son de máxima eficacia y seguridad, sabiéndolos usar debidamente (siguiendo las instrucciones del prospecto que acompaña a cada caja).

Caja de 12 conos, 6 ptas.
A reembolso, 6'50 ptas.

Consejos útiles para el salvamento de ahogados

Está próxima la temporada de los fuertes calores y la mayor parte de la gente estará ya pensando cómo y dónde pasar el verano lo más fresca y tranquilamente posible. Unos estarán pensando en el color y en la forma del traje de baño que han de llevar; otros, consultarán guías y folletos buscando una ciudad de verano con casino, reuniones y toda clase de molestias; los que verdaderamente veranean —que son los menos— buscarán un pueblecito apartado y con playa poco concurrida, donde bañarse y tomar el sol sin que nadie les moleste, y otros, en fin, los que aun no saben nadar, quieren aprovechar estos últimos meses de estancia en Madrid para asistir a una piscina y aprender a nadar, para que, si van a algún puerto a veranear, no se les tache de «terrestres».

Esto es lo que pudiéramos llamar la preparación individual. Pero, desgraciadamente, pocas, muy pocas personas, se preocupan de aprender algo que pueda ser de utilidad al prójimo en los casos de peligro, y a esto es debido que todos los veranos se registren numerosos accidentes, la mayoría evitables, por la creencia general de dar por sentado que una persona que ha permanecido durante varios minutos en el fondo del agua, y es extraída a la superficie, aparentemente muerta, ya no puede ser vuelta a la vida, cuando en realidad, sabiendo practicar un buen sistema de respiración artificial, se puede volver a reanimar a personas que han permanecido diez o más minutos sumergidas.

Por esto queremos dar a conocer el método del doctor Schaefer, método sencillo y de resultados tan sorprendentes, que ha sido adoptado

por la Real Sociedad de Salvamento de la Gran Bretaña.

Este método tiene la ventaja sobre los demás de que se coloca al paciente boca abajo, por lo cual puede ser practicado por una sola persona, registrándose muchos casos de salvamento de personas que fueron «realmente resucitadas», algunas de ellas después de haber pasado una, dos y más horas sin dar señales de vida.

La gran ventaja del método del doctor Schaefer reside en que se utilizan los órganos situados debajo del diafragma para levantar el mismo, lo que hace que los pulmones sean vaciados sin ningún perjuicio para ellos.

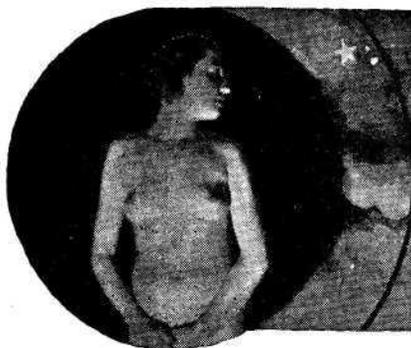
Haciendo presión a razón de dos veces por minuto, con el método Schaefer, nos da 6'240 centímetros cúbicos de aire espirado y la misma cantidad de inspirado, proporcionando mayor volumen de aire por minuto que la respiración normal, lo que prueba concluyentemente que este sistema es el mejor sustituto de la respiración natural.

Hasta que este método fué creado, se suponía generalmente que una vez que el agua llenara los pulmones, el caso podía considerarse fatal. Sin embargo, se llegó a comprobar que la invasión de los pulmones por el agua no era peligrosa, comprobación que costó siete años de experiencias en salvamentos de este género. Entre estos casos puede citarse el de un hombre que cayó en un dique, permaneciendo en el agua más de veinte minutos antes de que fuera sacado a la superficie. Inmediatamente se colocó al sujeto con el estómago sobre un barril común, haciéndole rodar suavemente hacia adelante y hacia atrás, mientras se sostenía en alto la cabeza del paciente. El agua salía por la boca a cada movimiento del barril y la cantidad que arrojó parecía mucho mayor de la que un estómago normal podría contener, lo que hizo suponer que todos los conductos abiertos del organismo estaban invadidos por el agua. El sujeto estuvo recobrado completamente en treinta minutos, aunque en casos semejantes la acción de la respiración debe ser prolongada por tres o más horas.

La importancia de este sistema radica en que la acción se efectúa sobre el diafragma. Como se sabe, este gran músculo es el que pone en movimiento a los pulmones; por lo tanto, si se paraliza por tres o más minutos, al privar de aire a los pulmones, la vida puede cesar. De modo que resulta de vital importancia poner en



Posición del paciente y del salvador



Dr. Félix Martí Ibáñez

Consultorio psíquico-sexual

PREGUNTA (resumida): *Doctor Martí Ibáñez: Si es que usted lo cree de interés, ¿podría resolver el problema psicólogo-sexual del cual fui protagonista hace unos meses y que desde entonces me viene obsesionando? El caso fué como sigue: Yo soy un hombre sano y normal, de veintinueve años. Tengo muchos amigos y entre ellos he tenido uno con el cual la amistad era sólida y firmemente asentada. El es un hombre de unos treinta y cinco años, normal en su apariencia, aunque con rarezas de carácter. A instancias suyas comencé a ir a su casa por las noches, para conversar. La amistad se hizo también excelente con su mujer, que es una robusta joven campesina de veinticinco años, cariñosa y apasionada. Un día tuvo él que ausentarse de su hogar y nos dejó conversando a su mujer y a mí. Otro día se repitió eso, y así varias veces. Ella empezó a confiarme sus cuitas sin yo pedírselo, y me contó que mi amigo la trataba con indelicadeza, la insatisfacción sexualmente y la obligaba al coito interrumpido, lo cual la tenía a ella en constante excitación y nervosismo. Yo soy*

un hombre honrado, y al iniciarse las confidencias quise marcharme. No me dejó hacerlo y sin saber cómo y a disgusto mío (tenía remordimientos) comenzamos a tener relaciones íntimas en ausencia del esposo. Lo que más me extrañaba era que me parecía a veces que, aun sospechando algo, él no tenía cuidado en marcharse y facilitarnos oportunidades. No sé porqué lo hacía, pero puede usted creer que es verdad. De pronto corrió por todo el pueblo la noticia de nuestras relaciones, y entonces él, avisado por sus amigos de lo que se sospechaba, desapareció un día del pueblo sin que hayamos vuelto a verle. Yo no me expliqué nada de aquello y he pensado en qué pudo ser. ¿Podría usted darme una luz sobre este misterio psicosexual, con su intuición de costumbre? Se lo agradecería infinito.—Uno que tiene remordimientos (A. F.). Coruña.

RESPUESTA: El novelista que imagina fantasías irreales mediante las cuales plasmar en sus cuartillas la bruma de intrigas de una novela, queda anulado por las complejidades de la vida

seguida en práctica el sistema Schaefer, pues es la única forma segura de poner en movimiento al diafragma, teniendo presente que cada segundo significa una hora cuando el diafragma está paralizado, y que a menos que la inmediata asistencia restablezca la respiración, el paciente morirá.

El paciente se coloca sobre el estómago. El lado izquierdo de la cara apoyado sobre el dorso de la mano izquierda, de manera que ni la boca ni la nariz toquen el suelo. La mano derecha se llevará hacia adelante por encima de la cabeza.

Así colocado el paciente, comienza la acción del salvador: primeramente hará un sondeo de la boca, con el dedo, para limpiarla de mucosas, tabaco, goma o dientes postizos, que puedan interrumpir la respiración.

El operador se colocará de rodillas, poniendo éstas a cada lado de los muslos del paciente, las manos sobre las costillas flotantes, con los dedos hincados alrededor del cuerpo, teniendo cuidado de no tocar la espina dorsal y de no hacer presión sobre la pelvis. Los pulgares, apuntando hacia la cabeza del ahogado, lo cual ayuda al operador a mantener los brazos bien derechos, pues de ninguna manera éstos deberán doblarse, ya que entonces la presión no descansaría por completo sobre las manos. En la posición indicada, se hace presión cargando el cuerpo sobre los brazos, aumentando la presión gradualmente

—sin hacer presión bruscamente— hasta completar tres segundos de presión vertical, esto para la respiración; luego se retira de repente el peso del cuerpo que descansa sobre las manos, pero sin separar éstas del cuerpo del paciente para evitar una acción espasmódica. Debe tenerse especial cuidado de no realizar los movimientos ni demasiado rápida ni demasiado lentamente.

La presión y el aflojamiento de la presión no deberá durar más de cinco segundos. Es decir, hágase oscilar el cuerpo hacia atrás y hacia adelante, apoyándose en las manos, a razón de doce a quince veces por minuto, sin ninguna pausa muy marcada entre un movimiento y otro.

En ningún caso deberá renunciarse antes de que haya transcurrido una hora de estar efectuando la operación, pues se ha dado el caso de haber devuelto un hombre a la vida después de dos horas de trabajo continuo e ininterrumpido.

La acción debe ser inmediata. En algunos casos se ha trasladado un pseudo ahogado a un hospital o a su casa, antes de intentar la acción para tratar de volverlo a la vida.

Esto es un error muy grande, pues la acción, en cualquier caso, debe comenzarse tan pronto como el paciente es sacado del agua y emprender la operación en el sitio más cercano que se encuentre, donde pueda hallar el cuerpo la posición necesaria.

misma. El médico psicólogo asiste, en calidad de espectador de conflictos, a una pugna de intrincadas fuerzas anímicas, a un tal forcejeo de tendencias psíquicas que superan con mucho a las que pudiera imaginar la más exaltada imaginación.

No existe novela más enigmática que la que va escrita en el alma de cada mortal, esa novela que a veces no llega a vivirse, pero que va desarrollándose en medio de dramáticas contorsiones en el espíritu de los humanos. No precisa inventar novelas: basta con asomarse a ese limo caótico que existe en la zona profunda del alma para encontrar en el barro cenagoso de tendencias antisociales y amoraes, la sierpe y el sapo de un pavoroso conflicto.

Allí, en el fondo del espíritu se incuba el drama psicológico, a veces lentamente. De súbito, un incidente cualquiera pone en marcha aquellas palancas psíquicas, afloja los resortes anímicos en tensión, y entonces, disparándose el conflicto, se exterioriza en forma de reacciones vitales, que resultan incomprensibles para quien las contempla desde fuera, sin ocurrirle mirar la génesis de las mismas dentro del alma humana.

Usted, vaya por delante esta afirmación, no ha sido el protagonista del caso que me relata. Usted y la esposa de su compañero fueron simples comparsas en aquel drama escénico, que tenía a su amigo como única primera figura y director. El problema psicosexual es de él y no de usted, que ha sido tan sólo actor incidental en un drama que no ha terminado todavía y del cual sólo conoce usted un episodio.

Esta reversión del caso que yo le indico ya nos permite plantearlo de modo tal que resulte facilitada su interpretación. Fíjese bien, su *interpretación*. Mi papel en esta sección no es descifrar enigmas eróticos ni solucionar imposibles. Aspiro a mucho menos y, a la vez, a mucho más. Mi deseo es orientar a quien camina a tientas por los valles del amor, del sexo y del espíritu, y hacer de la Psicología una ciencia de aplicación directa, gracias a la cual recuperen su sendero mis hermanos proletarios que lo hubiesen extraviado.

Para comprender el papel que ustedes tres —marido, mujer y amante— juegan en el caso, precisa, ante todo, valorar la personalidad del esposo protagonista, en función de los datos que conocemos:

1) Es un excelente amigo en apariencia. 2) Es un mal marido, que humilla a su mujer. 3) Sexualmente resulta un insuficiente, que practica el *coito interruptus* y, además, deja insatisfecha a su mujer. 4) Procura establecer una relación entre su mejor amigo y su esposa, facilitándoles las ocasiones de incurrir en adulterio. 5) El se coloca, en cuanto tiene la certidumbre de la infidelidad, en un discreto segundo plano. 6) En cuanto la gente del pueblo se entera, desaparece súbitamente por el escotillón, llevándose a su esposa.

He aquí las piezas sueltas del mosaico que debemos reconstruir, uniéndolas mediante un cemento psicológico. Aprovecho la oportunidad para dar un consejo a todos los interesados en solucionar problemas psicológicos. Tres etapas debe seguir esa investigación: Planteamiento claro del caso y *valoración* de los datos (destacando, en puntos concretos, los factores de interés y

despreciando de momento los demás); agrupación de estos factores en juego, en *momentos* psicológicos del problema, y establecimiento de una *continuidad* psicológica y una lógica ilación entre los mismos.

Freud y su escuela (aunque yo diste muchísimo de ser un freudiano ortodoxo, pues me identifico más con la postura de Jung, no por eso rechazo totalmente sus doctrinas) nos han mostrado las consecuencias que tiene para un hombre la persistencia del «complejo de Edipo», más allá de la pubertad. Dicho complejo, como sabe casi toda persona culta, consiste en que el niño, en las primeras etapas de su formación psicosexual, localiza el objeto de su amor en su madre, a la cual desea, odiando al padre, en el cual cree ver un rival interpuesto entre él y sus ansias eróticas. El conflicto es totalmente trascendido, y entonces la libido se orienta hacia otros objetos de amor, lejanos ya de la madre. En ciertos casos el complejo no es superado, y el adolescente o el hombre adulto experimentan un infantilismo psicosexual, una forma de neurosis, consistente en reaccionar ante los problemas sexuales con arreglo a aquel cliché del «complejo de Edipo», aplicando la fórmula del mismo a todas sus relaciones eróticas.

En tales circunstancias un hombre o derivará hacia la timidez (al no hallar una mujer equiparable a la imagen erótica materna, que tan profundamente grabada está en su espíritu) o si se casa se comportará como un neurótico y un insuficiente sexual, ya que para él su esposa no será nunca el objeto de su libido, sino un ser del cual se deseará huir por una parte (actitud típica de *fuga* del neurótico ante el problema sexual) y humillar por otra, para así asegurarse una ficticia sensación de superioridad sobre la persona afendida.

Tal es, en principio, la posición de su amigo. Víctima de un «complejo de Edipo» mal superado, practica una venganza erótica sobre su mujer, dejándola en el estado de angustia a que conduce la insatisfacción sexual.

Por otra parte, siempre temeroso («escurridizo», según la terminología psicológica alemana), practicar el *coito interruptus* implica para él no entregarse a ella por completo, retirarse antes del éxtasis final y así ser consecuente a esa norma de continuas fugas, que caracterizan el neurótico sexual.

Para un hombre en tal situación psicopatológica la amistad es, desde luego, una válvula de escape a sus torturas morales y, a la vez, un modo de fortificar su personalidad, mediante el armazón de acero de una buena camaradería. El se capta la amistad de usted, pero, más adelante, empiezan a jugar en él otras fuerzas: Por una parte, al no haber localizado su amor en su esposa y tener flotando ante sí la imagen edipiana de la madre que le impide localizarla en otra mujer, lo que hará es acusar impulsos homosexuales. Sin embargo, su moralidad, su censura psíquica, le impide exteriorizarlos, y entonces él lo que hace es *buscar una satisfacción a los mismos, estableciendo una relación indirecta entre él y usted, mediante la persona de su esposa*. La inducción descarada al adulterio que por parte de él se verifica hacia ustedes dos, representa la búsqueda de un vehículo intermedio entre él y usted, que será la esposa. De este modo el adulterio le facilita a él la liberación de tendencias

homosexuales y una práctica de homosexualismo psicológico, al ligarlo a usted a su esposa, con la cual lo está él también. El adulterio provocado tiene aquí una finalidad homosexual por parte de él, representa para la esposa la consecución de una satisfacción erótica, que en su matrimonio no logró, y para usted un episodio sexual en el cual le envuelven redes lanzadas por una mano que usted no pudo adivinar.

Pero es que existe otra motivación todavía del adulterio, y es la de que, como Otto Rank ha demostrado en varios casos, el marido burlado (por su propio e inconsciente deseo) satisface así la fantasía reprimida del «complejo de Edipo».

Si él, de pequeño, soñó con penetrar en el seno de un matrimonio (el de sus padres) y cometer adulterio con la madre, ahora, en su propio matrimonio, identificándose homosexualmente (psicológicamente, claro está) con usted, satisface aquel deseo reprimido en su infancia, al permitirle a usted introducirse en su matrimonio.

Si este mecanismo psicológico no lo comprende usted bien, se lo compararé al que se desarrollaría en un niño que de pequeño reprimiese sus ansias de ser ladrón y llegase a adulto con aquel deseo. Si ese hombre no podía robar (por no atreverse) una cosa ajena, llegaría a facilitar o inducir a entrar a saquear la suya —existen casos— a un amigo, para de ese modo, identificándose psíquicamente con él, satisfacer sus impulsos de robo invirtiendo el desarrollo de los mismos. O sea: en vez de entrar él a robar en casa extraña, hacer entrar a otro en la casa propia.

Eróticamente, el impulso infantil del adulterio no realizado es así puesto en práctica por el adulto, induciendo a otro a realizarlo en su propio matrimonio.

Pero apenas su amigo se da cuenta de que el pueblo está enterado de todo, flamean en él los gallardetes del amor propio y la dignidad, que su infortunio erótico no cosiguieron enarbolar. Entonces desaparece del pueblo para evitar ese escándalo al que tanto teme el neurótico. Y como su conflicto psicoerótico sigue en pie, el drama continúa. Usted fué un comparsa, un simple episodio, un actor esporádico de esa trágica ruta de humillaciones que seguirá ese matrimonio.

Deduzca para usted de este trance la cautela y la serenidad que le orienten mejor otras veces. Y compadézcalos a los dos. Al infeliz neurótico que recomenzará en otro pueblo el mismo episodio que aquí, y seguirá tejiendo el lienzo de sus amarguras. Y, sobre todo, compadézcala a ella, la desgraciada exilada del amor, condenada a vagar por la tierra unida a un yugo humillante, desgranando el rosario de sus amarguras eróticas; hasta que un día aquel lazo se rompa y se abra ante ella el abismo de la suprema degradación o acaso un amor que la redima de su trágico pasado.

PREGUNTA: *Yo no soy más que una inculta chica madrileña, pero a pesar de ello leo, releo y admiro su labor artísticocientífica en ESTUDIOS. Por eso me atrevo a dirigirle una pregunta vulgar, que tal vez a pesar de serlo encaje en su sección. Hace dos años que tengo relaciones con un muchacho oficinista, que profesa mi misma ideología. Tenemos ambos veintiséis años, sanos, afines moralmente, enamorados,*

pensamos unirnos cuando las circunstancias económicas lo permitan. Física y mentalmente existe absoluta compenetración, y sin embargo... Sé que mi novio es incapaz de serme infiel, no por puritanismo estúpido, sino por respeto y lealtad a mi cariño; pero lo cierto es que apenas ve, o habla, o se relaciona amistosamente con una mujer, en seguida le veo desplegar toda su cultura, su ingenio, su habilidad para atraer el interés de ella, realizando un esfuerzo mental que salta a los ojos para hacerse agradable a toda mujer nueva para él. Y lo más extraño es que no lleva ninguna finalidad posterior, pues minuto que tenga libre es para mí, o sea que ese afán suyo irreprimible de destacar ante toda mujer, de atraer la atención de ella y de interesarse a su vez él —aunque sólo la haya de ver unos instantes y nunca más la tenga que encontrar—, es algo que parecería erotismo si él fuese un donjuán, pero no lo es, o que parecería vanidad a no ser, en realidad, un chico modesto. Desde hace un año que esta tendencia se acentúa y, además, muestra menos interés por mi atractivo físico, que tanto le seducía antes. Todo esto a pesar de seguir enamorado. Yo le quiero a él y sólo deseo que usted me indique a qué obedece este fenómeno vulgar, si usted quiere, pero desesperante para mí y creo que para muchas en mi caso. Por lo menos tendré el consuelo de comprender su conducta, y acaso usted, que es tan noble amigo de las mujeres, pueda orientarme en mi obsesión.—Una madrileña enamorada (P. S.). Chamberí.

RESPUESTA: En amor no existe nada vulgar. Los hechos más nimios, las incidencias más triviales, responden siempre a procesos profundos, a corrientes psicológicas que fertilizan la vida de una persona y son las productoras de aquellas eflorescencias superficiales que constituyen las aparentes vulgaridades del amor. Y así como pequeñas desviaciones de la aguja magnética avisan al navegante de la proximidad del tornado pavoroso que zarandeará su nave, también trivialidades amorosas anuncian en ocasiones que bajo la leve cutícula de un idilio amoroso bullen las fuerzas destructoras del mismo.

Pero tranquilícese, amiga mía. Si en sus amores existe algún riesgo, no es mayor que el que pueda amenazar a cualquier pareja de las que más felices se creen.

Los sexólogos alemanes han descrito una variedad de psiconeurosis leve, denominada *erotomanía*. En su forma más atenuada consiste en el deseo irreprimible de muchos hombres (¡no confundir con el donjuanismo, que posee muy diferente categoría psicológica!) de hacerse interesantes a toda mujer que conozcan por vez primera.

No es el equivalente de la coquetería femenina, sino algo más entrañable y enraizado en el espíritu varonil: es una mezcla de sexualidad mal especificada y de complejos de inferioridad, que le impelen a buscar una compensación destacando sobre las mujeres. Son arqueros faltos de blanco, que apuntan sin disparar a toda mujer nueva para ellos.

Mas sin necesidad de llegar a la erotomanía, en el terreno normal del amor podemos encontrar análogos hechos.

La evolución psicológica del amor puede sintetizarse en una ininterrumpida serie de «cris-

talizaciones» sentimentales (tal como presintió Stendhal) en torno al eje de la persona amada. Paralelamente se realiza un peregrinaje espiritual, un vagabundo lírico alrededor del espíritu de nuestro objeto de amor.

Del mismo modo que en la esfera plástica el éxtasis amoroso viene precedido de una fase preparatoria, dedicada a escarceos eróticos, así en el amor espiritual la plena identificación psíquica va precedida de un período (la amistad amorosa) en el cual el varón y la hembra atisban ansiosamente desde los ventanales de su relación el paisaje anímico de su oponente amoroso, que se les muestra pleno de sorprendentes revelaciones.

El transcurso del tiempo opera una serie de mutaciones sobre la dinámica del amor. Como quiera que éste es una proyección de nuestras propias vivencias amorosas sobre un objeto de amor al cual invertimos de toda clase de perfecciones, reales o figuradas —pero que para los ojos del enamorado tienen existencia positiva—, con el tiempo muchas veces el maniquí femenino sobre el que vestimos nuestras ilusiones se nos va mostrando como es realmente, mejor o peor de lo que lo supusimos, pero en todo caso desconcertado con el armazón lírico que un día le encasquetamos. Y eso es causa de que perdamos el amor, y otras veces, sin llegar a ese extremo, nos aleja mentalmente de la persona amada. Fíjese bien, amiga mía, en la sutil complejidad de este *tempo* psicológico. Puede subsistir el amor, el ansia irrefrenable de identidad y pasión con la persona amada, pero al mismo tiempo puede haberse extinguido o amortiguado la inquieta curiosidad que hacia el conocimiento profundo de aquella persona experimentamos en un comienzo.

Análogamente a los montañeses que amando a su tierra, estando atados con lazos cósmicos al pedazo de terreno donde nacieron gustan, sin embargo, por serles aquella tan conocida (y tan amada por lo mismo), escalar cada día nuevas cimas, así puede un enamorado conservar vigoroso el antiguo lazo y, sin embargo, dirigir su curiosidad, su inquietud, su interés anímico hacia las mujeres nuevas en su senda vital. Ser explorador de almas (ya que no lo es en un sentido estrictamente físico su novio, al parecer) implica usar de todos los recursos para satisfacer esa curiosidad. Y como la mujer posee la característica de su hermética intimidad espiritual (en contraste a la esencia teatral del alma masculina, que ya voceaba Ortega y Gasset), que no se abre más que ante el varón que consiga interesarla, de ahí que el hombre curioso de personalidades femeninas se esfuerce por ser interesante a los ojos de toda mujer que le inquieta. Ante esa rubia mocita que marcha espigada, rezumando Primavera por todos sus poros; ante la morena de perfil hebraico en cuyos ojos se pintan estampas de bíblicos rebaños; ante cualquier mujer que cruza por su camino, ciertos varones sienten la necesidad de destacar y atraerse su atención, para que bajo el suave rocío de sus palabras se abra la rosa fragante del alma de aquella mujer.

Pero, ¿a qué obedece eso?, se dirá usted, angustiada ante lo que pueda parecerle un donjuanismo sentimental. Sencillamente, a que su novio (podría también hablarse en general) posee en un principio un potencial anímico de curio-

sidad enfocada hacia usted. Fué la primera fase, la preamora, en la cual la dama es una flor en la que liba la inquieta abejilla del interés de su amado. «Rosas picadas de insectos», que dijo Verlaine, el magnífico cantor del amor sensual.

Al correr inacabable de los días —¡atención, que aquí está el secreto!— *él llegó a conocerla a usted espiritualmente demasiado*. Y así como existe un hastío sexual de la carne demasiado familiar y excesivamente degustada, también la plena sumisión espiritual, la total y continuada lectura de un alma sin secretos ni enigmas llega a veces a provocar esa sensación de posesión espiritual que impele al propietario a buscar otros parajes anímicos más atrayentes por lo desconocidos.

Sí. En amor la sinceridad, la nobleza, la lealtad mutua es una clave básica para la perfecta marcha del mismo. Pero igual que una mujer renueva sus atractivos físicos en el matrimonio mediante los cien mil recursos que la moderna alquimia cosmética le proporciona, así también espiritualmente debe una mujer renovarse si no desea ver escabullirse de entre sus dedos el plateado pececillo del interés de su enamorado.

No debe interesar tan sólo conservar el amor, sino también la fascinación espiritual. Un hombre desinteresado psíquicamente de una mujer está al margen de desligarse también amorosamente.

Si su novio (¿cuántas lectoras no estarán en el mismo caso?) muestra hacia las demás demasiado interés, es porque usted no atrae su curiosidad y, por tanto, tampoco siente él la necesidad de desplegar ante usted los batallones de sus atractivos psicológicos. Los hombres no valoramos sólo los atractivos eróticos o sentimentales de una mujer; tanto o más que eso (y ello en razón directa al grado de evolución espiritual de un varón) apreciamos aquel secreto aliciente espiritual, aquel «ello» de ciertas mujeres que, en último término, posee el atractivo de ser una intimidad espiritual desconocida que nos fascina más que la que ya se conoce tanto.

El modo de cortar en seco este peligroso terreno sobre el cual resbala su novio es renovarse usted espiritualmente, ya que conservando el amor de él aun es más fácil la reconquista de su interés.

Y el mejor medio de lograrlo es demostrarle que aún no la conoce a usted del todo, que posee usted parcelas en el jardín de su alma no cultivadas por el azadón lírico de su enamorado. Estudie las aficiones de él, sorpréndale en cierto modo mostrándose capacitada para acompañarle en nuevos senderos espirituales, con lo cual él volverá a verla a usted tan interesante como antes.

No olvide estas normas psicológicas en esta su tarea de destrucción del donjuanismo sentimental de su amado: Un modo de interesar es no fatigar nunca. Dejar siempre.—como hacía Voltaire en sus escritos— la impresión de que no hemos llegado al límite de nuestras posibilidades. No agotar en ningún momento la capacidad sentimental y espiritual de usted en sus relaciones.

Dejar entrever que se detiene en un momento dado, con lo cual restará en el otro la inquietud de conocer lo que resta. Excuso decir que no debe llegar nunca ese momento triste en que un amante se convence de que ha vaciado los odres



El Bien y el Mal

Luis Bonilla G.

Tout es bon sortant des mains de la Nature», dijo Rousseau, en contra de las teorías de celebrados pensadores. Pero he aquí que el hombre ni es bueno ni es malo de nacimiento: es simplemente un animal, no vamos a decir racional, sino más evolucionado, producto de la herencia y del medio ambiente en que se nace, se desarrolla y desaparece con arreglo a las tres funciones imprescindibles de todo ser, pues la vida no es sino una reacción organizada y compleja al ambiente. Al llegar a este ambiente, el hombre empieza a formar en relación a sus emociones agradables o desagradables aquello que va constituyendo su propia historia, es decir: su carácter; y, según la manera que tenga de reaccionar a esas impresiones o de adaptarse así los elementos constitutivos de ese mismo ambiente, le calificarán jactanciosamente de hombre malo u hombre bueno. Pero los conceptos de bueno y malo no existen realmente: son una creación derivada de lo que conviene o no a una organización social; y, según sea la índole de la base de la organización

social, sea cual fuere, así serán aplicados los conceptos bueno o malo, es decir: conveniente o inconveniente socialmente considerado. Así, pues, si esa organización social tiene su base sobre el sentimiento de propiedad y analizamos cómo los factores acaudalados, por tanto, son los que crean los principios de moral, nos encontraremos con el problema presente, veremos cómo los conceptos del bien y del mal provienen directamente de esa moral de propietarios, los cuales han de tomar como bueno todo aquello que acreciente su propiedad o, al menos, no la amengüe, y por malo, todo lo que directa o indirectamente, material o espiritualmente contribuya a su amenguamiento o inestabilidad. Esta es la verdadera raíz de la moral por que nos regimos actualmente. Así, por ejemplo, el matar por defender el honor o la propiedad es algo considerado como la cosa más justa y absolutamente moral en comparación al simple hurto, consecuencia siempre de la necesidad que se considera como de los hechos más inmorales y deshonorosos, pues si el hombre tiene hambre y carece de lo imprescin-

espirituales de su amada y que a su lado ya no le resta sino la sed del aburrimiento.

Por otra parte, en vez de atosigar con celos que serían contraproducentes, sea comprensiva, mas haciéndole ver que lo que busca en otras —novedad espiritual—lo posee usted y que aun hay en su personalidad amorosa zonas inexploradas para él.

¿Cuál es el secreto de estas zonas? Quede ello para mi artículo, que prometo a mis lectores, sobre la psicología de la mujer interesante, tema fascinador, de más trascendencia de lo que podría creerse.

Entretanto, amiga mía, renueve ese poso de novedad que hay todavía en su espíritu y que comprenda su amado que si ya ha bebido sentimentalmente en la lírica copa de su amor, aun le falta lo mejor, el fondo de la copa, que es donde siempre se encuentra el azúcar.

PREGUNTAS

F. T. Sindicato Vidriero: Agradecido a su aportación. Entra en turno.

Enamorado Noreña: Muchas gracias por los datos que tan amablemente me facilita.

A. G. (veinte años). Mieres: Pida cuestionario.

J. Barceló. Elche: Pida cuestionario.

F. de Pedro: Cuestionario.

J. A. Alvarez «Silix». Granada: Cuestionario.

Una lectora de ESTUDIOS, Asturias: Cuestionario.

L. Ulterio: Cuestionario.

P. M. T.: Cuestionario.

Sapiencia: Cuestionario.

J. G. P. Alumbres: Cuestionario.

J. F. Calle Córcega, Barcelona: Cuestionario.

Feniz. Algemesí: Muy agradecido a su aportación. Ya daremos cuenta de ella.

A. M. Sabadell: Cuestionario.

dible mientras los demás nadan en lo superfluo debe, con arreglo a esta elevada moral, dejarse morir antes que amenguar en lo más mínimo la propiedad ajena. Y si el homicidio es considerado como delito incomparablemente menos deshonroso que el hurto, esto no quita que el comerciante, salvo raras excepciones, convierta su profesión en un medio lícito de robar descaradamente ante la indulgencia general, y la sociedad no sólo no lo considera deshonrado, sino como un estimado burgués que llega con esa estimación que le proporciona su capital, de tal manera adquirido, a ocupar incluso a veces un puesto en el Parlamento, constituyéndose como dirigente de esa sociedad egoísta que prefiere el homicidio al hurto y considera menos deshonroso concurrir a inmundos lupanares donde la juventud de todas las generaciones adquiere las lacras que han de heredar víctimas inocentes, a la libertad de amor.

Esta moral tan burguesamente llena del convencionalismo es la que presupone al hombre malo de nacimiento y bueno por la educación en la práctica de las virtudes por ella instituidos. Y en cuanto un nuevo ser llega al campo del sentir y del pensar empieza a forjar su carácter, la historia de sí mismo, como decíamos al principio, por los golpes de esa moral a la que se irá adaptando al unísono del tiempo o ante la que reaccionará en cualquier momento determinado. Ahora bien; si consideramos el concepto de lo malo como aquello que tiene por objeto final el sufrimiento ajeno, hemos de considerar que es precisamente esa moral la que vuelve malo al hombre obligándole a veces a reaccionar, podríamos decir biológicamente, a los embates de esos convencionalismos. Y recordemos aquí a Voltaire cuando dice en su *Diccionario Filosófico*: «El hombre no ha nacido malo; llega a serlo como llega a estar enfermo. Entonces unos médicos se presentan y le dicen: *Usted ha nacido enfermo.*» Y agrega Voltaire: «Los médicos que tal razonan sí que están enfermos ellos mismos.» Están enfermos, sí, de moral, tienen el microbio de esa moral que los hace dogmatizantes de la sinra-

zón, y se convierten en terribles portadores de ese funesto microbio que han adquirido víctimas de su trabajo continuo como lacayos del capitalismo. Estos son los que exclaman constantemente: «¡Sólo hay una moral!» La suya, naturalmente, con lo cual confirman que hay otras. Y, efectivamente, sólo hay una moral, o, mejor dicho, los principios que pueden ser aceptables universalmente, como aquellos que provienen del sentimiento de solidaridad humana, son los mismos en todas las morales derivadas de cualquier religión, pues en el fondo todas se unifican; así encontramos en las doctrinas de Buda, Jesucristo, Mahoma, preceptos muy aceptables de solidaridad. Pero la moral varía con la época, o, mejor dicho, se adapta a la época en que vive, porque de acuerdo con el antiguo precepto «¡Adáptate o perecerás!», que podemos tomar como ley, no podría subsistir. Este es el problema de la Moral con respecto a la colectividad y del individuo con respecto a la Moral: adaptarse o perecer. Si la Moral no se adapta al tiempo que vive la colectividad (aun sin dejar a veces de ser la misma) es desechada insensiblemente, porque ella ha sido creada para un fin utilitario; si el individuo no se adapta a la Moral, se rebela, se debate, pero, al fin, es la colectividad quien le crea un círculo que le ahoga poco a poco, porque la Moral es testafarro de la colectividad, que defiende sus intereses. Ahora bien; puede ocurrir que sean varios los rebeldes, los inadaptados; en este caso, se produce una escisión en la colectividad, frente a ella se alza otra colectividad que implica lógicamente otra moral, y entramos de lleno en nuestro problema mundial, en el problema político, social y económico. Izquierdas y derechas, trabajadores y capitalistas, librepensadores y tradicionalistas: dos morales, en fin.

Y de la lucha de esas dos morales se abrirá definitivamente la puerta de la evolución o sucumbiremos para siempre los que marcamos esa escisión en la colectividad de esclavos y en esa Moral arcaica y carcomida que nos recuerda siglos de intolerancia, de opresión y de incultura.

Notas administrativas

Por una demora involuntaria en la composición, hace unos números que no aparecen en la Revista los precios de suscripción,

demora que corregiremos en lo sucesivo.

Advertimos que la suscripción anual (no se admiten suscripciones por menos de un año) importa 6'50 pesetas, para España, Portugal y América, y ocho pesetas para los demás países.

Las suscripciones se pagan siempre por anticipado.



Advertimos también a los que envíen giros desde población distinta a la en que reciben la Revista, que deben avisar por carta a quién pertenece el giro, a fin de evitar errores.

Preguntas

Y

Respuestas

R. Remartínez

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158. —Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, calle de Salvador Seguí, 19.—No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección.—Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA: De un semivegetariano.

RESPUESTA: Puede esa fiebre que dice ocasionar su actual dolencia, pero, tanto para su pronóstico como para el tratamiento, siento no poderle orientar. Sería necesario reconocerle personalmente.

Respuesta colectiva sobre fimosis y cortedad de frenillo.

La fimosis, o sea la dificultad o imposibilidad de descubrir el glande por ser muy estrecho el orificio prepucial, es un defecto muy frecuente y debe ser intervenido en todos los casos, cuanto antes mejor, aun en la niñez, mediante la pequeña operación denominada circuncisión que es inocua, sencilla y sin el menor riesgo. Con ello se evitan muchas cosas; en primer lugar, la fimosis, determinando el acúmulo del esmegma en el glande es causa de prurito, de posibles inflamaciones y motivo ocasional de que los niños se hagan masturbadores; en segundo término, en un coito puede producirse el denominado parafimosis (inflamación del prepucio) que ha descubierto el glande forzadamente, no pudiendo luego subir y aprisionando aquél; y, por último, en el caso de una afección venérea, el padecer fimosis constituye un obstáculo para las curas. Por estas razones, y otras que aun podrían aducirse, es siempre conveniente que los individuos que padezcan fimosis se operen, y que los padres que observen en sus hijos tal defecto les hagan practicar dicha intervención.

En cuanto a la cortedad del frenillo, si no es excesiva, no suele tener inconvenientes ni producir molestias; pero si lo es incurvando el pene hacia abajo durante la erección, no sólo la estorba (y a veces la impide por ser dolorosa), sino que constituye una molestia para el coito. El tratamiento es cortar el frenillo, por manos peritas, con lo que todo queda subsanado.

PREGUNTAS: *¿Puede adelantarse el parto por el coito durante la gestación? ¿Es dañino para la embarazada tomar duchas de agua fría? ¿Se puede saber si el embrión es varón o hembra antes del parto?*—Pormediar

RESPUESTAS: A la primera: No es fácil que tal ocurra, pero puede ser, sobre todo si las excitaciones sexuales son intensas y repetidas. Además de dichas excitaciones hay que contar con el estímulo del pene sobre el cuello de la matriz y aun, en la posición corriente, con el factor presión del vientre que el hombre con su peso determina. Por todos estos motivos lo prudente, según ya he dicho otras veces, es abstenerse de toda relación sexual durante la gestación, por lo menos en sus últimos meses. Con ello se benefician la madre y el embrión.

A la segunda: Si la mujer no estaba previamente habituada a los baños o duchas frías debe abstenerse de tomarlos durante la gestación. En caso contrario, no hay el menor inconveniente en seguir haciéndolos.

A la tercera: De un modo seguro, no, sin recurrir a complicadas reacciones de laboratorio. Puede también deducirse a veces de la robustez del embrión (mediante una radiografía). Los demás signos vulgares, tales como la diferente forma del vientre, según que el feto sea varón o hembra (?), no tienen el menor valor. Si se quiere una certidumbre hay que recurrir a algunas modernas reacciones que existen para el caso.

PREGUNTA: De Dos lectores.

RESPUESTA: No hay inconveniente el tomar una ducha al salir del trabajo en las minas. Sobre todo, si salen sudorosos y el tiempo no es frío, pueden tomarla de agua natural fresca. Sólo en caso de que la temperatura ambiente sea muy fría (o si los individuos son débiles, sienten mucho el frío o reaccionan mal) deberá ser templada.

PREGUNTA: *¿Qué debo hacer y estudiar para ser un buen periodista?*—Aquilón.

RESPUESTA: Querido amigo, hay cosas que no se improvisan. Yo creo que un buen periodista no es sólo el que, por su actividad, dotes de observador y oportunismo consigue hacer interesantes reportajes. Si usted quiere referirse, como creo, a las cualidades necesarias para destacar con su pluma, esto es más difícil que lo anterior. Hay que tener, ante todo, una cultura general cuanto más sólida y amplia, mejor, y luego, hábito. Habilidad de dar forma a los propios pensamientos, pues no son raros los hombres de talento indudable que, empero, son premiosos de expresión y viceversa.

PREGUNTA: De J. B. L.

RESPUESTA: Debe usted iniciar ya la vida sexual activa. Los medios preventivos que indica son eficaces, desde luego, pero no olvide que la práctica profiláctica fundamental y más sencilla, siendo, sin embargo, efficacísima, consiste en darse una buena jabonadura de los genitales inmediatamente después del coito y tras de haber orinado. Con esto, siendo tan simple, se evitarían muchas enfermedades venéreas.

En cuanto al tratamiento de sus poluciones nocturnas (si es que continúan aún después de hacer vida sexual activa), debe pedir cuestionario si lo desea.

PREGUNTAS: *¿Qué es preferible, un diente de marfil o de oro? ¿Es perjudicial lavarse la cabeza con champú?*—Uno que le falta un diente.

RESPUESTAS: Mi desdentado camarada: Los dientes o piezas que se ponen en sustitución de los naturales no son de marfil, sino de una especie de porcelana. También se hacen y colocan de oro; depende la elección de la clase de pieza protésica. En ambas clases se hacen hoy día piezas perfectas que sustituyen completamente a las verdaderas y duran muchísimo.

A la segunda: No, señor.

PREGUNTA: *¿Qué libro me recomienda que traiga toda clase de recetas industriales?*—Un deportado de Barcelona.

RESPUESTA: Le recomiendo muy de veras la excelente obra *Recetario industrial*, de Hiscox y Hopkins, editado por Gustavo Gill, de Barcelona.

PREGUNTA: *¿Influye la dentadura de la mujer encinta en la constitución del feto?*—A. Torres.

RESPUESTA: Sí, señor; siquiera sea indirectamente. En primer término, porque con una dentadura mala o deficiente muchas veces la nutrición será defectuosa, y nutriéndose mal la madre esto puede repercutir en el embrión; pero además de esto, una dentadura cariada suele ser indicio de acidosis o de escasez de calcio, y en este caso podrá ser débil el feto, que no tendrá para la formación de su esqueleto las sales de calcio suficientes.

PREGUNTA: *¿Para qué es aplicable el cornezuelo de centeno?*—S. González.

RESPUESTA: El cornezuelo de centeno, su extracto o bien su principio activo, denominado ergotina, se utilizan como recursos estimulantes de las contracciones de la matriz en partos lentos o percosos, pero no está su empleo exento de peligros. También se usa la ergotina como medio hemostático para cohibir las hemorragias.

Sus otras preguntas ya han sido contestadas otras veces.

PREGUNTA: De Pérez Arste.

RESPUESTA: El remedio anticoncepcional que indica es eficaz e inofensivo.

PREGUNTAS: *¿Se puede corregir una nariz grande? ¿A qué obedece que una persona vea más con un ojo que con el otro?*—Agradecido.

RESPUESTAS: A la primera: Sí, señor. Hoy día se hacen

maravillas de cirugía estética y hasta se ponen narices o trozos de nariz mediante autoplastias e injertos de piel; lo mismo puede corregirse ese exceso de apéndice nasal.

A la segunda: Sencillamente a que el ojo que ve menos tiene algún defecto de refracción. El oculista tiene la palabra.

PREGUNTAS: *¿Qué medios emplearía para evitar a mis hijos todas las enfermedades? ¿Existe algún libro que trate de ello? ¿Cuál es el mejor purificador de la sangre?*—Guerrero.

RESPUESTAS: A la primera: Lo único que puede usted hacer es ponerlos en tales condiciones de resistencia y de vitalidad que los garantice relativamente contra toda incidencia morbosa. Y digo relativamente, porque, pese a todos los cuidados, no puede tenerse nunca (ojalá fuera ello posible) la seguridad absoluta de que jamás hayan de enfermar. Una alimentación racional, la vida sana e higiénica, el aire puro, el agua y el sol como compañeros inseparables: he aquí las mejores panaceas. Cualquiera libro de higiene infantil le podrá orientar y todavía mejor si elige algún tratado escrito por un médico naturista.

A la tercera: El mejor purificador de la sangre es... no necesitar ninguno por tenerla limpia de impurezas. Desconfíe usted sistemáticamente de los llamados depurativos, anunciados más o menos pomposamente, y que casi siempre limpian mejor el bolsillo del comprador que su sangre. Le repito lo de antes: una vida natural, activa e higiénica y una alimentación sana y vegetariana son los mejores medicamentos para mantener el cuerpo y los humores orgánicos libres de impurezas.

PREGUNTA: De María Mayoral.

RESPUESTA: Para igualar, no sé hasta dentro de qué límites sería ello posible, esa deformidad de los muslos, sólo habría un camino: el masaje, dado por persona perita, y acaso algunos ejercicios gimnásticos.

En cuanto a la supresión del vello superfluo, ya he dicho muchas veces que la total extirpación sólo se consigue con la electrolisis, pero que este recurso es sólo aplicable para el caso de ser solamente unos cuantos los pelos indeseables. Cuando se trate de vello abundante, no hay sino recurrir a los depilatorios, de efecto temporal, puesto que el vello renace, o, para evitar sus inconvenientes, a disimular simplemente el vello aclarándolo con repetidas lociones de agua oxigenada pura, que haciéndolo rubio, casi blanco, lo hagan menos visible.

PREGUNTA: *¿Cuáles son los peligros del aborto provocado?*—L. Macceira.

RESPUESTA: Los peligros inmediatos son, ante todo, la hemorragia, que puede ser tan copiosa que comprometa la vida, y también la retención de restos placentarios. Los peligros ulteriores consisten casi siempre en infecciones de la matriz por dicha retención de membranas o restos fetales.

El aborto de uno y aun de dos meses no suele tener consecuencias, siendo casi como una menstruación. Los de seis meses en adelante constituyen ya un verdadero parto, no siendo el riesgo mayor que en éste, generalmente. El aborto más peligroso es por lo común el que acontece del tercero al quinto mes de gestación, pues en este momento es especialmente fácil que, después de expulsado el embrión, haya retención de la placenta o restos de la misma con los peligros de infección consiguiente.

PREGUNTA: De G. Alvarez.

RESPUESTA: El respirar esos vapores de ácido sulfúrico es efectivamente perjudicialísimo. El aparato respiratorio será el primero en notar los efectos.

PREGUNTAS: *¿Me podría indicar obras sobre radio de galena? ¿Es cierta la transmisión de pensamiento?*—Moreno.

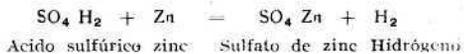
RESPUESTAS: A la primera: No sé si habrá alguna obra editada que trate sólo de receptores de galena, pero en casi todos los manuales de radiotelefonía podrá ver varios circuitos. Puede pedir en librerías las obras de Agustín Riu o acaso mejor repasar colecciones antiguas de la revista *Radio Técnica*, donde se han publicado multitud de circuitos y esquemas.

A la segunda: Sí, señor. Se han conocido casos controlados en las más rigurosas condiciones. Si le interesa el asunto puede leer la obra de Ochorowicz *La sugestión mental*.

PREGUNTA: *¿Por medio de qué reacción química sencilla podría yo obtener un poco de hidrógeno?*—L. P.

RESPUESTA: Si no es más que un poco, pues de ser en cantidad le resultaría caro el procedimiento, le recomiendo la siguiente sencillísima reacción y modo de proceder: En un frasco de dos tubuladuras o bocas pondrá usted agua corriente hasta un tercio de altura y unos cuantos trocitos de zinc en tiritas o granalla. Una de las bocas, que estará provista de un tapón de goma perforado, dará paso a un tubo de cristal que llegue por su extremidad inferior casi hasta el fondo, quedando por tanto dentro del agua, y en tanto que la superior, ensanchada en forma de embudo, servirá para echar el ácido sulfúrico determinante de la reacción. La otra boca o tubuladura, también con un tapón de orificio, alojará un tubo de cristal corto, que es el de salida del hidrógeno. Cerrado el frasco, en la forma antedicha, verá usted por el embudo del tubo largo un poco de

ácido sulfúrico que reaccionará con el zinc, formando sulfato de zinc que se disuelve en el agua, y desprendiéndose el hidrógeno, según se expresa en la fórmula siguiente que indica la reacción producida:



PREGUNTAS: De J. Casimiro.

RESPUESTAS: Las dimensiones del pene de ese niño, según me indica, son excesivas en tal edad.

A su otra pregunta: No es perjudicial beber bastante agua si se tiene sed, con tal de beberla mejor fuera de las comidas y de las horas en que se hace la digestión, pero si la sed es casi insaciable o demasiado intensa sin causa aparente que la justifique, podrá tratarse de algún estado patológico, diabetes quizá. Hágase analizar la orina por si acaso.

Su otra pregunta, por ser una consulta, implica petición de cuestionario.

PREGUNTA: De Velasco.

RESPUESTA: Puede pedir en librerías el libro de Harry Broocks *La salud por la autosugestión según el método Coué*.

PREGUNTA: De Persé.

RESPUESTA: Si la mujer carece en absoluto de pezón lo más probable es que no pueda amamantar a sus hijos. Pero esto es raro, tanto como frecuente que aun teniendo de solteras muy poco pezón éste se desarrolle en los últimos meses de gestación y luego aun más con el parto y la lactancia, permitiendo el amantamiento normalmente a sus hijos.

PREGUNTA: De José Antonio Gómez.

RESPUESTA: Mi respuesta es categórica: no debe usted en manera alguna contraer matrimonio padeciendo ozena mientras no se cure COMPLETAMENTE. Hacer lo contrario sería obligar a su mujer a un martirio. Póngase en cura y luego de curado cáscese si quiere, pero no antes.

PREGUNTA: *¿Cuál es el idioma más fácil, cuál el más difícil y cuál el más extendido?*—José Ramón.

RESPUESTA: La facilidad o dificultad de los idiomas es relativa y queda supeditada a la nacionalidad del que quiere aprenderlos. Por ejemplo, para nosotros, los españoles, los idiomas más fáciles de aprender son el francés y el italiano, cuya comunidad de origen latino con nuestra propia lengua nos hace más asimilables. En cambio nos resultan más difíciles los idiomas nórdicos (inglés, alemán, etc.). Lo contrario sucede, por ejemplo, a los ingleses, que aprenden más fácilmente el alemán o el holandés que las lenguas de raigambre latina. Por otra parte, las dificultades de un idioma son de diferente naturaleza; así en el inglés, la dificultad estriba en la pronunciación (pues casi hay que aprender el sonido de cada palabra), siendo en cambio su gramática sencillísima. En cambio el alemán es más fácil de pronunciar y tiene la gramática más complicada. Desde luego puede usted estar seguro de que de las lenguas vivas una de las más difíciles de hablar bien es la nuestra, el español... aun para los mismos españoles a veces, tal es su riqueza de léxico, sus dificultades fonéticas y su gramática (conjugaciones complicadas, verbos irregulares numerosos, etcétera). El esperanto es muy fácil, según parece, sobre todo para los latinos.

De las lenguas muertas tengo entendido que la más difícil, sin comparación con ninguna otra, era el primitivo sánscrito.

En cuanto a los idiomas más extendidos son, ante todo, el inglés, que se habla, aparte de Inglaterra, naturalmente, en toda América del Norte y en parte del Sur, en gran parte de África y en muchas posesiones del dilatado dominio británico. Luego seguirá, creo, en importancia de extensión, el francés, y a poca diferencia, el español.

PREGUNTA: *¿A qué es debido que una muchacha joven tenga en todo tiempo las manos muy frías?*—Vega.

RESPUESTA: Puede ser que ello carezca de significación patológica y no tenga ninguna importancia, pero puede ser indicio de mala circulación cutánea.

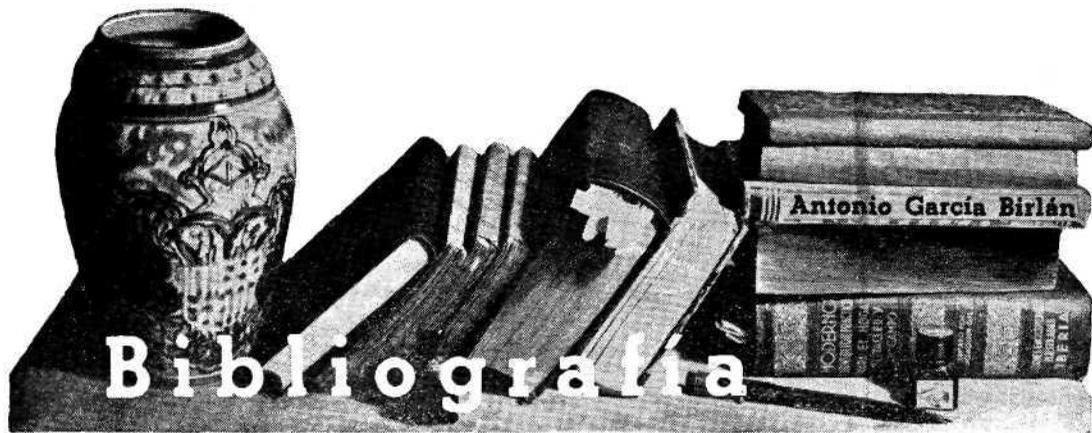
PREGUNTA: *¿Qué quiere decir NO₃H?*—Licin.

RESPUESTA: Es sencillamente la fórmula química del ácido nítrico que está integrado molecularmente por N, un átomo de nitrógeno; O₃, tres de oxígeno, y H, uno de hidrógeno.

PREGUNTAS: *¿Por qué se llama a la peste blanca a la tuberculosis? ¿Es tónica la tintura de yodo tomada a gotas?*—V. Vega.

RESPUESTAS: A la primera: Por su difusión y las víctimas que causa.

A la segunda: La alopatía así lo pretende asignando al yodo virtudes depurativas, tónicas, antiescrofulosas, etc., etc. Sin embargo, la Medicina Naturista cuenta con recursos depurativos y con medios de tonificación efectivos, inocuos y seguros que no se venden en las farmacias. No se vende salud en sellos, inyecciones, ni píldoras, ni la energía orgánica se puede tomar de un frasco a cucharadas. Lo importante es CREAR SALUD, y manteniendo limpio el organismo, mediante una vida sana y una alimentación ra-



ETICA. ORIGEN Y EVOLUCION DE LA MORAL, por Pedro Kropotkin. Ediciones «Tierra y Libertad». Barcelona.

Etica habría sido, sin duda, la obra cumbre de Kropotkin. Más de veinte años llevaba, cuando murió, preparándola, medítandola. Al fin hubo de escribir la primera parte de su proyectado trabajo en la época menos propicia de su vida, aislado en una pequeña ciudad, sin libros que necesariamente tenía que consultar, y, por sí todo eso fuese poco, rodeado de incomodidades, con alimentos insuficientes.

Sin embargo, ¡qué exposición de todas las doctrinas morales más cabal, más aguda! Todas, en efecto, desde las más antiguas hasta las más recientes, están expuestas y analizadas con una ponderación a la que es difícil hallar par. Y con una frase final, escueta y penetrante, juzgadas. En sus errores y en sus aciertos. Errores, en las antiguas, no sólo para nuestro tiempo, sino también para el tiempo en que gozaban de mayor auge.

En realidad, esta primera parte del trabajo de Kropotkin no es más que la introducción a la *Etica* que preparaba. Nunca sentiremos bastante que la segunda parte de su trabajo quedara en proyecto. Habríamos contado entonces con una de las obras capitales para el tiempo que viene. Basta para afirmarlo leer los ensayos sueltos, publicados en diversas ocasiones, que habían de formar parte, según el propósito del autor, de este libro. E indicar que *El apoyo mutuo*, una de las obras más importantes de los últimos tiempos, era, en el pensamiento de Kropotkin, el prólogo de su *Etica*.

No llegó a terminar ésta. Nunca lo sentiremos bastante; ya queda dicho. Pero lo que pudo, en los últimos meses de su vida, sin tranquilidad, con prisas, dejar a punto de ser publicado —el volumen que comentamos—, introducción a su *Etica*, análisis de las doctrinas morales de todos los tiempos, tras el que habían de venir sus propias teorías, exposición del origen y evolución de la moral, como reza

cional, no precisar depurativos de ningún género que limpien o pretendan limpiar impurezas que no debieron formarse.

PREGUNTA: La presencia de parásitos intestinales en el hombre, ¿puede restarle calorías? ¿Y ocasionarle ojerás?—Un confederado.

RESPUESTA: Restarle calorías, no, señor; pero sí producir un mal aspecto y una desnutrición más o menos acentuados, trastornos digestivos o nerviosos, etc. Por tanto, pueden, indirectamente, ser causa de ojerás, como usted dice.

SEÑORES CUYAS PREGUNTAS CONSTITUYEN CONSULTAS (deben, por tanto, pedir cuestionario a mi dirección, enviando sello): Miguel Haba, El terror de la injusticia, M. L. Paniagua, P. T. Gallardo, Una berciana, José Vázquez, Un ser humano, Catalá, Un paciente, Francisco García, M. F. B., Un amigo de la Humanidad, Lector B., F. Sánchez, Un lector de ESTUDIOS, Manuel Algaba, Elíseo, F. J. Tutusans, J. F. L., Celia Carvajal, C. F. Sutelino, Marcelo Langas, Z., Serrano Tejedor, Un marino, Rafael Alvarez, F. Mateos, Un simpatizante de ESTUDIOS, Pascual Román, Angel Gómez de Palencia y Liberto.

Señor don Avelino Suárez: No he recibido la carta que indica. Puede volverme a escribir con lo que desea y si es, como me figuro, una consulta, puede pedirme cuestionario, enviando sello.

el subtítulo, constituye una Historia de la Etica comparable con las mejores en el rigor de la interpretación; y superior, en no pocos aspectos, a las mejores, en la amplitud del juicio, empapado en todo momento de humanidad.

Etica se editó por primera vez en castellano en Buenos Aires. La nueva edición aparece purgada de muchas erratas que afeaban la anterior.

TODOS, AHORA, CONTRA LA GUERRA, por J. Maguid. Ediciones Nervio. Buenos Aires.

J. Maguid ha escrito un buen alegato contra la guerra. Moderno, sin sentimentalismos, que tan inútiles han sido. Con profusión de datos y estadísticas: argumentos incontrovertibles. Sin una palabra hueca que recuerde el pacifismo mil veces fracasado. Casi un reportaje: ágil, concreto, escueto. Causas de la guerra: tales. Remedios: cuales. Nada más. No hacía falta.

El fascismo, el nacionalismo, la democracia, causas actuales de las guerras, son diversas formas del Estado. La única causa, pues, de la guerra, es el Estado. En cuanto éste sea abolido, no habrá ya más guerras.

No fabricar armas ni municiones; no proveer a los países en guerra; no comprar productos de países en guerra; combatir el militarismo, son remedios contra la guerra. Pero estos remedios, para ser efectivos, conducen a la revolución: el único remedio auténtico contra la guerra. A una revolución que acabe con el Estado. Tal es el problema. O guerra o revolución social.

El alegato de J. Maguid lleva a esta conclusión. No hay otra. Pretender que un Estado sea pacifista es algo más que una tontería. Estado y guerra son sinónimos. Cuando un Estado propugna la paz es porque no se juzga suficientemente preparado para la guerra. Y la paz misma, en el Estado, es otra guerra no menos cruenta que la que estalla entre Estados distintos: la social, que tampoco tiene otro remedio que la revolución. Claro está que éste parece otro problema. Parece, pero no lo es. Sirva de prueba, para excusarme una dilucidación más extensa, que no viene aquí al caso, el hecho de que el remedio de la guerra social y de la guerra entre Estados es el mismo.

En los momentos actuales se está preparando una guerra sin precedentes; una guerra que si estalla, y estallará si no lo impide la revolución, producirá horrores que ni siquiera pueden imaginarse. Opúsculos como el de J. Maguid tienden a evitar esa guerra. Del único modo que puede ser evitada: infundiendo en las gentes un espíritu revolucionario. Esperar que instituciones burguesas pongan fin a las matanzas guerreras es inocente. Muchos que anhelan fervorosamente el término de las guerras confían en tales instituciones. Se engañan. Su pacifismo es tan ingenuo que resiste a todos los desencantos. Aun tienen puesta la mirada en la Sociedad de Naciones, que no podía ser nada, que nunca, por consiguiente, ha sido nada, y que después de haber dejado que Italia lleve la *civilización* a Abisinia es menos aún que nada. La burguesía y todas las instituciones que ella aliente o sostenga no pueden menos que estar interesadas en la persistencia de las guerras: les va en ello la vida. El término de las guerras y el término del régimen burgués serán una misma cosa. Pero estoy repitiendo cosas sabidas. Hacer que estas cosas se recuerden es uno de los grandes méritos del opúsculo de J. Maguid.

CIENCIA Y SOCIEDAD, por Francisco Doménech. Editorial Aidos. Habana.

Hace bastante tiempo que, escrito en castellano, no ha salido de las prensas un estudio sociológico tan importante

como *Ciencia y sociedad*. Sobre todo en el aspecto crítico. El individualismo burgués, más que en su sentido práctico en el teórico, es desmenuzado en este libro con argumentos certeros e incontrovertibles. Las tonterías de los filósofos de la escuela individualista burguesa, que culminan en la división de clases que fraguó aquel pobre hombre llamado Giddings, profesor —profesor había de ser— de sociología de la Universidad de New York, son expuestas y combatidas en *Ciencia y sociedad* con un tino y una dialéctica del mejor cuño. Claro que descubrir las tonterías de Giddings, y ponerlas al desnudo en toda su estolidez, no era tarea que requiriera gran esfuerzo. Júzguelo el lector por sí mismo. Para Giddings hay cuatro clases sociales. La social, la no social, la pseudosocial y la antisocial. No vale la pena mencionar quiénes componen la segunda y la cuarta clases. Basta con que digamos cuáles son las otras dos. La primera, la social, es la burguesía, gente con todas las virtudes. La tercera, la pseudosocial, es el proletariado, que sólo desea vivir como parásito... ¿Qué le parece al lector? Pero sospecho que estoy descubriendo a nuestros señoritos de las letras, tan estóldos como Giddings, un extraordinario filón. Basta, pues. No sin antes señalar, de pasada, sin hacer demasiado hincapié en ello, que quien no desea vivir, sino que vive como parásito, es la burguesía. Hasta el más zote lo sabe. El profesor neoyorkino sabía, pues, menos que un zote.

El libro de Francisco Doménech no combate solamente tonterías tan manifiestas. Otras de más prestigio, pero de base tan poco consistente, quedan deshechas en sus páginas. Las teorías de Gustavo Le Bon, por ejemplo, de fama científica inmerecida, porque por cada cinco aciertos científicos que hay en ellas, hay noventa y cinco verdaderos disparates, reciben en *Ciencia y sociedad* un varapalo magnífico.

En las soluciones para salir del atolladero en que nos encontramos, el autor se muestra más tímido. El tiempo que viene, inevitablemente, va a superar sus previsiones. Tal vez no al principio, pero sí con toda rapidez. *Ciencia y sociedad*, en su parte crítica, facilita para ese tiempo que viene armas valiosísimas.

DEL LIBRO Y SU EMOCION, por J. Estelrich. Edición de la Cámara Oficial del Libro de Barcelona.

El señor Estelrich tiene fama de gran escritor. No sé por qué. Por mi parte, jamás he podido leer por entero un trabajo suyo. Sólo he encontrado en ellos, en todos, repetición de pensamientos mil veces pensados. La cosa podía ser meritoria, como lo es en otros grandes escritores, que repiten también, salvo unos pocos, los excepcionales, pensamientos mil veces pensados. Pero es que la repetición de Estelrich carece de garbo. Leer lo que pensaron ya escritores de otro tiempo en un escritor de ahora, es un encanto cuando el escritor de ahora lo repite de un modo moderno, desenfadado, garboso. Cuando el escritor de ahora no le añade ninguna gracia, ninguna originalidad, tal repetición aburre. Es el caso de Estelrich. En el opúsculo *Del libro y su emoción* —bonito tema que se ha esfumado en manos de Estelrich—, lo único importante que hay son algunas citas, no todas. Lo demás es insignificante. Y más que nada la teoría de Valery Larbaud, que el autor hace suya, tal vez dándole otro sentido, un sentido genuinamente burgués, aunque la palabra burguesía no figure ni una vez en las páginas del opúsculo. Eso de que hay una aristocracia abierta a todos, de la que todos pueden formar parte, la aristocracia de los lectores, es un modo, en Estelrich —no sé si también en Valery Larbaud—, de asegurar un privilegio a la burguesía, ahora que todos los demás que poseen van a desaparecer. Porque como el proletariado no puede leer...

El castellano de *Del libro y su emoción*, imperfectísimo. Si Estelrich ha escrito su opúsculo en esta lengua, desconoce sus gracias. Si el opúsculo ha sido traducido, es el traductor el que las desconoce.

ANTOLOGIA HISPANOAMERICANA. POESIAS, por Lucilo Pedro Herrera. Librería y casa editora de Jesús Menéndez. Buenos Aires.

El lector curioso sabe que existen demasiadas antologías. Muy pocas, buenas; algunas, no muchas, sólo aceptables; las más, francamente malas. Esta de Lucilo Pedro Herrera puede figurar con justo título entre las primeras. Para los amantes de la poesía de ayer. De la de hoy, el autor no da ninguna muestra, por razones que expone en el prólogo, pieza crítica de señalado valor. Ninguna poesía significativa escrita en el tiempo que abarca la *Antología* —desde el siglo XIV a principios del XIX—, falta en ésta. Ninguna, tampoco, sobra. Desde el punto de vista de la estética actual. Cuando la estética cambie, que va a cambiar, como todo, no podrá decirse lo mismo. La belleza también está sujeta a mudanza. Muchas cosas que ayer parecieron bellas, no lo parecerán hoy. Muchas cosas que lo parecen hoy, no lo parecerán mañana. En general, en la *Antología* de Lu-

cilo Pedro Herrera sólo figura poesía de siempre y para siempre. La que está llamada a perecer, en término sin duda breve, ocupa pocas páginas. No le quita ningún mérito al conjunto. Tanto menos cuanto, desde el punto de vista de la estética actual, ya lo he dicho, no habría manera de decir que ocupan un sitio indebido.

DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakunin. MIS EXPLORACIONES EN AMERICA, por Eliseo Reclus. CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES, por Pedro Kropotkin. Biblioteca de Estudios. Valencia.

El hecho de haber sido reeditados estos tres libros, con sobrado motivo célebres, por la editorial de esta revista, me veda el largo comentario que merecen. Ninguno, sin embargo, añadiría nada al mérito de las obras en sí, apreciado en su justa medida por el lector español, que ha agotado de dos de ellas —*Campos, fábricas y talleres* y *Dios y el Estado*— diversas ediciones. Y si con *Mis exploraciones en América* no ha sucedido lo mismo, ha sido porque ningún editor se ha cuidado de reeditarla.

LIBROS RECIBIDOS

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. Primer y segundo trimestres de 1935. Prensas de la Universidad de Chile.

KRISHNAMURTI EN ITALIA, 1933. Publicaciones «Sapientia». Madrid.

SANTA CRUZ, CHACO. Teatro, por Motta Dante. Imprenta Rosgal. Montevideo.

LA LIBERTE DE LA CONCEPTION, por el doctor Marchal y O. J. de Mero. Librairie Médicis Editeur. París.

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN MEXICO, EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII. Departamento del Trabajo. Méjico.

LA TROFOTERAPIA EN LAS ENFERMEDADES DEL APARATO DIGESTIVO Y NATURISMO, por el profesor E. G. Alsina. Talleres gráficos Ferrari Hermanos. Buenos Aires.

BRONCES AMERICANOS. ALMAFUERTE, por Julio R. Barcos. Editorial Araujo. Buenos Aires.

TROFOLOGIA PRACTICA Y TROFOTERAPIA, por N. Capo. Publicaciones Pentalfa. Barcelona.

FLAGELO, por Jorge Icaza. Publicaciones del Sindicato de Escritores y Artistas. Quito (Ecuador).

PAGINAS ESCOGIDAS Y POESIAS NUEVAS, por Santiago Argüello. Tipografía Nacional. Guatemala.

TURISTAS EN ESPAÑA, por Benigno Bejarano. Publicaciones Nueva Generación. Málaga.

LA NUDITE OU DIX ANS DE LUTTE CONTRE LES PREJUGES QUI FECENT, por Kienné de Mongeot. Editions de «Vivre-Santé». París.

LE DRAME DE LA PASSION, por Armand Godoy. Editions Bernard Grasset. París.

¡¡SINO!! Comedia dramática de carácter social, por R. Molina Serrano. Imprenta E. Sánchez. Córdoba.

¡LA EDUCACION DE VUESTROS HIJOS, HOMBRES LIBRES!, por Germina Alba. Publicaciones «Analectos». Montevideo.

POR EL PAN DEL PUEBLO, por Julio R. Barcos. Biblioteca Documentos Políticos. Buenos Aires.

LOS CABALLEROS DEL BIENIO, por Benigno Bejarano. Ediciones Nueva Generación. Málaga.

COSMOMETAPOLIS, por Eugen Relgis, G. Mignolet et Storz, Editeurs. París.

CLERICALISMO Y FASCISMO, por María Lacerda de Moura. Librería Ruiz. Rosario (República Argentina).

EL ERIAL, por Constancio C. Vigil. Librería Atlántida. Buenos Aires.

POLITICA PARA INTELLECTUALES, por Julio R. Barcos. Editorial Claridad. Buenos Aires.

ANTORCHAS DE REBELION, por Horacio Espinosa Altamirano. A. Mijares y Hermano, impresores. Méjico.

NOVELAS, SOCIOLOGIA, CRITICA

De entre el inmenso arsenal literario que integra el acervo intelectual de nuestra época, destacan y destacarán siempre aquellas obras escritas con miras al bien común e inspiradas en un noble anhelo de superación. De estas obras selectamente escogidas por su valor imperecedero, está formada la presente sección.

	PESETAS	
	Rústica	Tela
La esfinge roja, Han Ryner	5'—	4'50
La Montaña, Eliseo Reclus	2'—	3'50
El Arroyo, Eliseo Reclus	2'—	3'50
Evolución y Revolución, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Mis exploraciones en América, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Los Primitivos, Elías Reclus	3'—	4'50
Nieves, Ríos y Lagos, Eliseo Reclus	1'50	3'—
Anissia, León Tolstói	3'—	4'50
¿Qué hacer?, León Tolstói	2'—	3'50
La transformación social de Rusia, Máximo Gorki	2'—	3'50
Cuentos de Italia, Máximo Gorki	2'—	3'50
La vida de un hombre innecesario, Máximo Gorki	2'—	3'50
Los hermanos Karamazov, Fedor Dostoiévski	3'—	4'50
El botón de fuego, J. López Montenegro	3'—	4'50
Secretos del Convento, Sor María Ana de Gracia	2'—	3'50
El año 2000, Edward Bellamy	2'—	3'50
El dolor universal, Sebastián Faure	2'—	3'50
La vida trágica de los trabajadores, Dr. Feydoux	3'50	5'—
Ideología y táctica del proletariado, Rocker	3'—	4'50
El calvario, Octavio Mirbeau	2'—	3'50
Sebastián Rock (La educación jesuítica), Mirbeau	2'—	3'50
El mundo hacia el abismo, Gastón Leval	4'—	5'50
Infancia en cruz, Gastón Leval	3'—	4'50
Problemas económicos de la Revolución española, Gastón Leval	3'—	4'50
El Prófugo, Gastón Leval	2'—	3'50
El imperio de la muerte, Korolenko	2'—	3'50
Ideario, Enrique Malatesta	2'—	3'50
Crítica revolucionaria, Luis Fabbri	2'—	3'50
Los cardos del Baragán, Panait Istrati	2'—	3'50
La Ética, la Revolución y el Estado, Kropotkin	2'—	3'50
La conquista del pan, Kropotkin	1'50	3'—
Palabras de un rebelde, Kropotkin	1'50	3'—
La Escuela Moderna, F. Ferrer Guardia	2'—	3'50
Las ruinas de Palmira, Volney	3'50	5'—
La Religión al alcance de todos, Ibarreta	2'—	3'50
Como el caballo de Atila, Higinio Noja Ruiz	5'—	6'50
La que supo vivir su amor, Higinio Noja Ruiz	4'—	5'50
Un puente sobre el abismo, Higinio Noja Ruiz	4'—	5'50
Hacia una nueva organización social, H. N. Ruiz	2'—	3'50
Gandhi, animador de la India, Higinio Noja Ruiz	1'50	3'—
La Inquisición en España en el siglo XVI	1'—	—
La desocupación y la maquinaria, J. A. Mac Donald	1'50	3'—
La Muñeca (Drama social en tres actos), F. C. Crespo	1'50	—
El Subjetivismo, Han Ryner	1'—	—
La Internacional Pacifista, Eugen Relgis	1'—	—
Rusia actual y futura, George F. Nicolai	1'—	—
Origen y desarrollo del trabajo humano, G. F. Nicolai	1'—	—
La bancarrota del capitalismo, D. A. Santillán	1'—	—
La Revolución en la práctica, Malatesta-Esteve	1'—	—
Dios y el Estado, Bakuninc	1'—	2'50
Campos, Fábricas y Talleres, Kropotkin	1'50	3'—

En preparación:

- Yo, Rebelde, F. Martí Ibáñez.
- La Atmósfera, Eliseo Reclus.
- El Océano, Eliseo Reclus.
- La vida en la tierra, Eliseo Reclus.

FOLLETOS FILOSOFICOS Y SOCIALES

En esta Colección de Folletos Filosóficos y Sociales están comprendidos diversos temas, a cual de ellos más interesante, tratados por las mejores firmas del campo ideológico más avanzado. Todas las inquietudes del espíritu, todas las manifestaciones del pensamiento renovador y fecundo, palpitan en estos pequeños libritos, muy aptos para el proselitismo de sus tendencias. Estos folletos están magníficamente presentados, impresos en buen papel y con cubiertas a varias tintas, a pesar de su poco precio.

- Generación voluntaria, Paul Robin 0'25 |- Amor y matrimonio, Emma Goldman 0'30 |- La virginidad estancada, Hope Clare 0'20 |

Maternología y puericultura, Nelken	0'25
La tragedia de la emancipación femenina	0'20
La prostitución, Emma Goldman	0'25
El matrimonio, Elías Reclus	0'30
La libertad y la nueva Constitución española, H. Noja	0'30
El sindicalismo, Anselmo Lorenzo	0'30
¿Maravilloso el instinto de los insectos?, Lorulot	0'30
La libertad, Sebastián Faure	0'30
El sindicalismo revolucionario, V. Griffuelhes	0'30
El problema de la tierra, Henry George	0'30
Educación revolucionaria, C. Cornelissen	0'30
¿Qué es el comunismo libertario?, Ramón Segarra	0'50
El comunismo libertario, Isaac Puente	0'40
Superpoblación y miseria, E. Lericolaís	0'40
Feminismo y sexualidad, J. A. Munárriz	0'50
Los principios humanitaristas, Eugen Relgis	0'30
La propiedad de la tierra, León Tolstói	0'30
La fabricación de armas de guerra, Rocker	0'30
Entre campesinos, Malatesta	0'35
Las fealdades de la Religión, Han Ryner	0'50
La Iglesia y la libertad, Lorulot	0'40
La lucha por el pan, Rocker	0'50
Crainquebille, Anatole France	0'50
La muerte de Oliverio Bécaille, Emilio Zola	0'50
El mareo, Alejandro Kuprin	0'50
Luz de domingo, Ramón Pérez de Ayala	0'50
Infanticida, Joaquín Dicenta	0'50
Urania, Camilo Flammarion	0'50

COLECCION POPULAR «AYER, HOY Y MAÑANA»

Nos proponemos, con esta colección, dar a conocer en folletos de 32 páginas, presentados como jamás se habían presentado esta clase de publicaciones, al módico precio de treinta céntimos, los juicios más notables de escritores de primera fila de todos los países, sobre temas de palpitante actualidad en cualquier época: temas políticos, económicos, sociológicos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos, etc., etc.

El conjunto de estos folletos constituirá un caudal de conocimientos, original y sugestivo, con el que muy pocos podrán compararse. Será, en efecto, una verdadera enciclopedia, redactada nada menos que por las plumas más ágiles de todos los tiempos. Cada folleto encierra tantas ideas como varios volúmenes que traten de lo mismo. Ideas claras, concisas, certeras, creadas por los más altos cerebros de ayer y de hoy.

TITULOS PUBLICADOS

Pobres y ricos	0'30
La política y los políticos	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo	0'30
Periódicos y periodistas	0'30
Capital, dinero y trabajo	0'30
La guerra	0'30
La sociedad actual	0'30
Criminales, leyes y juzgadores	0'30
Socialismo, sindicalismo y anarquismo	0'30
El amor	0'30
La vida y la muerte	0'30
Patriotismo y nacionalismo	0'30
Libertad, igualdad y fraternidad	0'30
El derecho y la justicia	0'30
El arte y la ciencia	0'30
Hombres y hombrucillos	0'30
El Estado	0'30
La simpatía y la amistad	0'30
La Historia y los historiadores	0'30
Ética y Moral	0'30
Literatura, Música, Poesía	0'30
La propiedad	0'30
Hombre y mujer	0'30
Cultura, progreso y civilización	0'30
La prostitución	0'30
El placer y el dolor	0'30
Infancia, juventud, madurez y ancianidad	0'30
La educación	0'30
Evolución y revolución	0'30
El teatro	0'30
El lenguaje, la palabra y la conversación	0'30
Error, mentira y verdad	0'30
Retratos de burgueses	0'30
Amor propio, orgullo y vanidad	0'30



MEDICINA NATURISTA

Por el doctor

**Roberto
Remartínez**

La mayoría de los lectores de ESTUDIOS tiene ya referencia de esta importantísima obra.

Ella representa una paciente, metódica y concienzuda labor de experimentación durante muchos años.

Al decidimos a publicarla, podemos asegurar que superará en mucho a cuantas obras son conocidas hasta la fecha de un carácter similar, tanto por su importancia científica como por su esmerada presentación.

Esta obra será de un valor inmenso por su utilidad, y de eficacia extraordinaria en todos los hogares.

Con objeto de facilitar su adquisición, la publicaremos en cuadernos quincenales de 48 páginas. Cada cuaderno llevará varios grabados en negro y una hermosa lámina a tricolor. Todas las ilustraciones están hechas expresamente para esta edición.

Precio de cada cuaderno: **0'80 pesetas.**

La obra completa constará de unos treinta cuadernos, aproximadamente.

El primer cuaderno se publicará el día 10 de julio, y seguirá apareciendo un cuaderno los días 10 y 25 de cada mes.